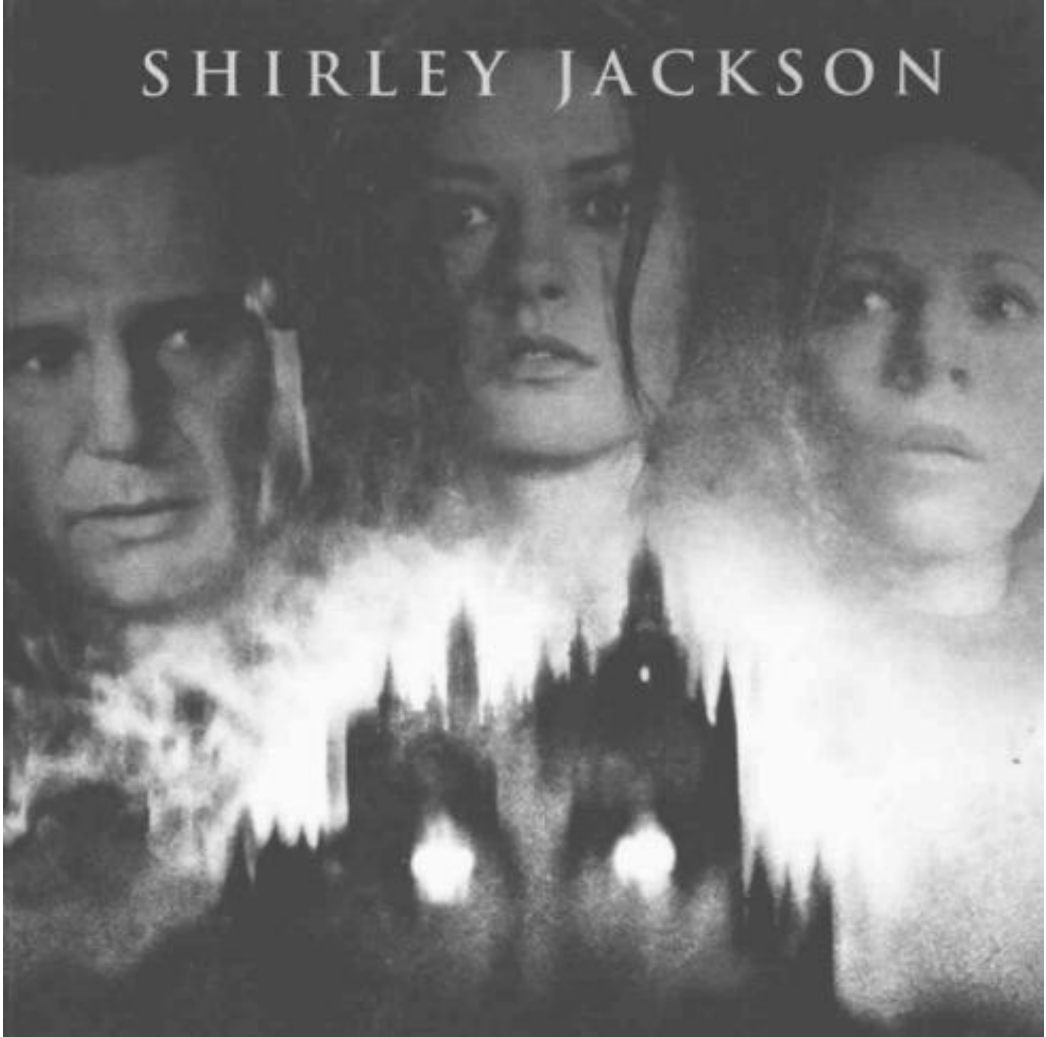
SHIRLEY JACKSON



THE HAUNTING (LA GUARIDA)

ALGUNAS CASAS NACEN MALDITAS

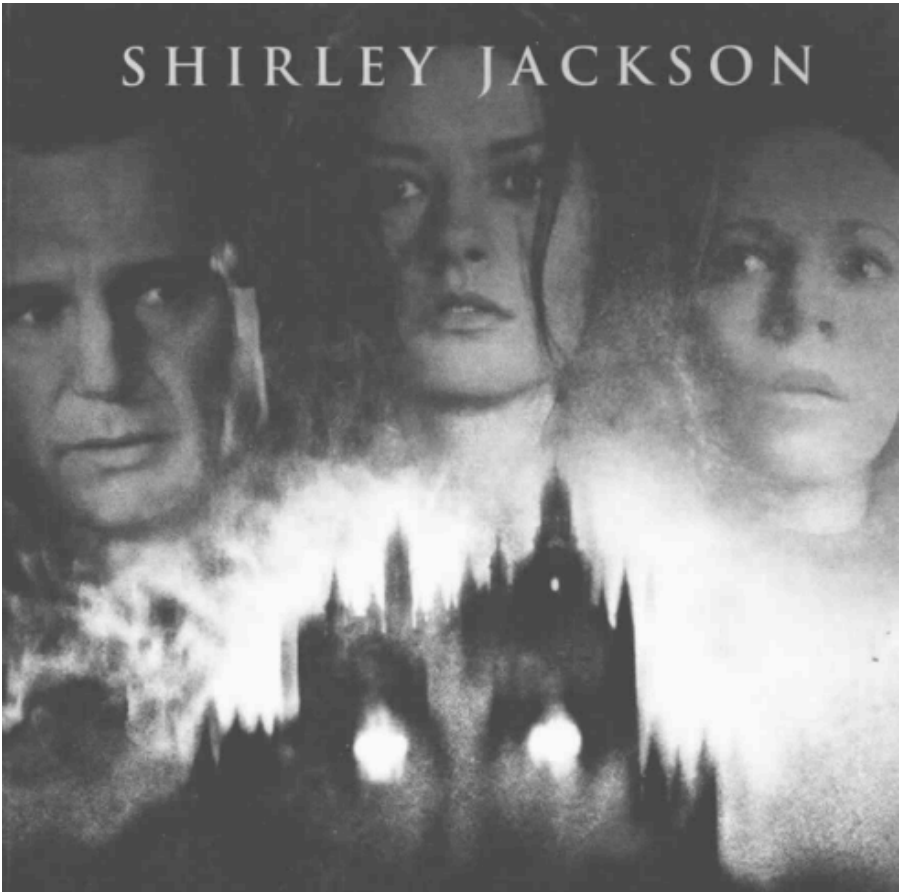
PLAZA JANÉS

La guarida (The Haunting)

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

SHIRLEY JACKSON



THE HAUNTING (LA GUARIDA)

ALGUNAS CASAS NACEN MALDITAS

PLAZA JANÉS

Shirley Jackson
La guarida

Para Leonard Brown

I

1

Ningún organismo vivo puede prolongar su existencia durante mucho tiempo en condiciones de realidad absoluta sin perder el juicio; hasta las alondras y las chicharras sueñan, según suponen algunos. Hill House, que no era nada cuerda, se levantaba aislada contra el fondo de sus colinas, almacenando oscuridad en su interior; así se había alzado durante ochenta años y podría aguantar otros ochenta. En su interior las paredes permanecían derechas, los ladrillos encajaban perfectamente y las puertas estaban sensatamente cerradas; el silencio reinaba monótonamente en Hill House, y cualquier cosa que anduviese por ella, caminaba sola.

John Montague era doctor en filosofía; se había especializado en antropología, sintiendo, o más bien intuyendo, que en este campo podía aproximarse al máximo a su verdadera vocación: el análisis de las manifestaciones sobrenaturales. Usaba su título escrupulosamente porque, al ser sus investigaciones tan completamente acientíficas, tenía la esperanza de que su educación le otorgara un aire de respetabilidad o incluso de autoridad académica.

Le había costado mucho dinero y no menos orgullo, pues no era hombre acostumbrado a rogar, alquilar Hill House durante tres meses, pero tenía la esperanza de que sus esfuerzos serían compensados por el éxito que seguiría a la publicación de su obra definitiva sobre las causas y los efectos de las alteraciones psíquicas en una casa comúnmente conocida como «hechizada». Había buscado una casa decentemente hechizada durante toda su vida. Cuando oyó hablar de Hill House, se mostró dudoso al principio, luego esperanzado y por último imparable. No era el tipo de hombre que deja escapar Hill House una vez encontrada.

Las intenciones del doctor Montague respecto a Hill House derivaban de los métodos de los intrépidos cazafantasmas decimonónicos; se iría a vivir allí y vería lo que sucediera. De entrada, era su propósito seguir el ejemplo de la anónima dama que se alojó en Bellechin House y durante el verano convirtió su casa en una continua fiesta de escépticos y creyentes, cuyas principales atracciones eran el croquet y la observación de fantasmas, pero los escépticos, los creyentes y los buenos jugadores de croquet son más difíciles de encontrar hoy en día; el doctor Montague se vio obligado a contratar ayudantes.

Quizá las despreocupadas formas de la vida victoriana se prestaran mejor a las argucias de la investigación psíquica, o quizá la minuciosa documentación de los fenómenos hubiera sido abandonada como medio de determinación de sucesos reales; sea como fuere, el doctor

Montague no sólo tuvo que contratar ayudantes, sino que antes tuvo que buscarlos.

Como se consideraba una persona seria y meticulosa, empleó un tiempo considerable en la busca de sus ayudantes. Rastreó en los archivos de las sociedades psíquicas, examinó expedientes reservados de periódicos sensacionalistas, informes de parapsicólogos y recopiló una lista de personas que, de una u otra forma, en esta o aquella ocasión, aunque fuera breve o dudosamente, habían participado en sucesos paranormales. Los primeros eliminados de la lista fueron los fallecidos. Una vez hubo tachado los nombres de quienes le parecían buscadores de publicidad, los dotados de una inteligencia inferior a la normal,

o los que no le parecían idóneos por su clara tendencia a ser el centro de todas las miradas, quedó una lista de unos doce nombres. A continuación, cada una de estas personas recibió una carta del doctor Montague en que les invitaba a pasar todo el verano o parte de él en una confortable casa de campo, vieja pero perfectamente dotada de electricidad, calefacción central, fontanería y colchones limpios. El propósito de la estancia, según indicaban claramente las cartas, era la observación y el examen de las varias y desagradables historias que habían circulado acerca de la casa a lo largo de la mayoría de sus ochenta años de existencia. Las cartas de Montague no decían abiertamente que Hill House estuviera encantada, porque el doctor era hombre de ciencia y mientras no experimentase una manifestación psíquica en Hill House no confiaba demasiado en el azar. En consecuencia, sus cartas poseían cierta ambigua dignidad calculada para despertar el interés de un tipo muy especial de lector.

La docena de invitaciones de Montague merecieron cuatro respuestas; los otros ocho candidatos presumiblemente se habían mudado sin dejar dirección de reenvío, o posiblemente hubieran perdido todo interés en lo sobrenatural, o incluso era posible que jamás hubieran existido. A los cuatro que respondieron, el doctor les escribió a vuelta de correo, señalando una fecha determinada en la que la casa se consideraría oficialmente dispuesta para ser ocupada, y adjuntando detalladas instrucciones para llegar a ella, ya que, según se vio en la obligación de explicar, resultaba muy difícil obtener información sobre cómo encontrar la casa, en particular entre la población rural de los alrededores. La víspera de su partida hacia Hill House, Montague fue persuadido de que admitiese entre su selecta compañía a un representante de la familia propietaria de la casa, y recibió un telegrama de uno de sus candidatos, que se retiraba de la partida aduciendo una excusa claramente inventada. Otro de los invitados ni escribió ni se presentó, quizá por. haberse interpuesto un apremiante problema personal.

Los otros dos sí llegaron.

2

Eleanor Vanee tenía treinta y dos años cuando llegó a Hill House. La única persona del mundo a la que verdaderamente odiaba, ahora que su madre había muerto, era su hermana. Tampoco le caían en gracia su cuñado ni su sobrina de cinco años, y no tenía amigos. Esto era debido en gran medida a los once años que había pasado al cuidado de su madre inválida, lo que le había dejado cierta pericia como enfermera y la incapacidad de mirar al sol de frente sin pestañear. Nunca había sido verdaderamente feliz en su vida adulta; los años pasados con su madre habían sido devotamente organizados alrededor de pequeñas culpas y pequeños reproches, constante fatiga e inacabable desesperanza. Sin haberse propuesto volverse reservada y tímida, había pasado tanto tiempo sola, sin nadie a quien amar, que le resultaba difícil hablar con cualquier persona sin caer en el retraimiento y en una embarazosa incapacidad de encontrar palabras.

Su nombre había aparecido en la lista del doctor Montague porque cierto día, cuando ella tenía doce años y su hermana dieciocho, antes de cumplirse un mes de la muerte de su padre, lluvias de guijarros habían caído sobre su casa sin previo aviso, rompiendo ventanas y golpeteando enloquecedoramente en el tejado. Los guijarros siguieron cayendo intermitentemente durante tres días, a lo largo de los cuales Eleanor y su hermana acabaron menos desquiciadas por la insólita lluvia que por los vecinos y curiosos que diariamente se congregaban ante la puerta principal, y por la ciega e histérica insistencia de su madre en que todo eso se debía a la maliciosa y calumniadora gente del barrio, que le habían tomado ojeriza desde el mismo momento en que llegó. Después de los tres días, Eleanor y su hermana se mudaron a la casa de una amiga y los guijarros nunca más volvieron a caer, a pesar de que Eleanor, su hermana y su madre volvieran a vivir en la casa y la hostilidad del vecindario no acabase jamás. El episodio fue olvidado por todos excepto las personas consultadas por el doctor Montague; en especial lo olvidaron Eleanor y su hermana, cada una de las cuales había supuesto en su momento que la otra era la responsable.

Durante toda su vida oculta, hasta donde alcanzaba su memoria, Eleanor había esperado algo como Hill House. Mientras cuidaba a su madre, levantando de su butaca a una anciana amargada para llevarla a la cama, preparando innumerables bandejas de sopa y gachas, armándose de valor para hacer la nauseabunda colada, Eleanor se había aferrado como un clavo ardiendo al convencimiento de que algún día ocurriría algo. Había aceptado la invitación a Hill House a vuelta de correo, por más que su cuñado hubiera insistido en llamar a un par de personas para asegurarse que el tal doctor no pretendía

iniciar a Eleanor en ritos salvajes relacionados con asuntos irreconciliables con lo que una joven soltera debería saber.

–Quizá -susurró la hermana de Eleanor en la intimidad del dormitorio conyugal- ese Montague (si ese es su verdadero nombre), utiliza a las mujeres para algunos… experimentos. Ya me entiendes, esa clase de experimentos que acostumbran realizar.

La hermana de Eleanor se extendió con todo detalle en los experimentos que había oído que efectuaban esos doctores. Eleanor no tenía semejantes ideas o, de tenerlas, no le daban miedo. En pocas palabras, Eleanor hubiera ido a cualquier sitio.

Theodora era todo el nombre que utilizaba; firmaba «Theo» en sus bocetos y en la puerta de su apartamento, en el escaparate de su tienda, en la guía telefónica, en su papel de cartas y al pie de su preciosa fotografía que adornaba la repisa de la chimenea, sólo figuraba el nombre de Theodora.

Theodora no se parecía en nada a Eleanor. Para ella, el deber y la conciencia eran atributos propios de un boy scout. El de Theodora era un mundo de delicias y colores suaves; había sido incluida en la lista del doctor Montague porque, entrando en el laboratorio con un efluvio de fragancia de flores, había sido capaz, sin saber muy bien cómo, de identificar correctamente dieciocho cartas de veinte; luego, quince de veinte y por último, diecinueve de veinte, las cuales sostenía un asistente del doctor fuera del alcance de su vista y oído. Theodora se había sentido halagada por la primera carta de Montague y contestó por pura curiosidad (quizá su despierta percepción la espoleaba a dirigirse a Hill House), pero tenía toda la intención de declinar la invitación. No obstante (quizá otra vez por culpa de ese sentimiento urgente e inquietante), cuando le llegó la carta de confirmación del doctor Montague, Theodora había caído en la tentación y de alguna forma se había enzarzado ciega y caprichosamente en una violenta disputa con la amiga que compartía su apartamento. Ambas se dijeron cosas que sólo el tiempo conseguiría borrar; Theodora había destrozado despiadadamente la preciosa figurilla de su efigie que su amiga había esculpido, y ésta había convertido cruelmente en confeti el volumen de Alfred de Musset que Theodora le había regalado por su cumpleaños, deteniéndose en especial en la página que recogía la cariñosa y festiva dedicatoria de Theodora. Ni que decir tiene que estas acciones eran de las que no se olvidan, y antes de que pudieran reírse juntas habría de pasar un tiempo; Theodora había escrito esa noche al doctor Montague aceptando su invitación, y al día siguiente partió en medio de un frío silencio.

Luke Sanderson era un holgazán y un mentiroso. También era un ladrón. Su tía, que era la propietaria de Hill House, solía señalar que su sobrino había recibido la mejor educación, poseía la mejor ropa, el

mejor gusto y frecuentaba las peores compañías que ella hubiera conocido; se habría aferrado a cualquier oportunidad de mantenerlo alejado de su círculo de amistades durante unas semanas.

El abogado de la familia tuvo que convencer al doctor Montague de que la casa no podía serle cedida con semejantes propósitos, sin la presencia supervisora de un miembro de la familia. En su primera reunión con Luke el doctor percibió en él una especie de fuerza, o de instinto felino de autoconservación, que le hizo desear, casi tan ansiosamente como a la señora Sanderson, que le acompañara a la casa. De cualquier modo, a Luke le pareció divertido, su tía quedó agradecida y el doctor Montague, más que satisfecho. La señora Sanderson dijo al abogado que, pasara lo que pasase, en la casa no había nada que Luke pudiera robar. La vieja plata labrada tenía cierto valor, le confió al abogado, pero representaba una dificultad casi insuperable para Luke: se necesitaba perseverancia para robarla y transformarla en dinero. La señora Sanderson cometía una injusticia con su sobrino. No era verosímil que Luke se alzara con la plata de la familia, ni con el reloj del doctor Montague, ni con la pulsera de Theodora; su deshonestidad se limitaba a birlar pequeñas sumas de la cartera de su tía y a hacer trampas con los naipes. También era propenso a vender los relojes y las pitilleras que le regalaban, cariñosamente y con leves sonrojos, las amigas de su tía. Algún día Luke heredaría Hill House, pero nunca había pensado que se encontraría viviendo en ella.

3

–Sencillamente opino que no debería coger el coche. Eso es todo -dijo tozudamente el cuñado de Eleanor.

–La mitad de ese coche es mía -repuso Eleanor-. Yo ayudé a comprarlo.

–Sólo digo que no creo que deba cogerlo, eso es todo -insistió el cuñado, apelando a su mujer-. No es justo que ella lo utilice durante todo el verano y nosotros nos quedemos sin él.

–Carrie lo conduce sin parar, y yo casi nunca -repuso Eleanor-. Además, vosotros os quedaréis en las montañas el verano entero, y ahí no lo podéis utilizar. Carrie, sabes de sobra que no utilizaréis el coche en las montañas.

–Pero imagínate que la pobrecita Linnie cayera enferma o le sucediese algo, y que necesitáramos el coche para llevarla al médico.

–La mitad del coche es mía -se obstinó Eleanor-. Y pienso llevármelo.

–¿Te imaginas que Carrie se pusiera enferma? ¿Te figuras lo que pasaría si no pudiésemos conseguir un médico y necesitase ir al hospital?

–Pienso llevármelo y no hay más que hablar.

–No lo creo -replicó Carrie-. No sabemos a dónde vas. No te has dignado contarnos mucho de todo esto, ¿eh? Me parece que no tengo nada claro lo de dejar que te lleves mi coche.

–Sí me lo llevaré.

–No -dijo Carrie-. No te lo llevarás.

–Eso mismo -asintió su marido-. Nos hace falta, tal como dice Carrie.

Esta sonrió ligeramente.

–Jamás me lo perdonaría, Eleanor, si te dejara el coche y te ocurriera algo. ¿Cómo podemos fiarnos de ese doctor? Después de todo, aún eres una mujer joven y el coche vale mucho dinero.

–Bueno, Carrie, basta ya. He llamado a Homer y me ha dicho que gozaba de buena posición en no sé qué universidad.

–Por supuesto -repuso Carrie sin dejar de sonreír-. Sobran razones para suponer que es un hombre decente. Pero tú prefieres no decirnos a dónde vas, o cómo localizarte si queremos recuperar el coche; puede suceder algo y puede que nunca nos enteremos. Aun en el caso de que estuvieras dispuesta a irte al fin del mundo con cualquier hombre, seguiría sin haber razón para que te permitiéramos llevarte mi coche.

–La mitad del coche es mía.

–¿Te imaginas -insistió su cuñado- que la pobrecita Linnie cayera enferma allá arriba, en el pico de un monte, sin un doctor en muchos kilómetros a la redonda?

–De cualquier modo, Eleanor, estoy segura de hacer lo que madre hubiera considerado mejor. Madre tenía confianza en mí y nunca hubiera aprobado que te fueras así, precipitadamente y a saber dónde.

–Supón que yo me pusiera enfermo allá arriba…

–Estoy segura de que madre me habría dado la razón, Eleanor.

–Además -añadió su cuñado, inspirado por una idea súbita-, ¿cómo podemos saber que nos devolverás el coche en buen estado?

Tiene que haber una primera vez para todo, se dijo Eleanor. Se apeó del taxi a primerísima hora de la mañana, temblorosa porque quizá para entonces su hermana y su cuñado estuvieran ya agitándose con los primeros indicios de sospecha. Sacó la maleta del taxi mientras el conductor cogía la caja de cartón que ocupaba el asiento delantero. Eleanor le dio una generosa propina, preguntándose si su hermana y su cuñado la estarían siguiendo, si quizá en ese mismo momento no estarían doblando la esquina y diciéndose: «Ahí está, justo como pensábamos. Ahí está. Maldita ladrona.»

Se volvió hacia el amplio aparcamiento donde guardaban el coche, echando una nerviosa ojeada hacia los extremos de la calle. Se dio de bruces contra una señora bajita, enviando paquetes en todas direcciones, y vio con desesperación que una bolsa se rompía en la acera, desparramando una porción de tarta de queso, tomates y una

barra de pan.

–¡Oiga, tenga más cuidado! – exclamó la anciana-. ¡Era mi compra! ¡Maldita sea!

–Lo siento mucho -dijo Eleanor.

Se agachó pero parecía imposible recoger los tomates y la tarta y volver a meterlos en la bolsa rota. La anciana la miraba con ceño y aferraba sus otros paquetes. Finalmente, Eleanor se incorporó, disculpándose con una sonrisa.

–De verdad lo siento mucho -dijo.

–Maldita sea -masculló la vieja, aunque más sosegadamente-. Era mi almuerzo. Y ahora, gracias a usted…

–¿Me permite que se lo pague? – Eleanor sacó su monedero y la anciana arqueó las cejas.

–No puedo aceptar dinero así como así -dijo-. No he comprado estas cosas, ¿sabe usted?, eran sobras. – Se mordió el labio-. ¡Tendría que haber visto el jamón que tenían hoy! – exclamó-, pero se lo quedó otro. Y el pastel de chocolate. Y la ensaladilla. Y los pastelillos en sus platitos de papel. Llegué tarde a todo. Y ahora…

Ambas contemplaban el revoltijo de la acera. La anciana dijo:

–Así que ya ve; no puedo aceptar su dinero sin más.

–¿Podría, entonces, comprarle algo? Tengo prisa, pero si encontrásemos algún sitio abierto…

La vieja sonrió con malicia.

–Bueno; todavía me queda esto -dijo y estrechó un paquete entre sus brazos-. Podría usted pagarme el taxi a casa -propuso-. Entonces no correría el riesgo de que nadie me derribase.

–Con mucho gusto -contestó Eleanor, y se volvió hacia el taxista que había estado aguardando, interesado-. ¿Puede llevar a esta señora a su casa?

–Bastarán un par de dólares -dijo la mujer-, sin contar la propina de este caballero, por supuesto. Siendo tan pequeña como soy -explicó-, resulta todo un riesgo que la gente te tire al suelo. A pesar de todo, reconforta encontrarse con alguien dispuesto a reparar su falta. A veces la gente que te derriba ni siquiera se detiene a mirar.

Con la ayuda de Eleanor subió al taxi con sus paquetes, y Eleanor le dio dos dólares y una moneda de cincuenta centavos, que la anciana apretó en su diminuta mano.

–Muy bien, señora -dijo el taxista-. ¿Adónde vamos?

La anciana esbozó una sonrisa entre dientes.

–Se lo diré después de que arranque -dijo. Y a continuación se dirigió a Eleanor-: Buena suerte, chiquilla. A partir de ahora tenga cuidado al andar, no vaya por ahí tumbando gente.

–Adiós -dijo Eleanor-, y de verdad lo siento mucho.

–Pues no se hable más -dijo la vieja, despidiéndose con la mano en

el momento en que el taxi se apartaba de la acera-. Rezaré por usted.

Bueno, pensó Eleanor, siguiendo el taxi con la mirada, pase lo que pase, hay una persona que rezará por mí. Al menos una.

4

Era el primer día soleado del verano, una época del año que siempre traía a Eleanor dolorosos recuerdos de su niñez, cuando el tiempo parecía un perpetuo verano; no era capaz de recordar un invierno anterior a la muerte de su padre, ocurrida en un día frío y húmedo. Últimamente solía preguntarse qué había sido de todos aquellos desaprovechados días veraniegos, ¿cómo había podido pasarlos de forma tan insensata? Soy una inconsciente, se repetía al comienzo de cada verano, soy una insensata; ahora ya soy adulta y conozco el valor de las cosas. Estaba convencida de que nunca se malgastaba nada, ni siquiera la propia infancia; y luego, cada año, una mañana de verano, el cálido viento soplaría calle abajo por donde ella caminaba y un pensamiento sombrío se apoderaría de ella: He dejado pasar más tiempo.

Pero esa mañana, conduciendo el coche propiedad de su hermana y de ella, llena de aprehensión ante la posibilidad de que aún pudieran darse cuenta de que, pese a todo, se lo había llevado sin más. Le sonrió a la oblicua luz del sol que inundaba la calle y pensó: Me voy. Por fin he dado el primer paso.

Antes, siempre que lograba el permiso de su hermana para usar el utilitario, había conducido con excesiva precaución para evitar hasta la mínima rozadura que pudiese irritar a su hermana, mas hoy el coche le pertenecía completamente; un mundo pequeño, sí, pero era todo suyo. Por fin me he puesto en marcha, pensó.

En el último semáforo de la ciudad, antes de girar para tomar la carretera de salida, se detuvo y extrajo de su bolso la carta del doctor Montague. Ni siquiera me hará falta un mapa, pensó; debe de ser un hombre muy puntilloso.

«Carretera 39 a Ashton -indicaba la carta-. Luego gire a la izquierda y tome la carretera 5 hacia el oeste. Sígala durante cincuenta kilómetros y llegará al pueblecito de Hillsdale. Atraviese Hillsdale hasta la esquina de la gasolinera, gire a la izquierda y tome lo que parece una estrecha carretera comarcal; irá usted montaña arriba y la carretera está en muy mal estado. Siga el camino hasta el final (unos diez kilómetros) y llegará a Hill House. Le doy estas instrucciones tan detalladas porque no resulta aconsejable detenerse en Hillsdale a preguntar el camino. La gente de allí es antipática con los forasteros y abiertamente hostil hacia cualquiera que pregunte por Hill House. Me alegro mucho de que nos acompañe en Hill House. Será un gran placer conocerla el jueves 21 de junio.»

El semáforo cambió; giró hacia la carretera y se alejó de la ciudad.

Nadie, pensó, puede encontrarme ahora; ni siquiera saben a dónde me dirijo.

Nunca había conducido tan lejos sola. La idea de dividir el precioso viaje en kilómetros y horas era una tontería; lo vivió como una sucesión de momentos, nuevo cada uno, que la transportaban por un sendero de increíble novedad, hacia un lugar nuevo. El viaje era en sí mismo una acción positiva. Pretendía saborear cada curva, enamorarse de la carretera, los árboles, las casas y los villorrios, gastándose bromas sobre detenerse en cualquier sitio y no regresar jamás.

Podía detener el coche en el arcén (aunque eso no está permitido, se dijo; si lo hiciera, me sancionarían) y adentrarse en la suave y acogedora campiña. Podría vagabundear hasta caer rendida persiguiendo mariposas o siguiendo el curso de un arroyo, y después, al anochecer, llegar a la choza de un pobre leñador que le ofrecería cobijo; quizá se quedase a vivir para siempre en East Barrington o en Desmond o en la aldea de Berk. Pero también podía seguir la carretera hasta el fin del mundo.

Y, pensó, puedo sencillamente dirigirme a Hill House, donde me esperan y donde me darán cobijo, alojamiento y pensión completa y un sueldo simbólico como compensación por el abandono de mis compromisos y obligaciones en la ciudad. Me pregunto cómo será el doctor Montague, cómo será Hill House, quién más estará allí.

Ya se encontraba muy lejos de la ciudad, atenta al cartel indicador de la carretera 39, ese hilo mágico de asfalto que el doctor Montague había escogido, fuera de todos los caminos del mundo, para traerla con seguridad a Hill House; ninguna otra senda podría llevarla desde donde estaba hasta donde quería estar. El doctor Montague fue confirmado: bajo la señal que indicaba la carretera 39, se leía: «A Ashton 180 kilómetros.»

La carretera, que ya era su amiga, descendía en curvas donde le aguardaban sorpresas: una vez fue una vaca que la miró del otro lado de una valla; otra vez, un perro que la contempló displicente. El camino se precipitaba hacia hondonadas donde se alzaban pueblos pequeños, pasaba por delante de prados y huertas. En la calle principal de una aldea pasó por una gran casa, sostenida por columnas y rodeada por un muro, con contraventanas y un par de leones de piedra que protegían la escalera, y pensó que ella podría vivir allí. El tiempo empieza en esta mañana de junio, se dijo, un tiempo extrañamente nuevo y sin parangón; en estos pocos segundos he pasado toda una vida en una casa con leones en la entrada.

Cada mañana barría el porche y desempolvaba los leones y cada noche les acariciaba la cabeza para darles las buenas noches, y una vez a la semana les lavaba la cara, la melena y las garras y les

limpiaba los dientes con una escobilla. Todas las habitaciones eran altas y luminosas, con suelos resplandecientes y ventanas de madera. Una refinada ama de llaves cuidaba de ella, moviéndose, almidonada, con un servicio de té de plata y llevándole un vaso de saludable vino de bayas. Cenaba sola en el largo y silencioso comedor, sentada a una mesa fulgurante, y en medio de los altos ventanales las paredes brillaban a la luz de las velas; la cena era faisán, verduras de la huerta y confitura casera de ciruelas. Dormía en una amplia cama con dosel, la gente inclinaba la cabeza a su paso en las calles de la ciudad porque todos estaban orgullosísimos de sus leones.

En ese momento había dejado atrás el pueblo, y circulaba por delante de merenderos y tenderetes cerrados. Tiempo atrás se había celebrado allí una feria con carreras de motos y todo; los carteles conservaban aún fragmentos de palabras, teme, decía uno de ellos, y otro ario. Se rió, dándose cuenta de cómo buscaba presagios por todas partes; la palabra era temerario, Eleanor, «Conductores temerarios». Aminoró la marcha.

En un punto del camino se detuvo a contemplar el paisaje. A lo largo de aproximadamente medio kilómetro había ido bordeando y admirando una hilera de adelfas espléndidamente cuidadas, que florecían rosas y blancas. Un par de columnas de piedra derruidas daban acceso a un camino que llevaba a unos campos abandonados. Más allá, las adelfas se apartaban del camino y aparentemente bordeaban un riachuelo.

El campo no contenía casa ni edificio alguno; nada excepto el recto sendero que terminaba en el río. Eleanor se preguntó qué habría habido allí, o qué iba a haber pero nunca llegó a estar. ¿Habrían pensado construir una casa, plantar un jardín o un huerto?

Las adelfas son venenosas, recordó. ¿Saldré del coche y me adentraré en ese camino entre las adelfas hasta llegar a un país de hadas, protegido de las miradas de los transeúntes? Una vez traspasadas las mágicas columnas ¿habré roto el hechizo? Entraré en un placentero jardín con fuentes, bancos y rosales, y encontraré un sendero enjoyado con rubíes y esmeraldas, tan suave que la hija de un rey podría recorrerlo con las sandalias de sus diminutos pies y que lleva directamente a un palacio encantado.

Subiré una escalera de piedra y entraré a un patio donde canta una fuente y donde, el rey, lloroso, aguarda mi regreso. En cuanto me vea llamará a gritos a los sirvientes del palacio para que dispongan un gran festín, porque el encantamiento habrá acabado y el palacio volverá a ser lo que fue. Y viviremos felices hasta el fin de nuestros días.

No, por supuesto que no, pensó, volviendo a encender el motor; una vez el palacio se haga visible y se rompa el hechizo, el embrujo

desaparecerá y este paisaje de adelfas volverá a su primitiva forma, difuminándose en pueblos, señales y vacas. Tal vez aparezca un príncipe cabalgando colina abajo, resplandeciente en su vestidura verde y plata, con cien arqueros a caballo detrás de él, con banderas al viento, caballos agitados y joyas resplandecientes… Soltó una carcajada y se despidió de las adelfas mágicas con una sonrisa. Otro día, les dijo. Otro día volveré y desharé vuestro encantamiento.

Se detuvo a comer después de haber conducido cien kilómetros. Encontró una posada rural que se anunciaba como un viejo molino y, sin poder creérselo, se halló sentada en una terraza sobre un arroyo de veloz corriente, con unas vistas de húmedas rocas y el subyugante burbujeo del agua, con un almuerzo de comida casera en la mesa. Decidió tomárselo con calma, sabiendo que Hill House siempre le aguardaría al final de su jornada. En la terraza sólo había una familia: el padre, la madre, un niño y una niña, que conversaban quedamente; en una ocasión la niña se volvió y miró a Eleanor con curiosidad y le dedicó una sonrisa. Los destellos del arroyo se reflejaban en el techo y en las mesas y hacían brillar los rizos de la niña. Su madre dijo:

–Quiere su taza de estrellas.

Eleanor la miró sorprendida. La niña se levantó, rechazando el tazón de leche que le ofrecía. Su padre fruncía el entrecejo, su hermano soltó una risa tonta y la madre repitió:

–Quiere su taza de estrellas.

Claro que sí, pensó Eleanor, yo también la quiero; una taza de estrellas, por qué no.

–Su tacita -explicó la madre con expresión de disculpa a la camarera, que se había quedado anonadada al pensar que la excelente leche de granja que servían allí no fuera del agrado de la niña- tiene estrellas en el fondo y en casa siempre toma la leche en ella. La llama la taza de las estrellas.

La camarera asintió, nada convencida, y la madre dijo a la niña:

–Esta noche, cuando lleguemos a casa, tomarás tu leche en la taza de las estrellas. Pero ahora, como eres una niña buena, tomarás la leche en este tazón.

No lo hagas, dijo mentalmente Eleanor a la niña, insiste en tu taza de las estrellas; en cuanto hayas caído en la trampa de ser como todos los demás no volverás a ver tu taza de las estrellas; no lo hagas. La niña volvió la mirada hacia ella y la sonrisa de complicidad que esbozó le formó hoyuelos en la cara; meneó la cabeza tozudamente delante del vaso.

Buena chica, pensó Eleanor, e inteligente.

–La estás malcriando -dijo el padre-. No hay que tolerarle esos caprichos.

–Sólo por esta vez -respondió la madre. Colocó el vaso en la mesa y

tocó la mano de la niña-. Cómete el helado -dijo.

Cuando se iban, la niña se despidió de Eleanor con la mano; Eleanor le devolvió el saludo mientras tomaba su café y el arroyo fluía con alegre estrépito por debajo de ella. No me queda mucho camino, pensó; ya he recorrido más de la mitad. El fin de mi jornada, pensó; y en el fondo de su mente resonaba la última estrofa de una canción: «La abundancia no se halla en la tardanza.»

Poco faltó para que se detuviese para siempre a la salida de Ashton, porque vio una encantadora casita en un jardín. Aquí podría vivir sola, se dijo, aminorando la marcha para contemplar el serpenteante sendero que llevaba a través del jardín a una puerta en cuyo umbral se veía, como mandan los cánones, un gato blanco. Tampoco ahí me encontraría nadie, detrás de todas esas rosas, y para asegurarme plantaría adelfas junto al camino. En las tardes frías encendería un fuego y asaría manzanas en el hogar. Criaré gatos blancos y coseré cortinas blancas para las ventanas y, de vez en cuando, iré a la tienda del pueblo a comprar canela, té e hilo. La gente vendrá a verme para que les diga la buenaventura y prepararé filtros de amor para doncellas tristes; tendré un petirrojo… Pero la casita había quedado muy atrás y ya iba siendo hora de buscar la nueva carretera, tan cuidadosamente indicada por el doctor Montague.

«Gire a la izquierda por la carretera 5 en dirección oeste», decía la carta, y tan eficaz y prestamente como si él mismo hubiera estado conduciendo el coche por control remoto, hizo lo que le ordenaban. Se encontraba en la carretera 5 en dirección oeste y el viaje tocaba a su fin. A pesar de lo que me dijo, caviló, me detendré en Hillsdale durante un minuto, sólo para tomar un café; no me agrada que mi viaje termine tan pronto. Pensándolo bien, no estaba realmente desobedeciendo; la carta decía que no era aconsejable pararse en Hillsdale a preguntar el camino, no que estuviese prohibido detenerse a tomar un café.

Antes de darse cuenta, se le echó encima Hillsdale, un enmarañado entramado de casas viejas y calles zigzagueantes. Era pequeño. Una vez llegó a la calle principal vio al fondo la esquina de la gasolinera.

Al parecer sólo había un lugar donde tomar café, un restaurante muy poco atractivo, de modo que aproximó su coche al destartalado bordillo y se apeó. Tras un minuto de reflexión, dirigiendo un tácito asentimiento a Hillsdale, cerró con llave para proteger su equipaje. No estaré mucho tiempo aquí, se dijo, dirigiendo su mirada calle arriba y abajo, la cual, aun dándole el sol, tenía un aspecto sombrío. Recostado contra una pared, un perro dormía intranquilo; al otro lado de la calle, delante de una puerta, una mujer miraba a Eleanor, y dos muchachos silenciosos haraganeaban junto a una valla. Eleanor, que sentía miedo de perros extraños, mujeres burlonas y jóvenes maleantes, se dirigió

rápidamente al restaurante.

Una vez dentro, se encontró con un mostrador detrás del cual había una muchacha de aspecto cansado, y un hombre que comía sentado en un extremo. Una pringosa campana de cristal cubría un plato de rosquillas.

–Un café -dijo a la chica del mostrador, que se volvió cansinamente y cogió una taza de un estante. Tendré que beberme este café porque he dicho que iba a hacerlo, se dijo, pero la próxima vez le haré caso al doctor Montague.

El hombre que comía y la chica del mostrador se estaban contando algún chiste. Cuando la camarera puso el café a Eleanor, le dirigió una mirada al hombre y medio sonrió; el hombre se encogió de hombros y la muchacha soltó una breve carcajada. Eleanor los miró, pero al punto la camarera estaba contemplándose las uñas y el hombre rebañaba el plato con un trozo de pan. Tal vez el café estuviese envenenado; desde luego, tenía toda la pinta.

Eleanor dijo a la chica:

–Por favor, sírvame también una de esas rosquillas.

La chica, mirando de soslayo al hombre, puso una en un plato y lo colocó delante de Eleanor, y al cruzar otra mirada con el hombre, sonrió.

–Este pueblecito es precioso -dijo Eleanor a la joven-. ¿Cómo se llama?

La muchacha la miró de hito en hito; posiblemente nunca nadie hubiera calificado a Hillsdale de pueblecito precioso. Pasado un momento, la camarera dirigió de nuevo su mirada hacia el hombre, como si pidiera confirmación, y dijo:

–Hillsdale.

–¿Hace mucho que vive usted aquí? – inquirió Eleanor. No voy a mencionar Hill House, tranquilizó al doctor Montague mentalmente, sólo deseo pasar un poco el tiempo.

–Sí -dijo la chica.

–Debe de ser muy agradable vivir en una aldea como ésta. Yo vengo de la ciudad.

–Ya.

–¿Le gusta este lugar?

–Está bien -respondió la joven, y miró al hombre, que escuchaba atentamente-. Pero no hay mucho que hacer.

–¿Cómo es de grande?

–Es pequeño. ¿Te apetece más café? – preguntó al hombre.

Eleanor bebió un sorbo de café y se preguntó cómo sería posible que alguien quisiera más. Era repulsivo.

–¿Reciben muchos visitantes por aquí? – preguntó-. Me refiero a turistas.

–¿Turistas? – La muchacha puso expresión de incredulidad-. ¿Para qué iba a venir nadie aquí? Ni siquiera tenemos cine -dijo, mirando al hombre con gesto de extrañeza.

–Pero las colinas son preciosas… En aldeas remotas como ésta suele haber gente de la ciudad que se ha trasladado aquí y se ha construido casas. Quieren aislarse.

La camarera soltó una breve risa.

–No. Aquí no quieren.

–O reforman casas viejas.

–¡Soledad! – dijo la camarera y volvió a reír.

–Pues no deja de sorprenderme -dijo Eleanor, sintiendo la mirada del hombre.

–Bueno -observó la chica-, si pusieran cine, quizá.

–Las casas viejas son habitualmente baratas, y restaurarlas es muy divertido -dijo Eleanor.

–Por estos andurriales no -replicó la chica.

–¿No hay por aquí casas viejas? ¿Y en las colinas?

–Tampoco.

El hombre se levantó y habló por primera vez:

–La gente se va de este lugar -afirmó-. Aquí no viene nadie.

Luego se marchó. La muchacha dirigió sus inexpresivos ojos hacia Eleanor, casi recriminándola; como si Eleanor con su cháchara hubiese echado al hombre.

–La gente se marcha de aquí -dijo-; los que pueden hacerlo.

–¿Por qué no se va usted también? – inquinó Eleanor.

La muchacha se encogió de hombros.

–¿Y qué saldría ganando? – repuso.

Cogió el dinero de Eleanor y se dio la vuelta. Entonces, con otra de sus fugaces miradas reparó en el plato y la taza que había utilizado el hombre y casi sonrió.

–Viene todos los días -dijo.

Cuando Eleanor le devolvió la mirada, la muchacha le volvió la espalda y se enfrascó en las tazas de los estantes. Eleanor, sintiendo que la estaban echando, se levantó.

–Adiós -dijo, y la camarera, sin volverse, respondió:

–Buena suerte. Espero que encuentre su casa.

La carretera que arrancaba de la gasolinera estaba de lo más descuidada, llena de piedras y baches. El coche se bamboleaba, resistiéndose a adentrarse en las desagradables colinas, donde el día parecía acercarse rápidamente a su fin bajo el espeso arbolado de ambos lados del camino. No parece que haya mucha circulación en esta carretera, pensó Eleanor irónicamente, girando el volante para evitar una piedra particularmente peligrosa. Diez kilómetros así no le harán ningún bien al coche, y por primera vez en las últimas horas

pensó en su hermana y sonrió. Para entonces sin duda, sabrían que había cogido el coche y se había ido pero no sabían a dónde; estarían diciéndose con incredulidad que jamás lo hubieran pensado de Eleanor. Jamás lo hubiera pensado yo misma, se dijo; todo es diferente, soy una persona nueva, estoy muy lejos de casa. «La abundancia no se halla en la tardanza… Del nuevo júbilo nace la nueva risa.»

El coche dio un brinco al pasar por encima de una piedra, pero prosiguió su ardua subida. Las ramas de los árboles rozaban el parabrisas y la oscuridad se acrecentaba por momentos. Me pregunto si el sol brilla alguna vez por estos parajes, pensó. Por fin, con un último esfuerzo, el automóvil superó una maraña de hojas muertas y ramas que cruzaban el camino y llegó a un claro junto a la verja de Hill House.

De pronto se sintió desamparada. El portal de la finca era alto, pesado y no presagiaba nada bueno, firmemente encajado en un muro de piedra que se perdía en medio de la arboleda. Desde el coche podía ver el candado y la cadena que enlazaba los barrotes. Más allá de la verja la carretera continuaba y giraba, ensombrecida a ambos lados por tenebrosos árboles.

Ya que la puerta estaba cerrada, hizo sonar la bocina. Árboles y puerta se estremecieron ligeramente ante el sonido. Transcurrido un minuto, volvió a tocar el claxon y vio entonces a un hombre que se aproximaba desde el otro lado, tan desagradable como el candado. Escudriñó a Eleanor con mirada amenazadora.

–¿Qué quiere? – Su voz sonó cortante y malhumorada.

–Quiero entrar. Tenga la amabilidad de abrir la puerta.

–¿Quién lo dice?

Eleanor se quedó desconcertada.

–Pues… he de entrar.

–¿Para qué?

–Me esperan.

–¿Quién la espera?

El guarda disfrutaba excediéndose en su autoridad, como si al abrir fuera a perder su ilusorio poder. ¿Y cuál es mi poder?, se preguntó Eleanor; al fin y al cabo yo me hallo fuera.

Se dio cuenta de que si perdía la calma, lo que ocurría raramente porque temía que no sirviera de nada, sólo conseguiría alejarlo. Pudo incluso adivinar sus excusas en el caso de que alguien reprobase más tarde su arrogancia: una mueca maliciosamente vaga, ojos como platos, protestas de que él quería dejarla entrar, mas ¿cómo podía estar seguro de que la esperaban?, ¿acaso no había recibido órdenes?, ¿iba a buscarse problemas permitiendo la entrada de una desconocida? Eleanor sonrió para sí. El hombre se apartó de la puerta.

–Mejor será que vuelva más tarde -le dijo, y le dio la espalda.

–¡Escúcheme! – repuso ella, esforzándose por no parecer enfadada-, soy una de los invitados del doctor Montague. Me espera en la casa. ¡Escúcheme, por favor!

Él se volvió hacia ella.

–Nadie puede estar esperándola -dijo-, ya que usted es la única persona que ha llegado.

–¿Quiere decir que no hay nadie en la casa? – Nadie. Puede que esté mi mujer, eso sí. O sea que difícilmente podrían estar esperándola.

Eleanor cerró los ojos. Hill House, pensó, es tan difícil cruzar tu puerta como la del cielo.

–Supongo que sabrá usted lo que se está buscando al venir aquí. Supongo que se lo explicarían en el pueblo. ¿Ha oído algo acerca de este lugar?

–Me han invitado como huésped del doctor Montague. Cuando usted me abra las puertas, pasaré al interior.

–Sólo quería estar seguro de que supiera usted lo que le espera ahí dentro. ¿Ha estado aquí antes? ¿Es usted de la familia? – La estaba examinando a través de la reja, convertida su cara burlona en una barrera más, además del candado y la cadena-. No puedo dejarla pasar hasta estar seguro; no estaría bien, ¿verdad? ¿Cómo dijo que se llamaba?

–Eleanor Vanee.

–Entonces no es usted de la familia. ¿Ha oído algo sobre esta casa?

Esta es mi oportunidad, pensó ella. Podría marcharme y nadie podría culparme. No obstante, asomó la cabeza por la ventanilla y dijo:

–Me llamo Eleanor Vanee. Me esperan en Hill House. Abra la puerta ahora mismo.

–Está bien, usted lo ha querido.

El hombre abrió el candado, soltó la cadena y abrió las puertas lo justo para que pasara el coche.

Eleanor entró lentamente, pero la prontitud con que el portero se apartó del camino le hizo pensar por un momento que éste había percibido el fugaz impulso que se le había pasado por la cabeza; se rió y detuvo el coche, porque el hombre se le acercaba cautamente desde su lado.

–No le gustará -le advirtió-, lamentará que le haya abierto la puerta.

–Apártese del camino -replicó ella-. Ya me ha entretenido bastante.

–¿Se imagina que alguien más se quedaría aquí tanto tiempo, excepto yo y mi mujer? Podemos hacer lo que nos apetezca, en tanto preparemos la casa y abramos la puerta a ustedes, los sabelotodo de la

ciudad.

–Aléjese de mi coche.

No se atrevía a reconocer que aquel hombre la asustaba, por miedo de que él pudiera darse cuenta; su proximidad, inclinado sobre el costado del coche, resultaba repulsiva, y su resentimiento la confundía; ¿acaso consideraba él como propias la casa y los jardines?

De la carta del doctor Montague un nombre le vino a la cabeza y preguntó:

–¿Es usted Dudley, el casero?

–Sí, soy Dudley. ¿A quién más esperaba encontrar?

He aquí el viejo y leal empleado de casa, pensó, tan orgulloso como insoportable.

–¿Se ocupan de la casa su mujer y usted solos?

–¿Quién, si no? – Aquella frase era su vanagloria, su maldición y su muletilla.

–Estoy segura de que usted y su esposa serán capaces de hacernos sentir muy a gusto -le dijo, dando a su voz un tono concluyente-. De momento, quiero llegar a la casa cuanto antes.

–Yo no me quedo por aquí después de que oscurezca.

Haciendo una mueca, satisfecho consigo mismo, se retiró del coche y Eleanor se lo agradeció, aun sintiéndose incómoda mientras arrancaba bajo su mirada. Quizá siga apareciéndoseme a lo largo de toda la senda, se dijo, como el gato burlón de Alicia, gritándome que debería estar contenta de tener a alguien dispuesto a quedarse en este lugar, aunque sea sólo hasta el ocaso.

Comenzó a silbar, un poco fastidiada de que la misma melodía le siguiera dando vueltas en la cabeza: «Del nuevo júbilo, nace la nueva risa.» Se dijo, llena de irritación, que debería esforzarse en pensar en otra cosa; el resto de la letra debía de ser una tontería, ya que se ocultaba tan tozudamente en su memoria, y probablemente resultaría ridículo que la sorprendieran cantando a su llegada a Hill House.

De vez en cuando, entre los árboles, alcanzaba a vislumbrar los tejados de Hill House. ¡Qué casas tan raras construían en la época cuando Hill House fue levantada!, pensó; les colocaban torres y torretas y contrafuertes, y en todo ello, encaje de madera; a veces hasta agujas góticas y gárgolas; nada se dejaba nunca sin decorar. A lo mejor Hill House tiene una torre o una cámara secreta o incluso un pasadizo subterráneo que se adentra en las colinas, utilizado otrora por los contrabandistas. Pero ¿hallarían los contrabandistas algo que alijar en esas solitarias colinas? Quizá me tropiece con un contrabandista endiabladamente guapo y…

Se metió en el último tramo recto del camino que conducía directamente a Hill House. Pisó el freno y se quedó contemplando el edificio.

Era una casa abominable. Sintió un escalofrío y pensó: Hill House es un sitio atroz y enfermizo; sal de aquí inmediatamente.

II

1

Ningún ojo humano es capaz de discernir la infeliz coincidencia de trazado y lugar que sugiera maldad a la vista de una casa, y pese a todo, de alguna forma una loca yuxtaposición, un ángulo mal trazado, alguna juntura casual de tejado y cielo, convirtió Hill House en un lugar de desesperación, aún más aterrador porque la cara de Hill House parecía despierta, con una vigilancia que brotaba de las desnudas ventanas y con un toque de ironía en la ceja de una cornisa. Casi cualquier edificio, si se le coge desprevenido o se le pilla en un ángulo extraño, puede presentar un aspecto gracioso a una persona observadora; incluso una pequeña chimenea de aspecto revoltoso, o una buhardilla que parezca un hoyuelo, pueden seducir a quien lo contemple con espíritu de camaradería; pero una casa arrogante y odiosa, que nunca baja la guardia, sólo puede ser mala.

Esta casa, que parecía haberse formado a sí misma, encajándose en su propia construcción de líneas y ángulos, alzaba altivamente su cabeza contra el cielo, sin concesión alguna a la humanidad. Era una casa carente de afecto, no pensada para ser habitada, un lugar inadecuado para la gente, para el amor o para la esperanza. Los exorcismos no pueden cambiar el aspecto de una casa; Hill House seguiría igual hasta que fuera destruida.

Debería haber dado la vuelta en la entrada, pensó Eleanor. La casa le había provocado un atávico nudo en el estómago y retornó con la mirada el contorno de los tejados tratando de localizar la maldad que habitaba allí; sus manos se volvieron frías y nerviosamente intentó sacar un cigarrillo. Oía atemorizada dentro de sí una voz mórbida que le susurraba: «Aléjate de aquí, aléjate.»

Pero lo que vine a buscar desde tan lejos es esto, se dijo; no puedo regresar. Además Dudley se reiría de mí si intentase marcharme.

Intentando no mirar la casa (ni siquiera habría podido decir cuál era su color o su estilo o su tamaño, salvo que era enorme y oscura y que la dominaba con altivez), encendió de nuevo el motor y ascendió el último tramo del sendero hasta los escalonas, que conducían a la galería de la puerta principal. El sendero rodeaba la casa, y probablemente allí hubiese alguna clase de garaje, pero de momento no quería deshacerse completamente de sus medios de escape. Aparcó el coche a un lado del sendero despejándolo para los que llegasen después, y se apeó con la maleta y el abrigo. Bueno, se dijo, aquí estoy.

Poner el pie en el primer escalón fue un acto de fortaleza moral, y pensó que su desagrado de estar en Hill House provenía del vivido

sentimiento de que la casa estaba esperándola, con maldad y paciencia. «Los viajes acaban en una reunión de enamorados», pensó, recordando por fin la canción, y sonrió de pie sobre los escalones de Hill House. Y con decisión ascendió hacia la balaustrada y la puerta.

Hill House la envolvió irremisiblemente en sombras y el sonido de sus pasos en la galería, que resultaba ofensivo en medio de tanto silencio, como si hubiera pasado mucho tiempo desde que unos pies hubieran pasado por allí. Cogió una pesada aldaba de hierro que representaba una cara infantil, decidida a llamar, pero la puerta se abrió de pronto y se encontró delante de una mujer que sólo podía ser la esposa de Dudley.

–¿La señora Dudley? – dijo conteniendo el aliento-. Soy Eleonor Vanee. Me esperan.

La mujer se apartó en silencio. Su delantal estaba limpio pero su cabello recogido rezumaba un indefinible aire de suciedad, para no ser menos que su marido, y el suspicaz malhumor de su cara rivalizaba con la maliciosa petulancia de su cónyuge. No, se dijo Eleanor, en parte se debe a que todo aquí parece tan oscuro, y en parte a que yo esperaba que la mujer de ese hombre fuese una bruja. Si no hubiese visto Hill House, ¿sería tan injusta con ellos? Al fin y al cabo, ellos sólo la cuidan.

El vestíbulo rebosaba de madera oscura recargadamente labrada, que resultaba tenebrosa ante la pesadez de la escalera, que se apoyaba en el otro extremo de la sala. Encima parecía haber otro pasillo que recorría toda la anchura de la casa; distinguió un amplio rellano y puertas cerradas a lo largo del vestíbulo superior. A ambos lados de Eleanor se alzaban grandes puertas de doble hoja labradas, todas cerradas.

Cuando intentó hablar, su voz sonó ahogada por la mortecina quietud, y tuvo que intentarlo de nuevo.

–¿Puede llevarme a mi cuarto? – preguntó por fin, haciendo un gesto hacia su maleta, que se hallaba en el suelo-. Deduzco que soy la primera en llegar. Usted… ¿es la señora Dudley? Creo que voy a echarme a llorar, pensó, igual que un niño que gime y berrea. No me gusta este lugar…

La señora Dudley se dio la vuelta y empezó a subir las escaleras. Eleanor cogió su maleta y la siguió. La señora Dudley llegó al final de la escalera y giró a la derecha, y Eleanor advirtió que, haciendo gala de una rara clarividencia, los constructores de la casa habían desistido de seguir un estilo determinado, probablemente después de darse cuenta de lo que la casa iba a ser, y habían dispuesto en ese segundo piso una recta antesala a la que daban las puertas de los dormitorios; tuvo una fugaz sensación de que los albañiles terminaron el segundo y el tercer piso con una especie de loca precipitación, ansiosos de acabar

el trabajo sin florituras y salir de allí, utilizando en las habitaciones el patrón más sencillo. En el extremo izquierdo de la antesala había una segunda escalera, que probablemente conducía a las habitaciones de servicio del tercer piso y, hacia abajo, hasta la zona de servicio del sótano; en el extremo derecho del mismo vestíbulo había otro cuarto, quizá para aprovechar al máximo la luz y el calor del sol.

Salvo una prolongación de la oscura carpintería, y lo que parecía una serie de grabados toscamente ejecutados y dispuestos sin gracia a lo largo del vestíbulo en ambas direcciones, nada rompía la regularidad de las paredes excepto la hilera de puertas, todas cerradas.

La señora Dudley cruzó el vestíbulo y abrió una puerta.

–Ésta es la habitación azul -dijo.

A juzgar por el giro de la escalera, Eleanor supuso que el cuarto estaría en la parte delantera de la casa.

–¡Qué bonito! – dijo deteniéndose en el umbral, pero sus palabras obedecían a la sensación de que debía decir algo; de bonita no tenía nada y apenas resultaba tolerable; encerraba la misma chocante discordancia que caracterizaba a Hill House de cabo a rabo.

La señora Dudley se apartó para que Eleanor pasase, y dijo:

–A las seis en punto dejo la cena en la repisa del comedor. Pueden servirse ustedes mismos. Retiro el servicio por la mañana. A las nueve el desayuno está dispuesto. Eso es lo que acordamos que haría. No puedo hacer las habitaciones como les gustaría, pero estoy sola. No soy una sirvienta. Mis tareas no incluyen hacer de sirvienta.

Eleanor asintió sin saber qué decir.

–No me quedo después de la cena -prosiguió la señora Dudley-, No me quedo después de que empiece a oscurecer.

–Ya veo -dijo Eleanor.

–Vivimos en el pueblo, a diez kilómetros de aquí.

–Ya -asintió Eleanor, recordando Hillsdale.

–Por tanto no habrá nadie por aquí si necesitan ayuda.

–Entiendo.

–De noche ni siquiera podríamos oírlos.

–Y si…

–Nadie vive por estos parajes, ni nadie se acerca.

–Entiendo -repitió Eleanor cansinamente.

–Por la noche estaréis solos -insistió la señora Dudley sonriendo-. En la oscuridad -dijo cerrando la puerta tras de sí.

A Eleanor casi le dio risa al imaginarse a sí misma exclamando: “¡Oh!, señora Dudley, necesito que me ampare en la oscuridad.”. Y entonces se puso a tiritar.

2

De pie junto a su maleta, su abrigo todavía colgado del brazo se sintió infeliz y desamparada. Los viajes acaban en encuentros de

enamorados, se dijo. Deseo volver a su casa. Detrás de ella se extendía la oscura escalera, el encerado vestíbulo, la gran puerta principal y la señora Dudley. Y el propio Dudley riéndose junto al portal, los candados, luego Hillsdale, la casita de las flores, la familia de la posada, el jardín de las adelfas y la casa de los leones de piedra; y todo ello la había llevado hasta allí, bajo las instrucciones del doctor Montague, hasta la habitación azul de Hill House. Es horrible, pensó sin moverse, puesto que el movimiento podía implicar aceptación. Es horrible y no quiero quedarme, pero no había otro sitio al que ir. La carta de Montague la había llevado hasta allí y no podía llevarla más lejos; gimió, sacudió la cabeza y se adelantó para colocar la maleta en la cama.

Heme aquí, en la habitación azul de Hill House, se dijo. Todo era real, y la habitación era azul. Unas cortinas azules cubrían las dos ventanas, que daban al parterre por encima del tejado del mirador, y una alfombra azul, una colcha azul sobre la cama y un edredón azul a los pies. Las paredes, recubiertas de madera oscura hasta la altura del hombro, estaban empapeladas con figuras azules, con un diseño de delicadas florecillas en guirnaldas y ramilletes. Puede que alguien en alguna ocasión hubiera intentado aligerar el ambiente de la habitación con otro empapelado, sin advertir que tal esperanza se evaporaría en Hill House, dejando sólo el casi inaudible eco de sollozos lejanos… Eleanor se estremeció y contempló el cuarto completo.

El diseño era inquietantemente defectuoso: las paredes parecían un ápice más largas de lo que la vista podía soportar; o un punto inferiores a la longitud más corta. Y aquí quieren que duerma, reflexionó Eleanor con incredulidad; qué pesadillas me aguardan en las sombras de esos altos rincones, qué hálito de miedo frenético flotará en mi boca… Volvió a estremecerse.

Abrió su maleta sobre la cama y, quitándose los zapatos de calle con alivio, empezó a deshacer el equipaje, con la convicción, enteramente femenina, de que la mejor forma de sosegar una mente atormentada es calzarse unos zapatos cómodos. La víspera, mientras hacía la maleta en la ciudad, había elegido prendas que suponía adecuadas para una casa de campo aislada; incluso había salido a la calle en el último minuto y comprado, excitada por su propia audacia, dos pares de pantalones, una prenda que no se ponía desde hacía años. Madre se pondría furiosa, pensó mientras colocaba los pantalones en el fondo de la maleta, a fin de no sacarlos ni permitir que nadie supiera que los tenía, en el caso de que le faltase el valor. Ahora, en Hill House, ya no parecían tan nuevos. Deshizo la maleta con descuido, colgando los vestidos en las perchas, metiendo los pantalones en el último cajón de la alta cómoda de tablero de mármol, lanzando los zapatos de calle a una esquina del armario. Lo más

probable es que no me quede, reflexionó, y cerró la vacía maleta y la colocó en un rincón del armario; no tardaré ni cinco minutos en rehacer el equipaje.

De pronto, constató que había tratado de dejar la maleta en el suelo sin hacer ruido, y entonces recordó que mientras la deshacía, sólo calzaba medias, intentando moverse tan silenciosamente como podía, como si el silencio fuera vital en Hill House; la señora Dudley también caminaba sin hacer ruido. El opresivo silencio de Hill House volvió a envolverla.

Soy como una pequeña criatura tragada por un monstruo, pensó, y ese monstruo percibe mis minúsculos movimientos en su interior. «¡No!», exclamó en voz alta, y el eco le devolvió la palabra. Cruzó la habitación y apartó las cortinas azules, pero la luz del sol sólo pudo atravesar pálidamente el grueso cristal de las ventanas, y sólo alcanzó a ver el tejado de la galería y, más allá, una parte del césped. Allí abajo estaba su coche, el que la llevaría lejos de allí. Los viajes acaban en encuentros de enamorados, recordó. Venir aquí fue por decisión propia. En ese momento se dio cuenta de que tenía miedo de volver a cruzar la habitación.

Se hallaba de pie de espaldas a la ventana, abarcando con la vista desde la puerta hasta el armario, la cómoda y la cama, diciéndose que no tenía ningún miedo. De pronto oyó el ruido de la portezuela de un coche al cerrarse de golpe, y a continuación pasos rápidos que subían por la escalera y cruzaban la galería, y luego, con un sobresalto por su parte, la gran aldaba de hierro resonó estrepitosamente. Bueno, pensó, ha llegado alguien más; no estaré aquí completamente sola.

Cruzó a la carrera el cuarto y salió a la antesala para mirar, desde lo alto de la escalera, el vestíbulo de la casa.

–Gracias a Dios -dijo mirando a través de la penumbra-. Gracias a Dios ha venido alguien.

Advirtió que estaba hablando como si la señora Dudley no pudiera oírla, aunque ésta se hallaba, tiesa y pálida, en el vestíbulo.

–Suba -dijo Eleanor a la recién llegada-, tendrá que cargar con la maleta usted misma.

Parecía incapaz de dejar de hablar, derretida su habitual timidez por el alivio.

–Me llamo Eleanor Vanee -declaró-, y estoy encantada de que esté usted aquí.

–Yo soy Theodora. Esta maldita casa…

–Aquí arriba está igual de mal. Sube. Pide que te den el cuarto contiguo al mío.

Theodora subió por la recargada escalera detrás de la señora Dudley, contemplando con incredulidad el vitral del rellano, la urna de mármol colocada en un nicho y el dibujo de la alfombra. Su maleta

era más grande que la de Eleanor y notablemente más lujosa. Eleanor se adelantó a ayudarla.

–Espera a ver los dormitorios -dijo-. Me parece que el mío lo usaban como cuarto de embalsamar.

–Esta es la casa con la que siempre he soñado -replicó Theodora-. Un pequeño escondite donde pueda estar a solas con mis pensamientos. Especialmente si mis pensamientos se refieren a crímenes o suicidios o…

–Habitación verde -señaló la señora Dudley con frialdad.

Eleanor percibió que la charla impertinente o crítica acerca de la casa molestaba a la señora Dudley. Quizá cree que el edificio puede oírnos, pensó Eleanor, e inmediatamente lamentó haberlo pensado. Quizá estuviera estremeciéndose, porque Theodora le sonrió y le tocó el hombro tranquilizadoramente. Es un encanto, se dijo Eleanor devolviéndole la sonrisa, en nada se parece a la persona que encaja en este lugar oscuro y deprimente; pero bueno, quizá yo tampoco encaje aquí; no soy persona adecuada para Hill House aunque tampoco puedo imaginarme a nadie que lo sea. Entonces se echó a reír mientras contemplaba la expresión de Theodora, que estaba de pie delante de la habitación verde.

–¡Dios bendito! – exclamó Theodora, mirando de reojo a Eleanor-. Es fascinante. ¡Eso es un auténtico tocador!

–A las seis en punto dejo la cena en la repisa del comedor -dijo la señora Dudley-. Pueden servirse ustedes mismas. Por la mañana retiro el servicio. El desayuno estará dispuesto a las nueve. Eso es lo que acordamos que haría.

–Estás asustada -dijo Theodora contemplando a Eleanor.

–No puedo hacer los cuartos como a ustedes les gustaría, porque estoy sola. No soy una sirvienta. Mis tareas no incluyen ser sirvienta.

–Tuve miedo cuando pensé que estaría completamente sola -replicó Eleanor.

–No me quedo después de las seis ni después de que empiece a oscurecer.

–Ahora estoy yo aquí -dijo Theodora-. Todo irá bien.

–Estamos comunicadas a través del cuarto de baño -señaló Eleanor sin venir a cuento-. Las habitaciones son exactamente iguales.

Verdes cortinas colgaban sobre las ventanas del cuarto de Theodora, el papel de las paredes estaba adornado con guirnaldas verdes, la colcha y el edredón eran verdes, igual que la cómoda con su tablero de mármol y el enorme armario.

–En mi vida he visto sitio tan horrendo -dijo Eleanor.

–En los mejores hoteles se ven cosas así-repuso Theodora.

–Me voy antes de que oscurezca -prosiguió la señora Dudley con su retahíla.

–Nadie podrá oírte si gritas por la noche -le comunico Eleanor a Theodora.

Se dio cuenta de que estaba aferrando el pomo de la puerta y, bajo la inquisitiva mirada de Theodora, se dirigió al otro lado del cuarto.

–Tendremos que encontrar alguna manera de abrir estas ventanas -afirmó.

–Así que no habrá nadie por aquí si necesitan ayuda -reiteró la señora Dudley-. No podríamos oírles ni aun en el silencio de la noche. Nadie podría.

–¿Tienes hambre? – preguntó Theodora. Eleanor asintió.

–Nadie vive antes de llegar al pueblo. Nadie se aproximaría más.

–Estoy desfallecida -dijo Theodora, colocó la maleta en la cama y se quitó los zapatos-. Nada me irrita más que el estómago vacío; pataleo y me echo a llorar. – Sacó de la maleta unos pantalones de buen corte.

–Por la noche estaréis solos -dijo la señora Dudley y sonrió-. En la oscuridad. – Y cerró la puerta tras de sí.

Al punto Eleanor dijo:

–También sabe andar sin hacer ruido.

–¡Qué bruja tan encantadora! – Se dio la vuelta, observando su cuarto-: Retiro lo dicho acerca de los mejores hoteles -afirmó-. Esto parece un internado al que asistí durante una temporada.

–Ven a ver el mío -dijo Eleanor. Abrió la puerta del cuarto de baño y encabezó la marcha hacia la habitación azul-. Cuando llegaste, había deshecho el equipaje y estaba pensando en hacerlo de nuevo.

–¡Pobre criatura! Sin duda estás muerta de hambre. Lo único que me vino a la cabeza cuando vi la casa fue que resultaba divertido quedarse fuera y verla quemarse. Quizá antes de que nos vayamos…

–Era terrible estar aquí sola.

–Tendrías que haber visto mi internado durante las vacaciones.

Theodora regresó a su cuarto y Eleanor se sintió más animada. Ordenó su ropa y colocó sus libros en la mesilla de noche.

–¡Ya sabes! – gritó Theodora desde el otro cuarto-. ¡Es como el primer día de clase; todo resulta feo y raro, no conoces y temes que todo el mundo vaya a reírse de ti!

Eleanor, que había abierto el cajón de la cómoda para sacar unos pantalones, soltó una carcajada y lanzó los pantalones encima de la cama.

–Así pues -continuó Theodora-, la señora Dudley no vendrá si gritamos por la noche. ¿Correcto?

–Eso no está incluido en su contrato. ¿Viste al amable y viejo criado de la puerta?

–Sostuvimos una afable conversación. Me dijo que no podía entrar, yo le dije que sí podía, entonces traté de arrollarlo con mi coche, pero

se apartó de un salto. Oye, ¿crees que tenemos que quedarnos sentadas en nuestros cuartos a esperar? Me gustaría ponerme algo cómodo, a no ser que haya que vestirse para la cena. ¿Qué te parece?

–Buena idea.

–Bien, salgamos de aquí y exploremos un poco.

–Oscurece pronto en estas colinas, con tanto árbol… -Eleanor se dirigió a la ventana; aún quedaba luz solar, oblicua, en el parterre.

–Tardará casi una hora en oscurecer completamente. Me apetece salir y tumbarme en la hierba.

Eleanor escogió un jersey rojo, pensando que en ese cuarto el rojo del jersey y el rojo de las sandalias, que había comprado a juego, se darían de bofetadas, mas el conjunto combinaba extrañamente bien, según le pareció cuando se miró en el gran espejo de la puerta del armario.

–¿Tienes idea de quién más va a venir? – preguntó-. ¿O cuándo?

–Espero que el doctor Montague -dijo Theodora-. Creí que estaría aquí antes que los demás.

–¿Hace mucho que lo conoces?

–No lo he visto en mi vida -dijo Theodora-. ¿Y tú?

–Jamás. ¿Estás lista?

–Sí.

Theodora entró en la habitación de Eleanor por el cuarto de baño. Es preciosa, pensó Eleanor, me gustaría ser tan guapa como ella. Theodora lucía una camisa de un amarillo brillante. Eleanor sonreía y dijo:

–Iluminas este cuarto mejor que la ventana.

Theodora se contempló con aprobación en el espejo.

–Me parece que en este lugar tan lúgubre debemos tener el aspecto más brillante que podamos. Me gusta tu jersey rojo; las dos seremos visibles desde un extremo al otro de Hill House. – Mirándose aún en el espejo preguntó-: Supongo que Montague te escribiría, ¿verdad?

–Sí -dijo Eleanor, turbándose-. Al principio no sabía si era una broma o si iba en serio. Pero mi cuñado comprobó sus antecedentes.

–Pues mira, hasta el último minuto no pensé que de veras hubiese una Hill House. Una no va por ahí esperando que sucedan cosas como éstas.

–No. Pero algunas vamos por el mundo con esperanza.

Theodora rió, dio una vuelta completa ante el espejo y tomando la mano de Eleanor, dijo:

–Querida, estamos perdidas en el bosque. Vamos a explorar.

–No podemos alejarnos mucho de la casa…

–No daremos un paso más de los que decidas. ¿Crees que tenemos que informar a la señora Dudley de cuándo entramos y salimos?

–Da igual. Probablemente vigilará cada paso que demos,

seguramente eso sí forma parte de sus tareas.

–Me pregunto con quién llegaría a semejante acuerdo. ¿Con el conde Drácula?

–¿Crees que vive en Hill House?

–Me parece que pasa aquí los fines de semana; te juro que he visto murciélagos en el piso de abajo. Vamos, sígueme.

Bajaron las escaleras moviéndose de una forma vivaz que contrastaba con la oscura madera y la neblinosa luz de las escaleras, causando alboroto con sus pies. La señora Dudley estaba al pie de las escaleras y las contemplaba en silencio.

–Vamos a explorar, señora Dudley -dijo Theodora sin detenerse-. Estaremos en algún sitio, por ahí fuera.

–Volveremos pronto -añadió Eleanor.

–A las seis en punto dejo la cena en la repisa del comedor -dijo la señora Dudley.

Eleanor consiguió abrir la gran puerta principal; era tan pesada como aparentaba y se dijo que tendrían que encontrar una forma más fácil de entrar.

–Déjala abierta -le dijo a Theodora-. Es tremendamente pesada. Coge uno de esos grandes jarrones para trabarla.

Theodora acercó desde el rincón del vestíbulo una vasija de piedra y la apoyaron contra la puerta. La pálida luz solar del exterior resultaba brillante después de salir de la oscuridad de la casa, y el aire era fresco y agradable. A sus espaldas, la señora Dudley quitó el jarrón y la puerta se cerró con estrépito.

–¡Qué bruja más adorable! – exclamó Theodora. Por un momento la ira le desencajó la cara y Eleanor pensó: Espero que jamás me mire así, y se sorprendió al recordar que siempre era tímida con los desconocidos; tímida y además se sentía incómoda; sin embargo, en no más de media hora había llegado a apreciar a Theodora, aunque su ira pudiese ser aterradora.

–Creo… -dijo Eleanor, y se tranquilizó cuando Theodora se dio la vuelta y le sonrió

–creo que durante las horas de luz, cuando la señora Dudley ande por ahí, me buscaré alguna ocupación lejos de la casa. Quizá pasarle el rodillo a la pista de tenis o cuidar las uvas del invernadero.

–A lo mejor podrías ayudar a Dudley con la verja.

–O buscar tumbas en el ortigal.

Se encontraban de pie junto a la balaustrada de la galería; desde allí podían ver el sendero hasta donde torcía nuevamente en medio de los árboles, y sobre la suave curva de las colinas divisaban lo que debía de ser la carretera principal, el camino de vuelta a casa. A no ser por los cables tendidos desde la casa hasta un punto entre los árboles, no había evidencia de que Hill House formase parte del resto del

mundo. Eleanor siguió la galería; aparentemente rodeaba la casa por entero.

–¡Oh! ¡Mira! – dijo al doblar una esquina.

Detrás de la casa las colinas formaban grandes masas apretadas, tapizadas con el verdor del verano, frondosas y sosegadas.

–La llamaron Hill House por esas colinas -dijo Eleanor.

–Es una casa completamente victoriana -afirmó Theodora-. Los de esa época se refocilaban en estas especies de armatostes ondulantes y se enterraban en pliegues de terciopelo, borlas y felpudos de púrpura. Cualquier persona de una época anterior o posterior habría situado la casa allá arriba, en la cima de las colinas, que es donde le corresponde, en lugar de construirla aquí abajo.

–Si estuviera en la cima de la colina todos podrían verla. Yo voto a favor de dejarla donde está, bien escondida. – Cada minuto que pase aquí voy a estar aterrada -dijo Theodora- pensando que una de esas colinas se nos va a caer encima. – Qué estimulante -dijo Theodora con voz apagada-. Lo que la señora Dudley empezó, tú lo has rematado de perlas. Haré la maleta y volveré a casa en el acto. Eleanor se dio la vuelta y la miró, y entonces vio la broma reflejada en su cara y pensó: Es más valiente que yo.

Inesperadamente, aunque más adelante se iba a convertir en un rasgo familiar, Theodora le leyó el pensamiento al vuelo y contestó:

–No estés tan asustada. – Y extendió su mano para tocar la mejilla de Eleanor-. Somos dos mujeres valientes.

Entonces, con rapidez, bajó los escalones y se dirigió al césped que se extendía en medio de un grupo de altos árboles.

–Date prisa -la llamó-. Quiero ver si hay por aquí un arroyo.

–No podemos alejarnos mucho -respondió Eleanor, siguiéndola.

Corrieron por el césped como dos niñas, agradeciendo la diafanidad de los espacios abiertos después de haber estado en Hill House. Sus pies disfrutaban de la hierba después de haber pisado aquellos sólidos suelos y, guiadas por el instinto, siguieron el ruido y el olor del agua.

–Por aquí -dijo Theodora.

Un sendero zigzagueante las condujo cerca del sonido del agua, ofreciéndoles ocasionales vistas de la ladera de la colina hasta el camino de entrada. Dieron un rodeo fuera de la vista de la casa, al otro lado de una pradera pedregosa, yendo colina abajo, y a medida que se alejaban de la casa, llegaban a lugares donde el sol todavía iluminaba y donde Eleanor se sentía más tranquila, llamo a Theodora, que sólo respondió: «Sigue, sigue», y a correr por el sendero. Se detuvo sin aliento y trastabillando en el borde del arroyo, que de pronto había surgido delante de ella. Eleanor, que la seguía más despacio, cogió su mano y luego, riéndose, se dejaron caer por la pendiente que

descendía abruptamente hacia el arroyo.

–Por aquí son amigos de dar sorpresas -dijo Theodora jadeante. '

–Te habrías merecido caer al agua -repuso Eleanor- ¡Mira que correr de esa manera!

–Es bonito, ¿verdad?

La corriente se movía rápidamente en pequeñas ondas brillantes; al otro lado, la hierba crecía hasta el borde del agua y flores amarillas y azules se inclinaban sobre ella; más allá había una suave colina, y en la lontananza se elevaban las altas colinas que aún recibían la luz del sol.

–Desde luego que es bonito -dijo Theodora.

–Me parece haber estado aquí antes -afirmó Eleanor- quizá lo leí en un libro de cuentos de hadas.

–Seguro que sí. ¿Puedes saltar de piedra en piedra?

–Éste es el momento en que llega la princesa y se encuentra con el pececito encantado, que en realidad es un príncipe disfrazado…

–Ese pececito tuyo no podría tener mucho calado; aquí no hay más de unos centímetros de profundidad.

–Hay piedras para cruzar al otro lado, y pececitos diminutos. ¿Serán carpas?

–Todos son príncipes disfrazados -Theodora se tumbó en la orilla y bostezó-. ¿Serán renacuajos?

–Ciprinios. Ya no es época de renacuajos, boba, pero te apuesto a que encontramos huevos de rana. Yo solía atrapar ciprinios con las manos y luego los soltaba.

–¡Menuda esposa habrías sido para un pescador!

–Este es un sitio para meriendas.

–Ensalada de pollo y tarta de chocolate -dijo Theodora, riéndose.

–Limonada y refrescos.

Theodora rodó por la hierba sensualmente.

–No tienen razón con lo de las hormigas, ¿sabes? Casi nunca hay hormigas. Vacas, a lo mejor, pero no creo haber visto jamás una hormiga en una merienda.

–¿Había siempre un toro en un prado? ¿Nunca te dijeron “No podemos cruzar ese prado, hay un toro”?

–¿Tuviste un tío chistoso? ¿Uno de esos con los que todo el mundo se reía? – preguntó Teodora abriendo un ojo-. ¿No salía decirte que no tuvieras miedo del toro, porque si te perseguía lo único que tendrías que hacer sería cogerle por la anilla de la nariz y lanzarlo lejos?

Eleanor arrojó un guijarro al arroyo y contempló cómo se hundía hasta el fondo.

–¿Tuviste muchos tíos?

–Si. ¿Y tú?

–También. Grandes y pequeños y gordos y delgado…

–¿Tuviste una tía Edna?

–No, Muriel.

–¿Con gafas sin montura?

–Con un broche granate-dijo Eleanor.

–¿Iba siempre con un vestido rojo oscuro a las fiestas familiares?

–Con puños de encaje…

–Entonces creo que debemos de ser parientes -dijo Theodora-. ¿Te hicieron la ortodoncia?

–No. Yo tenía pecas.

–Yo asistía a un colegio privado donde tuve que aprender a hacer reverencias.

–Los catarros me duraban todo el invierno. Mi madre me hacía ponerme medias de lana.

–Mi madre obligaba a mi hermano a llevarme a los bailes.

–Yo me caí durante el desfile de la ceremonia de graduación.

–Yo me olvidé de mi papel en la opereta. – Yo solía escribir poesía.

–Sí-dijo Theodora-. Estoy segura de que somos primas. Se sentó, riendo, y de pronto dijo-: No hagas ruido; algo se mueve por ahí.

Apretando los hombros una contra otra, fijaron la vista en el punto de la ladera, allende el arroyo, donde la hierba se movía, viendo cómo algo invisible avanzaba lentamente, helando la luz del sol.

–¿Qué es eso? – dijo Eleanor en un susurro y Theodora la rodeó con su brazo.

–Ya se ha ido -aseguró, y el sol volvió a brillar-. Era un conejo -la tranquilizó.

–No pude verlo -replicó Eleanor.

–Yo lo vi en el mismo momento en que hablaste -aseguró Theodora-. Se fue al otro lado de la colina.

–Hemos estado fuera demasiado tiempo -dijo Eleanor y elevó la mirada hacia el sol, que rozaba las cumbres. Se levantó y notó que sus piernas estaban entumecidas.

–Imagínate a dos espléndidas chicas como nosotras, que salen de merienda y se asustan de un conejo -dijo Theodora.

Eleanor le tendió una mano para ayudarle a levantarse y le dijo:

–Es mejor que nos demos prisa. – Y como ella misma no comprendiera su apremiante ansiedad, añadió-: Los demás pueden haber llegado ya.

–Tendremos que regresar a merendar aquí-dijo Theodora, siguiendo el camino que subía la colina-. Una buena merendola a la antigua junto al arroyo. Podemos pedirle unos huevos duros y ensalada de pollo a la señora Dudley.

Eleanor se detuvo en el sendero sin volverse.

–Theodora -dijo-, no creo que pueda. De verdad que no creo que pueda hacerlo.

–Eleanor -Theodora le rodeó los hombros con su brazo-, ¿dejarías que nos separaran ahora? ¿Ahora, precisamente cuando hemos descubierto que somos primas?

III

1

El sol se ocultó lentamente detrás de las colinas. Ya se tendían largas sombras sobre el césped cuando Theodora y Eleanor ascendieron por la senda hacia la galería lateral de Hill House, que escondía su fea fachada en la creciente oscuridad, lo que no dejaba de ser una bendición.

–Alguien nos está esperando -dijo Eleanor, apretando el paso, y vio a Luke. Los viajes acaban en encuentros de enamorados, pensó, y sólo fue capaz de decir incongruentemente-: ¿Nos están buscando?

El hombre se había acercado a la barandilla de la galería, contemplándolas desde arriba a la luz del crepúsculo. Les dedicó un gesto de bienvenida.

–Señoras, si sois los fantasmales habitantes de Hill House, me quedaré para siempre.

Menudo tonto, pensó Eleanor con dureza, y Theodora contestó:

–Perdona que no hayamos estado aquí para recibirte; estábamos explorando.

–Una vieja amarga con cara de requesón nos ha dado la bienvenida -replicó-. “¿Cómo están ustedes?”, me dijo. “Espero verle vivo cuando regrese por la mañana y la cena está en la repisa”. Dicho lo cual, partió en un coche acompañada por el primer y el segundo asesino.

–La señora Dudley -apuntó Theodora-. El primer asesino debe de ser Dudley el de la verja; el segundo sería el conde Drácula. Una familia encantadora.

–Ya que estamos metidos en el reparto -dijo-, mi nombre es Luke Sanderson.

Eleanor exclamó:

–Entonces es uno de la familia, uno de los dueños de Hill House, no uno de los invitados del doctor Montague.

Theodora no pudo contener la risa.

–Nosotras -dijo- somos Eleanor y Theodora, dos jovencitas que paseaban por la orilla del arroyo de ahí abajo, pero un conejo las asustó y volvieron a casa. Pensamos volver de picnic.

–Los conejos me dan un miedo cerval -asintió Luke-. ¿Podré acompañaros si llevo la cesta?

–Puedes traer el ukelele y darnos una serenata mientras nosotras comemos ensalada de pollo. ¿Ha llegado el doctor Montague?

–Está dentro -dijo Luke, regodeándose en su casa hechizada.

–Ahora que está anocheciendo no suena tan divertido, ¿verdad? –señaló Theodora.

–Bienvenidas, señoras. – La gran puerta principal se abrió-. Pasen dentro. Soy el doctor Montague.

2

Los cuatro se encontraban de pie en el amplio y oscuro vestíbulo de Hill House. A su alrededor, la casa les transmitió su lobreguez; más allá las colinas dormían, vigilantes; pequeños remolinos de aire, sonido y movimiento se agitaban, esperaban y susurraban, y el centro de toda consciencia se hallaba, por alguna razón, en el pequeño espacio que ocupaban aquellas cuatro personas separadas que se miraban recíprocamente con confianza.

–Me alegra que todos hayan llegado sanos y salvos y puntualmente -dijo Montague-. Sean bienvenidos a Hill House, aunque quizá ese sentimiento debería, con mayor propiedad, provenir de usted, querido muchacho. Sea como sea, bienvenidos. Luke, querido amigo, ¿puede prepararnos unos martinis?

3

El doctor Montague alzó su copa, bebió un sorbo esperanzadamente y suspiró:

–Pasable -dijo-, sólo pasable, muchacho. Aun así, brindo por nuestro éxito en Hill House.

¿Cómo mediría uno el éxito exactamente en un asunto como éste? – inquirió Luke.

El doctor sonrió:

–Digamos que espero que todos tengamos una estancia emocionante y que mi libro impacte a mis colegas. No puedo llamar vacaciones a nuestra visita, aunque así les parecería a algunos, porque he puesto mi esperanza en el trabajo, si bien tal trabajo depende en gran medida de lo que haya de hacer, ¿no es así? Notas -dijo como si se aferrase a algo sólido en un mundo escurridizo-. Notas. Tomaremos notas; para algunos no es una tarea tan difícil.

–Espero que nadie se dedique a hacer retruécanos con lo espiritual y lo espirituoso -dijo Theodora, ofreciéndole su copa a Luke para que se la llenara.

–¿Espiritual? – El doctor la miró-. ¿Espirituoso? Ya entiendo… Por supuesto que ninguno de nosotros… Desde luego que no -dijo. Y tomó un sorbo de su martini.

–Todo es muy extraño -dijo Eleanor-. Quiero decir que esta mañana me preguntaba cómo sería Hill House, y ahora que estamos aquí me cuesta creer que sea real.

Estaban sentados en una pequeña habitación a la que los llevó el doctor por un estrecho corredor, buscándola, al principio a tientas, pero encontrando al final el camino. No era un cuarto acogedor, precisamente. Tenía un techo desagradablemente alto, y una estrecha chimenea de azulejos, que conservaba un aspecto frío pese al fuego

que Luke encendió; las butacas eran redondeadas y resbaladizas, y la luz filtrada por las pantallas coloreadas y llenas de abalorios de las lámparas, enviaba sombras a los rincones. El cuarto transmitía una pesada sensación de púrpura; la alfombra despedía calidez con sus apagados y retorcidos dibujos, las paredes estaban empapeladas en dorado, y un cupido de mármol les sonreía fatalmente desde lo alto de la repisa.

En un momento en que todos guardaron silencio, el mudo peso de la casa los agobió. Eleanor, que se preguntaba si de veras estaba allí y no soñando con Hill House, recorrió el cuarto con la mirada, diciéndose que sí era real, que esas cosas existían, empezando por los azulejos y terminando por el cupido de mármol; que esas personas iban a ser sus amigos.

El doctor era barbado, de complexión regordeta y aspecto sonrosado y daba la impresión de que encajaría mejor en un agradable cuartito, sentado delante de un fuego, con un gato en el regazo y una mujercita rozagante, y sin embargo, era sin duda el mismo doctor Montague que había guiado a Eleanor hasta allí, un hombre a la vez inteligente y perseverante.

Al otro lado del fuego, enfrente del doctor, estaba Theodora, que se había dirigido a la butaca que parecía más cómoda, se había acurrucado en ella con las piernas sobre el brazo y la cabeza encajada en el respaldo; parecía un gato, pensó Eleanor; un gato que evidentemente aguardaba la cena.

Luke se movía de un lado a otro, llenando vasos, atizando el fuego, tocando el cupido de mármol; estaba intranquilo. Todos contemplaban el fuego, agotados tras sus largos viajes. Eleanor pensó: Estoy aquí, soy una de ellos; éste es mi sitio.

–Ya que estamos todos aquí-dijo Luke de repente, como si no hubiera habido una pausa en la conversación-, ¿no deberíamos presentarnos? Hasta ahora sólo conocemos nuestros nombres. Sé que tú eres Eleanor, por tanto tú has de ser Theodora.

–El doctor Montague tiene barba -dijo Theodora-, luego tú debes de ser Luke.

–Y tú Theodora -terció Eleanor-, porque yo soy Eleanor. – Una Eleanor, se dijo triunfalmente, que está en su sitio, que habla con facilidad, que está sentada junto al fuego con sus amigos.

–Por tanto tú llevas el jersey rojo -repuso Theodora sobriamente.

–Yo no tengo barba -dijo Luke-, luego él ha de ser el doctor Montague.

–Sí que tengo barba -apuntó, complacido, el doctor Montague, y los contempló con expresión afable-. A mi esposa le gusta que los hombres lleven barba. Pero muchas mujeres encuentran la barba desagradable. Un hombre bien afeitado no parece completamente

vestido, según opina mi mujer.

El doctor le tendió un vaso a Luke.

–Ahora que sé cuál de nosotros soy yo -dijo Luke- permítame que amplíe mi identificación. En la vida privada, admitiendo que esto sea vida pública y que el resto del mundo sea verdaderamente privado, soy… torero. Eso, torero.

–«Bienamado» se escribe con be -terció Eleanor sin poder evitarlo- porque tiene barba.

–Muy cierto -asintió Luke-. Eso me convierte en el doctor Montague. Vivo en Bangkok y sólo pienso en las mujeres.

–De eso nada -protestó, divertido, el doctor Montague-. Yo vivo en Belmont.

Theodora rió y dirigió a Luke la misma mirada de complicidad que antes había dirigido a Eleanor. Ésta, que no se perdía detalle pensó que a veces debería resultar agobiante pasar mucho tiempo junto a alguien tan perspicaz, alguien que cogía la onda tan inmediatamente como Theodora.

–Mi profesión es modelo de artistas -declaró Eleanor para acallar sus propios pensamientos-. Llevo una vida disipada y loca, de buhardilla en buhardilla, envuelta siempre en un chai.

–¿Eres despiadada y caprichosa? – inquirió Luke-. ¿O eres una de esas románticas criaturas que se enamoran del hijo de un noble y se fugan con él?

–¿Que acaban perdiendo su belleza y tuberculosas? – añadió Theodora.

–Prefiero pensar que tengo un corazón de oro -dijo Eleanor-. De cualquier manera, mis amoríos son tema de conversación en los cafés. – ¡Válgame Dios!, pensó, ¡válgame Dios!

–¡Oh! – dijo Theodora-. Yo soy hija de un noble. Normalmente voy cubierta de seda, encaje e hilo de oro, pero mi doncella me ha prestado sus mejores prendas para presentarme ante ustedes. Claro, a lo mejor me enamoro tanto de la vida sencilla que quizá no vuelva nunca y la pobre chica tendrá que agenciarse ropa nueva. ¿Y usted, doctor Montague?

–Yo soy un peregrino. – Sonrió a la luz del fuego-. Un trotamundos.

–Un grupo verdaderamente bien avenido -dijo Luke con aprobación-. Sin duda destinado a ser amigos inseparables. Una cortesana, un peregrino, una princesa y un torero. Hill House no ha visto nada igual.

Theodora sonrió y se levantó con la copa en la mano para contemplar un cuenco de flores de cristal.

–¿Cómo llaman a este cuarto? – preguntó.

–Quizá recibidor -dijo Montague-. A lo mejor tocador. Imaginé que estaríamos cómodos aquí. Opino que deberíamos considerar este

cuarto como nuestro centro de operaciones, una especie de cuartel general; puede que no resulte alegre…

–¡Por supuesto que es alegre! – dijo Theodora secamente-. Nada hay más estimulante que la tapicería marrón y las maderas de roble.

–Mañana verán las otras habitaciones -les comunicó el doctor.

–Si vamos a usar esto como cuartel general -dijo Luke-, propongo que nos procuremos buenos asientos. No puedo permanecer mucho tiempo sentado en nada de lo que hay aquí. Me resbalo -le confió a Eleanor.

–Mañana -contestó el doctor- exploraremos la casa y colocaremos las cosas a nuestro gusto. Y ahora, si todos han terminado, sugiero que averigüemos qué ha preparado para cenar la señora Dudley.

–Alguien tendrá que llevarme -afirmó Theodora-. Me es imposible decir dónde se encuentra el comedor-. Esa puerta da al pasillo largo y luego al vestíbulo de entrada. El doctor ahogó una risa:

–Te equivocas. Esa puerta da al invernadero. – Y se levantó para mostrar el camino. He estudiado un plano de la casa -explicó- y creo que tenemos que salir por esa puerta, seguir el pasillo, llegar a la entrada, cruzar el vestíbulo y atravesar la sala de billar para encontrar el comedor. No es difícil una vez que uno se acostumbra.

–¿Por qué armaron este caos? – preguntó Theodora-. Por qué tantos cuartitos raros?

–Quizá les gustaba ocultarse de los demás -contestó Luke.

–No entiendo por qué querían que todo fuera oscuro -dijo Theodora.

Ella y Eleanor seguían al doctor Montague por el pasillo y Luke iba detrás, entreteniéndose en husmear aquí y allá.

–Algunos de estos cuartos son totalmente interiores -dijo el doctor-. Ni ventanas ni acceso desde el exterior. Pero eso no resulta del todo sorprendente en una casa como esta; en especial si recordamos que las ventanas que tenían estaban veladas por colgaduras y cortinajes en el interior y por arbustos en el exterior. – Abrió la puerta del pasillo y los guió hasta el vestíbulo de entrada-. Y ahora… -dijo, examinando las dos puertas menores que flanqueaban la gran puerta doble central y decidiéndose por una-. La casa tiene sus pequeñas rarezas -continuó, sosteniendo la puerta para que todos pasaran al cuarto del otro lado.

Moviéndose con cautela, cruzó un cuarto oscuro y abrió otra puerta; los demás le siguieron a la estancia más agradable que habían visto hasta entonces, y que resultaba más grata, sin duda, debido a las luces y a la vista y el olor de la comida.

–Debo felicitarme -dijo frotándose las manos-. Les he traído a la civilización atravesando los inexplorados yermos de Hill House.

Theodora echó un nervioso vistazo por encima del hombro.

–Odio este vagabundeo en medio de tanta oscuridad. Debemos

dejar las puertas abiertas.

–Entonces habrá que apuntalarlas -repuso Eleanor-. Cada puerta de esta casa se cierra sola en cuanto la sueltas.

–Mañana -dijo el doctor Montague-. Tomaré nota. «Topes para las puertas.»

Avanzó hacia la repisa, donde la señora Dudley había colocado un calientaplatos y una hilera de platos cubiertos. La mesa estaba puesta para cuatro con una generosa exhibición de velas, damasco y pesada plata.

–Aquí todo es a lo grande, por lo que veo -dijo Luke, cogiendo un tenedor con un gesto que habría confirmado las peores sospechas de su tía-. Nos han puesto la plata de la familia.

–Creo que la señora Dudley se siente orgullosa de la casa -dijo Eleanor.

–Desde luego, no entra en sus planes servir una pobre mesa -observó el doctor, husmeando en el calientaplatos-. Excelente. La señora Dudley lejos de la casa antes del anochecer y una buena cena sin su ingrata presencia. ¡Bravo!

–Quizá -dijo Luke contemplando un generoso plato- he sido injusto con la buena de la señora Dudley. Me dijo que esperaba encontrarme vivo por la mañana y que nuestra cena estaba en el horno; ¿o tal vez esperaba matarme de gula?

–¿Qué la retiene aquí? – preguntó Eleanor al doctor Montague-. ¿Por qué permanecen ella y su marido solos en esta casa?

–Por lo que sé, los Dudley se han ocupado de Hill House desde siempre; los Sanderson estaban lo bastante satisfechos como para retenerlos. Pero mañana… Theodora ironizó:

–Probablemente la señora Dudley es el único auténtico superviviente de la familia a la que realmente pertenece Hill House. Creo que sencillamente está esperando a que todos los herederos Sanderson (o sea tú, Luke) se vayan muriendo de diversas formas horribles. Entonces se quedará con la casa y con la fortuna en joyas enterrada en el sótano. O quizá ella y Dudley atesoren su oro en una cámara secreta, o puede que haya petróleo debajo de la casa.

–No hay cámaras secretas en Hill House -dijo el doctor-. Naturalmente esa posibilidad se ha sugerido antes, pero creo poder asegurar que tan románticos ingenios no existen aquí. Pero mañana…

–En cualquier caso, el petróleo está pasado de moda; actualmente no hay nada que descubrir en la finca -dijo Luke a Theodora-. Lo menos por lo que la señora Dudley podría asesinarme a sangre fría es uranio.

–O sólo por darse el gusto -dijo Theodora.

–Sí -afirmó Eleanor-. Pero ¿para qué estamos aquí?

Los tres la miraron; Theodora y Luke con curiosidad; el doctor con

gravedad. Entonces Theodora dijo:

–Justo lo que yo iba a preguntar. ¿A qué hemos venido? ¿Qué le pasa a Hill House? ¿Qué va a suceder?

–Mañana…

–No -replicó Theodora-. Somos tres personas adultas e inteligentes. Hemos venido desde muy lejos, doctor Montague, para encontrarnos con usted en Hill House; Eleanor quiere saber para qué y yo también.

–Y yo -apostilló Luke.

–¿Por qué nos ha traído aquí, doctor? ¿Por qué está usted aquí? ¿Cómo tuvo noticias de Hill House y por qué tiene semejante reputación y qué pasa aquí? ¿Qué va a suceder? El doctor frunció el entrecejo.

–No lo sé -dijo-. Sé muy poco más que ustedes acerca de esta casa y ni que decir tiene que siempre fue mi intención decirles todo lo que sé; en cuanto a qué va a ocurrir, lo sabré al mismo tiempo que ustedes. Pero mañana podremos hablar de ello; la luz del día…

–Prefiero hacerlo ahora -dijo Theodora. – Les aseguro que Hill House estará tranquila esta noche. Los fenómenos psíquicos siguen ciertas normas, como si estuvieran sujetos a leyes propias.

–De verdad opino que deberíamos hablar de ello esta noche -dijo Luke.

–No tenemos miedo -añadió Eleanor.

El doctor suspiró nuevamente.

–Imagínense que escuchasen la historia de Hill House y decidieran no quedarse. ¿Cómo se irían esta noche? – los miró rápidamente por segunda vez-. Las puertas están cerradas. Hill House goza de una fama de insistente hospitalidad; aparentemente le disgusta dejar que sus invitados se vayan. La última persona que lo intentó en medio de la oscuridad (hace dieciocho años) murió en la curva del sendero, donde su caballo se encabritó y lo lanzó contra un gran árbol. Supongan que les hablo de Hill House y alguno quiere irse. Mañana, al menos, podríamos ocuparnos de que llegase sano y salvo al, pueblo.

–No vamos a huir -dijo Theodora-. Ni yo, ni Eleanor ni Luke.

–Resistiremos en nuestros puestos contra viento y marea -confirmó Luke.

–Menudo grupo de ayudantes revoltosos. Sea después de cenar, pues. Nos retiraremos a nuestro pequeño gabinete a tomar café y brandy y les contaré cuanto sé de Hill House.

Ahora, sin embargo, hablaremos de música, de pintura o incluso de política.

4

-No había decidido -dijo el doctor agitando el brandy de su copa- cuál sería la mejor manera de prepararles para Hill House. Por descontado que no podía escribirles, y aun ahora me resisto a

influenciarles con la historia completa, antes de que tengan la oportunidad de verlo por ustedes mismos.

Se encontraban en el gabinete, casi somnolientos. Theodora se había sentado en la alfombra frente al hogar, cruzadas las piernas y amodorrada. Eleanor quería sentarse a su lado en la alfombra, pero finalmente decidió sentarse en una de las resbaladizas butacas.

La opípara cena preparada por la señora Dudley y una hora de tranquila charla habían desvanecido la atmósfera de inquietud; habían empezado a conocerse, a identificar las peculiaridades de cada uno. Eleanor pensó, sorprendida y un poco asustada, que sólo había pasado cuatro o cinco horas en Hill House y sonrió al fuego. Sentía el delgado pie de su copa entre los dedos, la rigidez del respaldo de la butaca y las débiles corrientes de aire que cruzaban el cuarto, apenas perceptibles en la pequeña agitación de abalorios y borlas. La oscuridad se refugiaba en las esquinas y el cupido de mármol les sonreía con buen humor.

-Buen momento para un cuento de fantasmas -dijo Theodora.

-Por favor. – El doctor estaba tenso-. No somos niños que intentan asustarse mutuamente.

-Lo siento-le sonrió Theodora-. Sólo trato de habituarme a todo esto.

-Tengamos precaución con lo que decimos. Las nociones preconcebidas de fantasmas y apariciones…

-¿La mano amputada en la sopera? – dijo Luke.

-Mi querido muchacho, intentaba explicar que nuestro propósito aquí, siendo de naturaleza científica y exploratoria, no debe de ser afectado por las proverbiales historias de fantasmas, más propias de un fuego de campamento. – Miró a su alrededor para asegurarse de que su salida hubiera hecho gracia-. Mis investigaciones de los últimos años me han llevado a ciertas teorías acerca de los fenómenos psíquicos que ahora, por vez primera, puedo comprobar. Lo ideal sería, por supuesto, que no supieran ustedes nada acerca de Hill House. Deberían ser únicamente receptivos.

-Y tomar notas -murmuró Theodora.

-Sí, claro. Notas. Sin embargo, comprendo que no es menos práctico privarles de toda información de los antecedentes, principalmente por no ser personas acostumbradas a enfrentarse a situaciones inesperadas. – El doctor sonrió-. Parecéis tres niños mimados dispuestos a darme la lata para que os cuente un cuento antes de dormir.

Theodora soltó una risita y el doctor sonrió. Se levantó y se colocó junto al fuego en postura de profesor.

-Ahora nos ocuparemos de la historia de Hill House -dijo.

Quisiera tener un cuaderno y una pluma, pensó Eleanor, sólo para que él se sintiera complacido. Se volvió hacia Theodora y Luke y vio que sus caras habían adoptado una absorta expresión de estudiantes. ¡Qué interés!, pensó. Hemos entrado en otra etapa de nuestra aventura.

-Se acordarán ustedes -comenzó el doctor- de las casas que el Levítico describe como «leprosas», Tsaraas, o del nombre que Hornero da a los infiernos: Haidou domos, la casa del Hades. La noción de ciertas casas prohibidas (quizá sagradas) es tan vieja como la mente humana. Es cierto que existen sitios que atraen inevitablemente una atmósfera de santidad y bondad; puede que, por consiguiente, no resulte demasiado arriesgado decir que algunas casas son malas de nacimiento.

»Por la razón que sea, Hill House no ha sido apta para que nadie la habitase durante más de veinte años. Cómo era antes de este momento, si su carácter fue moldeado por la gente que vivió aquí o por lo que hicieron, o si bien era malvada desde su origen, son preguntas que no puedo contestar. Naturalmente, abrigo la esperanza de que todos sabremos mucho más acerca de Hill House antes de marcharnos. Ni siquiera se sabe con certeza por qué algunas casas reciben el calificativo de "hechizadas".

-¿Qué otro adjetivo le daría a Hill House? – preguntó Luke.

-Pues no sé; quizá «incordiante» o «enferma», cualquiera de los populares eufemismos de la locura. Una casa trastornada es una idea difícil de asimilar. Existen, sin embargo, teorías que rechazan lo fantasmagórico, lo misterioso; hay gente que les dirá que las alteraciones que yo llamo psíquicas son en realidad la consecuencia de aguas subterráneas o de corrientes eléctricas, o alucinaciones causadas por el aire contaminado; la presión atmosférica, las manchas solares y los temblores de tierra cuentan con defensores entre los escépticos. La gente siempre quiere sacar las cosas a la luz, donde puedan darles un nombre; no importa que no quiera decir nada, con tal de que tenga cierta aura científica.

El doctor les dirigió una mirada inescrutable.

-Una casa hechizada -dijo-. Todo el mundo se ríe de eso. No me quedó más salida que decirles a mis colegas de la universidad que me iba de acampada este verano.

-Yo dije que iba a participar en un experimento científico -dijo Theodora, en apoyo del doctor-. Sin explicar dónde o a qué, por supuesto.

-Y eso que sus amigos no tienen tanta fe en los experimentos científicos como mis colegas. Sí, de acampada, eso dije yo

también -suspiró el doctor-. A mi edad. ¡Y todavía se lo creyeron! ¡Bueno!

Se enderezó de nuevo y tanteó a su lado, quizá buscando un puntero.

-Hace un año que oí por primera vez hablar de Hill House a un antiguo inquilino. Empezó por asegurarme que había dejado Hill House porque su familia no quería vivir en el campo, tan aislada y acabó diciéndome que, en su opinión, la casa debía de ser arrasada y el terreno sembrado de sal. Supe luego de otros que habían alquilado Hill House, pero ninguno de ellos se quedó más de unos días; en ningún caso agotaron el periodo de alquiler, aduciendo razones que iban desde la humedad del lugar hasta una apremiante necesidad de mudarse por razones de trabajo.

Es decir, que cada inquilino que ha abandonado Hill House precipitadamente ha hecho un esfuerzo para aducir un motivo racional de su marcha. Intenté, faltaba más, conocer más cosas de esos ex inquilinos, mas en ningún caso logré persuadirles de que hablásemos sobre la casa; todos se mostraron reacios a facilitarme información, incluso a recordar los detalles de sus respectivas estadías. Sin excepción, cada persona que estuvo en esta casa me urgía a alejarme de ella. Ni uno solo de los antiguos huéspedes llegó a admitir que Hill House estuviera hechizada, pero cuando visité Hillsdale y examiné los

archivos de los periódicos…

-¿Periódicos? – repitió Theodora-. ¿Es que hubo un escándalo?

-¡Oh, sí! Un gran escándalo, con suicidio, locura y pleitos. Sólo entonces supe que los lugareños no tenían dudas sobre la casa. Oí una docena de historias acerca de la casa (es muy difícil obtener información precisa sobre una casa embrujada; se quedaría usted de piedra si supiera las que he pasado para enterarme de lo poco que sé); y, en consecuencia, acudí a la señora Sanderson, la tía de Luke, y alquilé Hill House. La dueña accedió a un breve periodo de alquiler para que desarrollara mis investigaciones, con la condición de que un miembro de la familia estuviese presente.

-Confían -aseguró Luke- en que le disuada de sacar a la luz los encantadores secretos de antaño.

-Eso mismo. Ya he explicado cómo he llegado hasta aquí y por qué ha venido Luke. En cuanto a ustedes dos, señoritas, todos sabemos que están aquí porque les escribí y ustedes aceptaron mi invitación. Confío en que cada una pueda, a su manera experimentar las fuerzas que operan en esta casa. Theodora se ha revelado poseedora de una cierta habilidad telepática y Eleanor ha estado relacionada con fenómenos paranormales…

-¿Yo?

-Sí -dijo el doctor-. Hace muchos años, cuando era usted una niña. Las piedras…

Eleanor frunció el entrecejo y meneó la cabeza.

-Eso fue cosa de los vecinos. Mi madre dijo que los vecinos lo hicieron. Siempre hay gente envidiosa.

-Quizá. – El doctor hablaba sosegadamente y le sonreía a Eleanor-. El incidente se olvidó hace mucho tiempo, claro; sólo lo menciono porque es la razón por la que quería que usted viniese a Hill House.

-Cuando era una niña -dijo Theodora cansinamente- hace muchos años, como el doctor dice de forma tan delicada, me dieron una paliza por arrojar un ladrillo al techo de un invernadero. Recuerdo haber sufrido mucho, pero tampoco olvido el encantador estrépito, y después de sopesarlo fui y lo hice otra vez.

-Yo no lo recuerdo muy bien -dijo Eleanor al doctor.

-¿Por qué? – preguntó Theodora-. Quiero decir que puedo admitir que Hill House esté embrujada y que usted nos necesite aquí, doctor Montague, para ayudarle a seguir el rastro de lo que pueda suceder (y además, apuesto a que no le gustaría ni pizca estar aquí solo); pero no lo entiendo. Esta casa es un horror y una antigualla, y si yo la hubiera alquilado, nada más echarle un vistazo al vestíbulo, exigiría que me devolvieran el dinero. ¿Qué hay aquí? ¿Qué asusta a la gente de tal manera?

-No le pondré un nombre a lo que no tiene nombre -dijo el doctor-. No lo sé.

-Jamás me dijeron qué había ocurrido -aseguró Eleanor al doctor-. Mi madre decía que eran los vecinos, que siempre se ponían en contra nuestra porque mi madre no quería relacionarse con ellos. Ella…

Luke la interrumpió deliberadamente.

-Me parece que lo que todos queremos son hechos. Algo que podamos comprender.

-Primero -dijo el doctor- les haré una pregunta: ¿quieren marcharse? ¿Sugieren hacer las maletas y abandonar Hill House para siempre?

Miró a Eleanor y ésta entrelazó las manos con fuerza. Es otra oportunidad de marcharse, pensó, y respondió:

-No. – Y miró con apuro a Theodora-. Esta tarde me he comportado como una niña. Me dejé asustar.

-Sí, está diciendo toda la verdad -apuntó Theodora-.

No estaba más asustada que yo; nos llevamos un susto de muerte por culpa de un conejo.

-Horribles criaturas -observó Luke.

El doctor sonrió.

-Todos estábamos nerviosos esta tarde. Es toda una impresión doblar ese recodo y tener una clara vista de Hill House.

-Yo creí que iba a estrellar el coche contra un árbol -dijo Luke.

-Ahora me siento animada de verdad, en esta habitación cálida y acompañada – dijo Theodora.

-No creo que pudiéramos irnos aunque quisiéramos. – Eleanor habló antes de saber con claridad lo que iba a decir, o cómo les iba a sonar a los otros. Vio que la miraban, rió y añadió con voz débil-: La señora Dudley jamás nos lo perdonaría.

Se preguntó si de verdad creían que era eso lo que había querido decir y pensó: Quizá ahora la casa nos tenga atrapados, quizá no nos deje marchar.

-Bebamos un poco más de brandy -dijo el doctor-, y les contaré la historia de Hill House.

Regresó a su imaginario estrado delante de la chimenea y comenzó su narración lentamente, como si se refiriese a reyes muertos mucho tiempo atrás, y a las guerras acabadas hacía mucho. Su voz sonaba desprovista de emoción.

-Hill House fue levantada hace unos ochenta años. Fue construida por Hugh Crain como hogar para su familia, una casa de campo donde esperaba ver crecer a sus hijos y nietos rodeados de comodidad, y donde tenía puesta toda la ilusión de acabar sus días en paz.

Por desgracia, Hill House fue una casa triste desde el principio; la joven esposa de Hugh Crain murió minutos antes de ver la casa por primera vez, cuando el carruaje que la traía aquí volcó en el camino de entrada, y la señora llegó cadáver a la casa que su marido había construido para ella. Hugh Crain se hundio, viéndose solo con dos hijas pequeñas a las que criar, pero no por ello abandonó Hill House.

-¿Aquí crecieron niños? – preguntó Eleanor incrédulamente.

El doctor sonrió.

-La casa es seca. No había ciénagas que les contagiaran fiebres, el aire del campo se consideraba benéfico para ellas y la misma casa era tenida por confortable. No me cabe duda de que las dos niñas pudieran jugar aquí, quizá solas mas no infelices.

Espero que chapotearan en el arroyo -dijo Theodora. Miró el fuego-. Pobrecillas. Espero que las dejasen correr por esa pradera y recoger flores silvestres.

-Su padre volvió a casarse -prosiguió el doctor-. Otras dos veces, para ser exactos. Parece haber sido, digamos, desafortunado con sus esposas. La segunda señora Crain se mató de una caída, aunque no he podido confirmar las circunstancias.

Su muerte parece haber sido tan trágicamente inesperada como la de su predecesora. La tercera señora Crain falleció víctima de tisis en algún lugar de Europa; en la biblioteca se conserva una serie de tarjetas postales enviadas a las dos niñas por su padre y su madrastra cuando viajaban de balneario en balneario. Las niñas quedaron aquí, al cuidado de una institutriz.

Después del suceso, Hugh Crain manifestó su intención de cerrar Hill House y quedarse en el extranjero, y sus hijas fueron enviadas a vivir con una prima de su madre, y allí siguieron hasta el fin de su infancia.

-Espero que esa prima fuera un poco más alegre que el viejo Hugh -dijo Eleanor sin apartar del fuego su tenebrosa mirada-. No es agradable pensar en niños que crecen en la oscuridad, igual que los champiñones.

-Ellas no opinaban así -aseguró el doctor-. Las dos hermanas pasaron el resto de su vida enzarzadas por culpa de Hill House.

Después de que todas sus ilusiones se frustraran, Hugh Crain murió en algún lugar de Europa, al poco de morir su mujer, y Hill House fue heredada por las dos hermanas, que para entonces se habían convertido en unas mujercitas; la hermana mayor había sido ya presentada en sociedad.

-Y empezaría a peinarse, y aprendería a beber champán y usaría abanico…

-Hill House estuvo vacía durante unos años, pero siempre se mantuvo preparada para la familia; al principio, esperando el regreso de Hugh Crain y después, tras su muerte, para la hermana que escogiese vivir aquí. En algún momento de esa época acordaron las dos hermanas que la mayor se quedase con Hill House en propiedad; la menor se había casado…

-¡Aja! – bromeó Theodora-. La menor se había casado. Le robó el galán a su hermana, sin duda.

-Corrió la voz de que la mayor había sufrido un desengaño amoroso -dijo el doctor-, aunque lo mismo se ha dicho de casi cualquier mujer que, por la razón que sea, prefiere vivir sola. Sea como fuere, fue la hermana mayor la que volvió a vivir aquí.

Aparentemente guardaba un gran parecido con su padre; vivió aquí sola, casi recluida, durante unos años, aunque el pueblo entero de Hillsdale la conocía. Por increíble que parezca, sentía verdadero amor hacia Hill House, a la que consideraba el hogar familiar. Finalmente contrató a una chica del pueblo como dama de compañía; hasta donde he podido enterarme, no parece que entonces hubiera entre los aldeanos un fuerte sentimiento hostil contra la casa, ya que la vieja señorita Crain (como era conocida) contrataba a los sirvientes en el pueblo, y se consideró todo un

detalle que tomase a una muchacha de allí como dama de compañía.

La vieja señorita Crain estaba en constante desacuerdo con su hermana en lo tocante a la casa, pues la hermana pequeña insistía en que había renunciado a sus derechos sobre la propiedad a cambio de ciertos bienes de la heredad familiar, algunos de considerable valor, que su hermana se había negado, a renglón seguido, a entregarle. Había algunas joyas, varias piezas de mobiliario antiguo y una vajilla de canto dorado; esto parecía irritar a la hermana más que cualquier otra cosa. La señora Sanderson me permitió examinar una caja de papeles familiares, y así leí algunas cartas que la señorita Crain recibió de su hermana, y en todas ellas se destaca la vajilla como causa principal de tanto disgusto.

De cualquier manera, la hermana mayor murió de pulmonía en la casa, con la única ayuda de su dama de compañía. No faltaron rumores que hablaban de un doctor llamado demasiado tarde, de que la vieja dama yacía abandonada en el piso de arriba mientras su acompañante se entretenía en el jardín con algún patán del pueblo, pero sospecho que sólo fueran invenciones escandalosas; la verdad, no he encontrado nada semejante que fuese creído por aquel entonces, y en realidad la mayoría de esas historias parecen brotar del envenenado espíritu de venganza de la hermana pequeña.

-No me gusta esa hermana pequeña -dijo Theodora-. Primero le quita el novio a su hermana y luego intenta quedarse con la vajilla. No me gusta nada.

-Hill House almacena una impresionante lista de tragedias, pero, claro, la mayoría de las casonas la tienen. Al fin y al cabo, la gente tiene que vivir y morir en algún sitio, y no hay casa que resista ochenta años sin ver morir a alguno de sus habitantes.

»Después de la muerte de la hermana mayor, hubo un pleito por la casa. La dama de compañía insistía en que le había sido legada, pero la hermana pequeña y su marido sostenían que la casa les pertenecía, y alegaban que la tal dama de compañía había engañado a la hermana mayor haciéndole firmar la cesión de propiedades que siempre había tenido el propósito de legar a su hermana. Fue un asunto desagradable, al igual que todas las disputas familiares y, como en todas ellas, se cruzaron palabras crueles y amargas. La dama de compañía juró en el tribunal (y es ahora, creo, cuando aparece el primer indicio de auténtica personalidad de Hill House) que la hermana pequeña entraba en la casa por la noche y robaba objetos. Cuando le acuciaron para que precisara su acusación, se puso muy nerviosa e incoherente

y, obligada por fin a presentar pruebas de su acusación, dijo que faltaba un servicio de té de plata y una valiosa colección de esmaltes, además de la célebre vajilla de canto de oro, lo que resulta algo en verdad muy difícil de robar.

»Por su parte, la hermana pequeña llegó a pronunciar la palabra «asesinato» y a solicitar que se investigase la muerte de la vieja señorita Crain, sacando a colación las primeras sugerencias de las historias de abandono y mala administración. No he logrado descubrir si dichas sugerencias se tuvieron en cuenta. No hay constancia de ninguna, salvo el formal anuncio de la muerte de la hermana mayor, y sin duda los aldeanos habrían sido los primeros en desconfiar si algo extraño hubiese rodeado el fallecimiento. La dama de compañía ganó finalmente el pleito y, en mi opinión, podría haber ganado además otro por difamación; la casa se le adjudicó legalmente, por más que la hermana pequeña nunca cedió en su empeño de conseguirla.

»Acosó a la camarera con cartas y amenazas, levantó contra ella las más descabelladas acusaciones, y en los archivos de la policía local se recoge una ocasión en que la calumniada se vio obligada a solicitar protección para impedir que su enemiga la atacase, escoba en mano. Aparentemente, la dama de compañía vivía aterrorizada, su casa era asaltada por la noche (nunca dejó de insistir en que alguien entraba y robaba cosas), y yo leí una desgarradora carta en la que se quejaba de que no había dormido en paz ni una sola noche desde la muerte de su benefactora. Por extraño que resulte, la simpatía de los lugareños fue a parar a la hermana pequeña, quizá porque su adversaria, antaño una aldeana, era ahora la señora de la casa. Los del pueblo creyeron, y me parece que todavía lo creen, que la hermana pequeña fue privada fraudulentamente de su herencia por una joven maquinadora. No llegaron a creer que hubiera matado a su ama, pero disfrutaban creyendo que era deshonesta, sin duda porque ellos mismos, llegada la ocasión, eran capaces de serlo. En fin; el chismorreo es siempre un mal enemigo. Cuando la infeliz

criatura se suicidó…

-¿Se suicidó? – exclamó Eleanor-. ¿Tuvo que matarse?

-¿Me pregunta si había otra manera de escapar de su atormentadora? Sin duda ella no pensaba así. La versión aceptada en el pueblo fue que su mala conciencia la empujó al suicidio. Yo me inclino a creer que era una de esas jóvenes tenaces y de pocas luces que pueden agarrarse desesperadamente a lo que consideran propio, pero cuya mente no puede resistir una campaña obstinada y atosigante; sus propios amigos del pueblo se habían vuelto contra ella y parece que enloqueció

debido al convencimiento de que ni cerraduras ni pestillos podían mantener fuera al enemigo que cada noche se colaba en su casa…

-Debería de haberse ido -dijo Eleanor-. Abandonar la casa y huir tan lejos como pudiera.

-En efecto lo hizo. Creo que a la pobre chica la mató la animadversión; se ahorcó. Según el comadreo, se colgó de lo alto de la torre; la cotillería no le permite a uno ahorcarse en otro sitio.

»Después de su muerte la casa pasó legalmente a manos de la familia Sanderson, primos suyos que no eran tan vulnerables a las persecuciones de la hermanita, que por esa época debía de andar un poco trastornada. Me contó la señora Sanderson que cuando la familia vino a ver la casa por primera vez, la hermana pequeña acudió a insultarles, y acabó en la comisaría. Y tal parece ser el final del papel de la pequeña Crain en nuestra historia; desde el día en que el primer Sanderson la echó con cajas destempladas hasta el día del breve anuncio de su muerte, pocos años después, parece haber pasado el tiempo cavilando sobre sus penas, pero bien lejos de los Sanderson. Llama la atención que en todos sus desvarios siempre insistió en lo mismo: nunca había venido a la casa por la noche, ni a robar ni por cualquier otro motivo.

-¿De verdad robaron alguna vez? – preguntó Luke.

-Como les dije, finalmente la dama de compañía no podía afirmar a ciencia cierta que faltasen algunos objetos. Como puede imaginarse, el cuento del intruso nocturno contribuyó en gran medida a acrecentar la mala reputación de Hill House. Además, los Sanderson no llegaron a vivir aquí. Pasaron unos días en la casa, diciendo a los del pueblo que la estaban acondicionando para mudarse inmediatamente, pero se marcharon como por ensalmo, cerrando la casa a cal y canto. Hicieron correr la voz de que negocios urgentes los llevaban a la ciudad, pero los aldeanos pensaron que la razón era otra. Desde entonces nadie ha vivido en la casa más de unos días. A partir de esa época siempre ha estado en venta u ofrecida en alquiler. Pero eso es una historia muy larga y yo necesito más brandy.

-¡Pobres niñas! – dijo Eleanor, contemplando el fuego-. No puedo quitármelas de la cabeza, andando por estos lóbregos cuartos, quizá tratando de jugar con sus muñecas en este mismo cuarto o en esos dormitorios de arriba.

-La vieja casa se ha limitado a permanecer aquí y nada más. – Luke extendió un dedo vacilante y tocó cautelosamente el cupido de mármol-. Nada fue tocado, nada ha sido utilizado, nadie

quería ya nada de aquí; simplemente se quedó aquí.

-Esperando -dijo Eleanor.

-Esperando -confirmó el doctor-. Esencialmente me parece que el mal es la casa en sí -continuó. Ha encadenado a sus moradores y ha destruido sus vidas; es un lugar de maldad refrenada. Mañana la verán completa. Los Sanderson instalaron electricidad, agua corriente y teléfono cuando pensaban vivir aquí, pero aparte de eso nada ha cambiado.

-¡Bueno! – dijo Luke tras un corto silencio-. Estoy seguro de que aquí estaremos comodísimos.

Eleanor se sorprendió admirando sus pies. Theodora se había quedado ensimismada con el fuego y Eleanor pensaba con satisfacción que sus pies resultaban atractivos, calzados con las sandalias rojas. ¡Qué distinta soy! De pies a cabeza, un solo yo, poseedora de atributos que me pertenecen exclusivamente. Tengo unos zapatos rojos que encajan conmigo, no me gusta el bogavante, duermo sobre el costado izquierdo, hago chascar los nudillos cuando estoy nerviosa y colecciono botones. Sostengo una copa de brandy, que es mía porque estoy aquí y porque la estoy bebiendo, y tengo un sitio en este cuarto. Llevo zapatos rojos y mañana me despertaré y todavía seguiré aquí.

-Llevo zapatos rojos -dijo con voz suave y Theodora le dedicó una sonrisa.

-Tenía en mente… -dijo el doctor y miró alrededor con brillante y ansioso optimismo-. Tenía la intención de preguntarles si todos juegan al bridge.

-Por supuesto -dijo Eleanor. Yo juego al bridge, pensó, tuve un gato que se llamaba *Bailarín* y sé nadar.

-Me temo que yo no -dijo Theodora, y los tres la contemplaron con desánimo.

-¿Nada de nada? – preguntó el doctor.

-Yo he jugado al bridge dos veces por semana durante once años -afirmó Eleanor -, con mi madre, su abogado y su esposa… Estoy segura de que tú puedes jugar igual de bien.

-A lo mejor podrías enseñarme -sugirió Theodora-. Soy rápida aprendiendo juegos.

-¡Vaya! – exclamó el doctor, y Eleanor y Luke rieron.

-En lugar del bridge jugaremos a otra cosa -dijo Eleanor. Yo sí sé jugar al bridge, pensó, me gusta el pastel de manzana con crema sin azúcar y llegué aquí conduciendo sola.

-Backgammon -propuso el doctor.

-Yo me defiendo con el ajedrez -dijo Luke, y el doctor se alegró.

Theodora torció la boca.

-No imaginaba que hubiéramos venido aquí a echar partiditas.

-Relajación -contestó el doctor y Theodora, encogiendo los hombros, se dio la vuelta y siguió mirando el fuego.

-Yo traeré las piezas, si me dice dónde están -se ofreció Luke, y el doctor sonrió.

-Será mejor que vaya yo. Recuerda que he estudiado el plano de la casa. Si le dejo vagar solo, lo más probable es que no volvamos a encontrarle.

Al cerrarse la puerta detrás del doctor, Luke dirigió a

Theodora una mirada de curiosidad y se acercó a Eleanor.

-No estarás nerviosa, ¿verdad? ¿Te dio miedo la historia?

Eleanor meneó la cabeza y Luke le dijo:

-Estás pálida.

-Ya debería de estar en cama -respondió Eleanor-. No estoy acostumbrada a conducir tanto como hoy.

-Brandy -sugirió Luke-. Te ayudará a dormir mejor. Y a ti también -dijo a Theodora.

-Gracias -dijo Theodora sin volver la cabeza-. No suele costarme conciliar el sueño.

Luke hizo un guiño a Eleanor y se dio la vuelta para abrir la puerta al doctor.

-¡Qué imaginación más desbocada tengo! – dijo el doctor, colocando el juego de ajedrez-. ¡Menuda casa!

-¿Ha ocurrido algo? – inquirió Eleanor.

El doctor meneó la cabeza.

-Quizá debiéramos ponernos de acuerdo ahora mismo en no andar por la casa solos -dijo.

-¿Qué ha sucedido? – insistió Eleanor.

-Sólo ha sido mi imaginación -respondió el doctor-. ¿Le parece bien, Luke?

-Es un magnífico juego de ajedrez. Me extraña que la hermanita no se fijara en él.

-Una cosa puedo asegurarle -afirmó el doctor-. Si era la hermana pequeña la que se colaba en la casa de noche, tenía nervios de acero. La casa te vigila. Vigila cada movimiento que haces. Habrá sido mi imaginación, por supuesto -añadió.

A la luz de la chimenea la cara de Theodora aparecía tensa y malhumorada. Le gusta que le hagan caso, advirtió Eleanor sabiamente, y se sentó en el suelo a su lado. A sus espaldas podía oír el suave sonido de las piezas de ajedrez al ser colocadas en el tablero, y los movimientos de Luke y el doctor mientras se tomaban la medida. En la chimenea surgían llamas y pequeños chisporroteos. Aguardó a que Theodora hablase y luego dijo afablemente:

-¿Aún te cuesta creer que de verdad te halles aquí?

-No sabía que sería tan aburrido -comentó Theodora.

-Encontraremos cosas que hacer por la mañana -la animó Eleanor.

-En casa había mucha gente, conversación y risas, luz y animación…

-Supongo que yo no necesito esas cosas -dijo Eleanor, casi disculpándose-. Nunca disfruté de mucha animación. Tuve que quedarme con mi madre, claro. Y cuando dormía, hacía solitarios

y oía la radio. No soportaba leer por las noches, pues cada tarde tenía que leerle en voz alta durante dos horas. Historias de amor…

Eleanor sonrió sin apartar la vista del fuego. Pero eso no es todo, pensó, eso no explica cómo era la situación, aunque yo quisiera explicarla. ¿Por qué estoy hablando?

-Soy terrible, ¿verdad? – Theodora colocó su mano sobre la de Eleanor-. Me siento aquí y gruño porque no hay nada que me divierta. Soy muy egoísta. Dime lo horrible que soy. – Sus ojos brillaban de satisfacción a la luz de la hoguera.

-Eres horrible -dijo Eleanor obedientemente.

La mano de Theodora, sobre la suya, la incomodaba. La disgustaba que la tocaran, y sin embargo, tan insignificante gesto parecía la forma elegida por Theodora para expresar contrición, agrado o simpatía. ¿Tendré las uñas limpias?, pensó Eleanor, y retiró la mano delicadamente.

-Soy horrible -dijo Theodora, recuperando su buen humor-. Soy abominable y no hay quien me aguante. Pero basta ya. Ahora hablemos de ti.

-Yo también soy horrible, abominable y no hay quien me aguante.

Theodora rió.

-No te burles. Eres dulce y agradable y todos te quieren; Luke se ha enamorado perdidamente de ti y yo estoy celosa. Pero quiero saber más de ti. ¿De verdad cuidaste de tu madre durante tantos años?

-Sí. Durante once largos años, hasta su muerte, hace tres meses.

-¿Te dio pena cuando murió? ¿Debería decirte que lo siento mucho?

-No. Ella no era feliz.

-¿Y tú tampoco?

-Tampoco.

-¿Y ahora? ¿Qué hiciste después, cuando te viste al fin libre?

-Vendí la casa -dijo Eleanor-. Mi hermana y yo nos llevamos varias cosas pequeñas, no había mucho más, salvo los pequeños objetos que mi madre había conservado: el reloj de mi padre y algunas alhajas viejas. Nada parecido a las hermanas de Hill House.

-¿Y vendisteis todo lo demás?

-Todo. Tan pronto fue posible.

-Y entonces, no faltaba más, te lanzaste a una loca aventura que te trajo a Hill Hóuse.

-Exactamente -rió Eleanor.

-¡Después de haber desperdiciado tantos años! ¿No te embarcaste en un crucero ni buscaste hombres arrebatadores ni te compraste ropa nueva?

-Por desgracia, no había tanto dinero. Mi hermana depositó su parte en el banco para la educación de su hija. Yo me compré algo de ropa para venir a Hill House.

A la gente le gusta contestar preguntas sobre sí misma, pensó; ¡qué raro! Ahora mismo respondería a cualquier pregunta.

-¿Qué harás cuando vuelvas? ¿Tienes trabajo?

-No. No sé lo que haré.

-Yo sí sé lo que haré. – Theodora se estiró voluptuosamente. Encenderé todas las luces del apartamento y me tumbaré a la bartola.

-¿Cómo es tu apartamento?

Theodora se encogió de hombros.

-Bonito -contestó-. Encontramos un piso viejo y lo arreglamos nosotras mismas. Un salón, dos dormitorios y una cocina muy mona; lo pintamos de rojo y blanco y restauramos un montón de muebles viejos que le sacamos a los chamarileros, por ejemplo, una mesa preciosa con un tablero de mármol. Nos entusiasma restaurar cosas viejas.

-¿Estás casada? – preguntó Eleanor.

Se produjo un breve silencio y a continuación Theodora sonrió y dijo: -No.

-Disculpa -dijo Eleanor, confusa-. No pretendía ser curiosa.

-Eres muy graciosa -dijo Theodora, acariciándole la mejilla con un dedo. Tengo arrugas en los ojos, pensó Eleanor, y apartó la cara del fuego-. Dime dónde vives.

Eleanor bajó la vista hacia sus manos, que estaban estropeadas. Podríamos haber contratado a una lavandera, pensó. No hay derecho, mis manos dan pena.

-Tengo mi propio pisito -dijo-. Un apartamento como el tuyo, sólo que yo vivo sola. Seguro que es más pequeño que el tuyo. Todavía lo estoy amueblando, comprando cosas para asegurarme de que todo quede impecable. Las cortinas son blancas. Me pasé semanas buscando hasta que encontré unos leones de piedra para la repisa de la chimenea, y también tengo un gato blanco, y discos, libros y cuadros. Todo tiene que estar exactamente como me gusta, porque yo soy la única que lo utiliza. Una vez tuve una taza azul con estrellas pintadas en el interior; cuando mirabas dentro de la taza, veías las estrellas. Siempre me gustó esa taza.

-Quizá aparezca en mi tienda cualquier día -dijo Theodora-. Entonces podré enviártela. Algún día recibirás un paquetito que diga: «A Eleanor, con cariño de su amiga Theodora», y dentro

habrá una taza llena de estrellas.

-Yo habría robado esa vajilla dorada -dijo Eleanor, entre risas.

-¡Jaque mate! – exclamó Luke, y el doctor murmuró:

-Vaya, vaya.

-Una suerte loca -dijo Luke-. ¿Se han quedado las señoritas dormidas al lado del fuego?

-A punto estábamos -respondió Theodora.

Luke se levantó y ofreció una mano a cada una para ayudarles a levantarse y Eleanor, moviéndose torpemente, estuvo a punto de caerse; Theodora se desperezó y soltó un bostezo.

-Theo tiene sueño -dijo.

-Tendré que acompañarla arriba -dijo el doctor-. Mañana tenemos que empezar a aprender cómo movernos por la casa. Luke, ¿quiere ponerle la rejilla a la chimenea?

-¿Y si nos cerciorásemos de que las puertas están cerradas con llave? – preguntó Luke-. Supongo que la señora Dudley cerraría la puerta trasera cuando se marchó, pero ¿y las demás?

-Me cuesta creer que vayamos a sorprender a algún intruso -dijo Theodora-. De cualquier forma, aquella pobre dama de compañía echaba las llaves, pero no le sirvió de gran cosa.

-¿Y si nosotros quisiéramos salir? – preguntó Eleanor.

El doctor le dirigió una fugaz mirada.

-No veo la necesidad de cerrar con llave -dijo.

-Desde luego, no corremos el peligro de que los del pueblo vengan a robar -dijo Luke.

-Sea como sea -dijo el doctor-, aún tardaré una hora en dormirme; a mi edad una hora de lectura antes de acostarse resulta esencial, y previsoramente me traje *Pamela.* Si a alguno le cuesta dormirse, le leeré en voz alta. Todavía no he conocido a nadie que no pueda dormirse si le leen a Richardson.

Los condujo a las escaleras pasando por el estrecho pasillo y el gran vestíbulo de entrada.

-A menudo me he propuesto probarlo con niños pequeños.- añadió.

Eleanor siguió a Theodora escaleras arriba; hasta ese momento no se había dado cuenta de cuan agotada estaba, y cada escalón le costaba un esfuerzo. Se recordó que se encontraba en Hill House, pero incluso la habitación sólo le sugería, en ese instante, una cama azul con la colcha y el edredón del mismo color.

-Pero -continuó el doctor, detrás de ella-, una novela de Fielding comparable en su extensión, pero no en su argumento, nunca daría resultados con niños pequeños. Incluso Sterne me ofrece dudas…

Theodora se dirigió a la puerta de la habitación verde, se dio la vuelta y sonrió.

-Si te pones nerviosa -le dijo a Eleanor-, ve enseguida a mi cuarto.

-Lo haré -aseguró Eleanor-. Gracias y buenas noches.

-… y desde luego, de Smollet, ni hablar. Señoritas, Luke y yo dormimos aquí, al otro lado de la escalera…

-¿De qué color son sus habitaciones? – preguntó Eleanor.

-Amarillo -contestó el doctor.

-Rosa -respondió Luke.

-Las nuestras son verde y azul -dijo Theodora.

-Estaré despierto, leyendo -dijo el doctor-. Dejaré mi puerta entreabierta, así me aseguraré de oír cualquier sonido. Buenas noches.

-Buenas noches -dijo Luke.

En cuanto cerró la puerta de la habitación azul tras de sí, Eleanor pensó fatigosamente que bien pudiera ser la oscuridad y la opresión de Hill House las que la agotaban de esa manera, y de repente dejó de preocuparse. La cama azul era increíblemente blanda. Qué raro, pensó somnolientamente, que la casa sea tan horrenda y a la vez tan confortable en tantos aspectos: la blanda cama, el agradable césped, la acogedora chimenea, la comida de la señora Dudley. También lo es la compañía, pensó. Ahora puedo pensar en ellos, estoy completamente sola. ¿Por qué está Luke aquí? Y ¿por qué he venido yo? «Los viajes acaban en encuentros de enamorados.» Todos pudieron ver que yo tenía miedo.

Empezó a tiritar y se inclinó para alcanzar el edredón que estaba a sus pies. Entonces, medio divertida y medio helada, bajó de la cama y se dirigió, descalza y en silencio, a la puerta de la habitación para cerrarla con llave. No se enterarán de que he echado la llave, se dijo, y regresó apresuradamente a la cama. Tapada con el edredón, se encontró rápidamente dominada por la aprehensión mientras miraba la ventana, que brillaba pálidamente entre las tinieblas, y acto seguido se fijó en la puerta. Ojalá tuviera un somnífero, pensó, y volvió a mirar hacia la ventana y luego, por segunda vez, hacia la puerta, pensando: ¿Se está moviendo? Pero si yo la había cerrado. ¿Se está moviendo?

Me parece, decidió, que el cuarto me gustará más si me echo las mantas sobre la cabeza. Oculta bajo las mantas en las honduras de la cama, soltó una risita boba alegrándose de que los demás no pudieran oírla. En la ciudad jamás había dormido con la cabeza bajo las mantas. Hoy he recorrido un trecho muy

largo, pensó.

Entonces se quedó dormida y a salvo; en la habitación contigua dormía Theodora, sonriente, con la luz encendida. Al fondo del vestíbulo, el doctor, leyendo *Pamela,* alzaba la cabeza de vez en cuando para escuchar, y en una ocasión fue hasta la puerta y se detuvo un instante, mirando hacia el fondo del vestíbulo, antes de volver a su libro. Una lamparita de noche lucía en lo alto de la escalera por encima de las tinieblas del vestíbulo. Luke dormía; sobre su mesilla de noche había una linterna y el revólver que siempre llevaba consigo. Alrededor de todos ellos la casa parecía meditar, asentándose y agitándose en un movimiento que era casi un escalofrío.

A diez kilómetros de la casa la señora Dudley despertó, miró el reloj, pensó en Hill House y cerró rápidamente los ojos. La señora Gloria Sanderson, propietaria de Hill House, que vivía a quinientos kilómetros de la finca, cerró su novela de detectives, bostezó y apagó la luz, preguntándose si se habría acordado de echar la cadena de la puerta principal. La amiga de Theodora dormía, igual que la esposa del doctor Montague y la hermana de Eleanor.

A lo lejos, en los árboles que dominaban Hill House, ululó un buho y, al aproximarse la mañana, una lluvia fina y ligera empezó a caer, velada y monótona.

IV

1

Cuando Eleanor despertó, descubrió un cuarto azul gris y descolorido a causa de la lluvia matinal. Se percató de que durante la noche se había quitado de encima el edredón y había acabado durmiendo como acostumbraba, con la cabeza sobre la almohada. Fue toda una sorpresa darse cuenta de que había dormido hasta las ocho, y pensó que resultaba irónico que la primera noche de sueño apacible en años, hubiera transcurrido en Hill House.

Tendida sobre la cama azul, elevando la vista hacia el lúgubre techo, con sus diseños labrados, se preguntó, aún medio dormida, si acaso habría hecho el ridículo y si estarían riéndose de ella.

Cavilando sobre la pasada noche, sólo pudo recordar que tenía la sensación de haberles parecido a los demás tonta e infantilmente contenta, casi feliz. ¿Se habrían divertido los demás viéndola tan simple? Dije unas cuantas tonterías, se dijo, y por supuesto que se dieron cuenta. Hoy me mostraré más reservada, no tan abiertamente agradecida por tenerme aquí. Luego, ya despierta, meneó la cabeza y suspiró: Eres una niña

tonta, Eleanor, se dijo recriminándose al igual que hacía todas las mañanas.

A su alrededor el cuarto despertó a la vida; se hallaba en la habitación azul de Hill House, las cortinas se movían ligeramente en la ventana, y el sonoro chapoteo de un cuarto de baño debía de ser obra de Theodora, la primera en despertarse, con seguridad vestida y dispuesta, y sin duda hambrienta.

-¡Buenos días! – gritó Eleanor, y Theodora respondió:

-¡Buenos días! ¿Tienes hambre? Yo sí.

Eleanor se levantó y se asomó a la ventana. Miró por encima del techo de la galería hacia el ancho parterre de abajo, con sus arbustos y sus árboles envueltos en neblina. Al final del parterre, estaba la hilera de árboles que conducían al riachuelo, aunque la posibilidad de una alegre merendola en la hierba no resultaba tan atractiva esta mañana. No cabía duda de que el día iba a ser húmedo, pero la lluvia era una lluvia de verano, que hacía más verdes la hierba y los árboles y endulzaba y limpiaba el aire.

Encantador, pensó Eleanor, y se preguntó si sería la primera persona que encontraba Hill House encantadora. Luego pensó: ¿Será esto lo que piensan todos la primera mañana? Empezó a temblar y a la vez se sintió incapaz de explicar la excitación que sentía, lo que le estorbaba comprender por qué era tan insólito despertarse feliz en Hill House.

-Me voy a morir de hambre -anunció Theodora.

Eleanor cogió el albornoz y se dio prisa.

-Intenta parecerte a un rayo de sol extraviado -gritó Theodora desde su habitación -. El día es tan gris que vamos a tener que estar más radiantes que de costumbre.

Canta antes del desayuno y llorarás antes de la noche, se dijo Eleanor, que había estado cantando en voz baja: «La abundancia no se encuentra en la tardanza…»

-Yo creía ser la perezosa -comentó Theodora desde el otro lado de la puerta-, pero tú eres mucho peor. ¿Estás lista para bajar a desayunar?

-La señora Dudley sirve el desayuno a las nueve. ¿Qué pensará cuando nos presentemos tan deslumbradoras y sonrientes?

-Se echará a sollozar. ¿La llamaría alguien a gritos durante la noche? ¿Tú qué opinas?

Eleanor se contempló con ojo crítico una pierna enjabonada.

-He dormido como un tronco -respondió.

-Igual que yo. Como no estés lista en tres minutos, entro y te ahogo. ¡Quiero desayunar!

Eleanor pensaba que hacía mucho tiempo que no se vestia para parecer un rayo de sol, ni tenía tantas ganas de desayunar,

ni se levantaba tan espabilada, tan consciente de sí misma, tan tierna y cuidadosa; hasta se cepilló los dientes con un primor inusual. Todo es consecuencia de haber dormido bien, pensó; desde que madre murió debo de haber dormido aún peor de lo que me parecía.

-¿Todavía no estás lista?

-¡Ya va! – gritó Eleanor.

Corrió hacia la puerta y quitó la llave suavemente. Theodora estaba aguardándola en el vestíbulo, vestida con una llamativa falda escocesa. Viéndola, Eleanor no pudo pensar que se vistiera, se lavara, se moviera, comiese, durmiese o hablase sin disfrutar cada minuto. Theodora no se preocupaba de lo que la gente pensara de ella.

-¿Te das cuenta de que nos puede costar otra hora encontrar el comedor? – observó Theodora-. Pero puede que nos hayan dejado un plano. ¿Sabes que Luke y el doctor llevan horas levantados? Estuve hablando con ellos desde mi ventana.

Han empezado sin mí, pensó Eleanor; mañana me levantaré antes y también estaré ahí para hablar desde la ventana.

Llegaron al pie de las escaleras, Theodora cruzó el gran vestíbulo oscuro y abrió una puerta.

-Aquí es -dijo. Pero la puerta daba a un cuarto lóbrego, lleno de ecos, que ninguna había visto antes.

-Es aquí -aseguró Eleanor, mas la puerta que eligió daba al estrecho pasillo que llevaba a la salita ante cuya chimenea se habían sentado la noche anterior.

-Está en el lado opuesto del vestíbulo, enfrente de ése -dijo Theodora y se dio la vuelta, confusa- ¡Maldita sea! ¡doctor! ¡Luke!

En la distancia oyeron un grito de respuesta y Theodora se dirigió hacia otra puerta.

-Si piensan que me van a dejar para siempre en este asqueroso aposento, probando puerta tras puerta para llegar a mi desayuno…

-Esta es la puerta acertada, me parece -dijo Eleanor-, la que nos lleva al cuarto oscuro y, atravesándolo, al comedor.

Theodora volvió a gritar, tropezó con un mueble, soltó un juramento y de pronto se abrió la puerta del fondo. Apareció el doctor y saludó.

-¡Buenos días!

-Maldita casa -dijo Theodora frotándose la rodilla- Buenos días.

-No se lo creerán -afirmó el doctor-, pero hace tres minutos estas puertas estaban abiertas de par en par. Las dejamos así para que pudieran encontrar el camino. Nos sentamos aquí y vimos

cómo se cerraban justo antes de que llamaran. ¡Vaya! Pues, buenos días.

-Pescado ahumado -dijo Luke desde la mesa-. ¡Muy buenos días! Espero, señoritas, que les guste el pescado ahumado.

Habían atravesado la oscuridad de una noche, habían recibido la mañana en Hill House y formaban ya una familia, saludándose mutuamente con confianza y dirigiéndose a las sillas que habían ocupado la pasada noche en la cena.

-Un desayuno de órdago es lo que la señora Dudley accedió a disponer -dijo Luke blandiendo un tenedor-. Nos estábamos preguntando si querríais el café y el bollo en la cama.

-En cualquier otra casa habríamos llegado antes -dijo Theodora.

-¿De verdad dejaron abiertas todas las puertas? – preguntó Eleanor.

-Era para saber el momento en que llegaseis -contestó Luke-. Vimos las puertas cerrarse solas.

-Hoy las clavaremos para que no se cierren -sentenció Theodora-. Voy a patearme esta casa hasta que encuentre comida cada vez que quiera. Dormí con la luz encendida toda la noche -le confió al doctor-, pero no sucedió nada.

-Todo estuvo muy tranquilo -admitió Montague.

-¿Nos veló usted toda la noche? – inquirió Eleanor.

-Sólo hasta las tres, cuando Pamela me hizo finalmente dormir. No se oyó un ruido hasta que la lluvia comenzó poco después de las dos. Una de ustedes llamó en sueños una vez.

-Debo de haber sido yo -dijo Theodora-. Soñaba con la pérfida hermana a las puertas de Hill House. Yo también soñé con ella -aseguró Eleanor. Alzó la mirada hacia el doctor y dijo-: Resulta embarazoso. Pensar en pasar miedo, quiero decir…

-Estamos todos en el mismo barco -dijo Theodora.

-Es peor tratar de disimularlo -la tranquilizó Montague.

-Atibórrate de ahumados -sugirió Luke-. Entonces será imposible que sientas nada.

Eleanor notaba que la conversación, al igual que la víspera, estaba siendo habilidosamente apartada de la idea de miedo, que tan presente se hallaba en su mente. Quizá le permitieran hablar de vez en cuando en nombre de todos, de modo que se aquietaran también ellos y pudieran dejar el tema de lado; a lo mejor en ella, vehículo de toda clase de miedos, hubiese bastante para todos. Son como niños, pensó, que se desafían a salir los primeros, dispuestos a darse la vuelta e insultar al que llegue el último. Apartó el plato y suspiró.

-Antes de irme a la cama esta noche -le decía Theodora al

doctor- quiero asegurarme de haber visto cada centímetro de esta casa. Se acabó lo de acostarme sin saber lo que hay sobre mi cabeza o debajo de mi cuarto. Y tenemos que abrir ventanas, dejar las puertas abiertas y dejar de andar tanteando las paredes.

-Pongamos señales -sugirió Luke-. Flechas indicadoras que digan «Salida».

-O «Callejón sin salida» -apuntó Eleanor.

-O «Peligro. Desprendimiento de muebles» -sugirió Theodora-. Nosotras las haremos -le dijo a Luke.

-Lo primero es explorar la casa -propuso Eleanor, quizá con demasiada rapidez, porque Theodora la miró con curiosidad-. No quiero quedarme abandonada en algún desván o cosa parecida -añadió Eleanor, incómodamente.

-Nadie quiere perderse -dijo Theodora.

-Entonces sugiero -intervino Luke- que antes de nada nos acabemos el café de la cafetera, y luego vayamos de cuarto en cuarto, esforzándonos en descubrir alguna distribución racional en esta casa, y dejando las puertas abiertas a medida que las atravesamos. Nunca se me ocurrió que me tocase heredar una casa en la que tuviera que colocar señales para moverme por ella.

-Tenemos que ponerles nombres a las habitaciones -propuso Theodora-. Supongamos que te digo, Luke, que nos veremos clandestinamente, no en el salón más bonito, sino en el de detrás. ¿Cómo sabrías dónde encontrarme?

-Podrías silbar hasta que yo llegase -sugirió él.

-Me oirías silbar y llamarte, mientras vagaras de puerta en puerta, abriendo siempre la equivocada, y yo estaría dentro incapaz de encontrar la salida…

-Y sin nada que comer -observó Eleanor.

Theodora volvió a mirarla.

-Y sin nada que comer -admitió, y añadió a continuación-: Ésta es la casa loca del carnaval. Cada cuarto conduce a todos los demás, las puertas se abren en todas direcciones a la vez y se cierran cuando te acercas, y apuesto a que en algún lugar hay espejos en los que te ves siempre de costado, y hay una manguera de aire que te levanta las faldas y algo que surge de un pasadizo oscuro y se ríe en tu cara… -Se calló de repente y alzó su taza tan deprisa que se le derramó el café.

-No es tan mala como eso -dijo el doctor-. La planta baja está construida en lo que casi podría llamase círculos concéntricos de habitaciones; en el centro está la salita donde nos sentamos anoche, y alrededor de ella hay una serie de salas, y un deprimente cuartucho decorado enteramente de satén rosa…

-Adonde Eleanor y yo iremos cada mañana con la costura.

-…y rodeando éstos (a los que llamo interiores por ser los que carecen de acceso directo desde el exterior; recordad que no hay ventanas), rodeándolos, digo, está el anillo de los cuartos exteriores: el salón, la biblioteca, el invernadero, la…

-Alto -dijo Theodora meneando la cabeza-. Aún sigo perdida en el satén rosa.

-Y la galería que rodea la casa. Hay puertas que dan a la galería en el salón, el invernadero y un cuarto de estar. También hay un pasillo…

-¡Basta! – Theodora se reía y meneaba la cabeza-. Es una casa abominable.

La puerta del rincón del comedor se abrió y apareció la señora Dudley, sujetándola con una mano y mirando inexpresivamente a la mesa del desayuno.

-Quito la mesa a las diez -les recordó.

-Buenos días, señora Dudley-saludó Luke. Ella fijó la mirada en él.

-A las diez quito la mesa -repitió-. Los platos tienen que volver a las estanterías. Vuelvo a sacarlos para el almuerzo. Sirvo el almuerzo a la una, pero antes los platos tienen que estar de vuelta en las estanterías.

-Claro, señora Dudley. – El doctor se levantó-. ¿Todos listos?

Ante la mirada de la señora Dudley, Theodora levantó intencionadamente la taza, se llevó la servilleta a la boca y se arrellanó en la silla.

-Espléndido desayuno -dijo-. ¿Han estado siempre los platos en la casa?

-Han estado siempre en la estantería -contestó la señora Dudley.

-¿Y la cristalería, la plata y la mantelería? ¡Qué objetos tan cautivadores!

-La mantelería -contestó la señora Dudley- se guarda donde ha estado siempre: en los cajones de mantelería del comedor. La plata, en el arcón de la plata. Los vasos, en la estantería.

-Debemos resultarle un incordio -comentó Theodora.

La señora Dudley dijo:

-Quito la mesa a las diez. Sirvo el almuerzo a la una.

Theodora estalló en una carcajada y se levantó.

-Adelante, adelante -dijo-. Vamonos y abramos las puertas.

Como era de esperar, comenzaron por la del comedor, que apuntalaron con una silla. El siguiente cuarto era la sala de juegos; la mesa con que Theodora había tropezado era una mesita de ajedrez con incrustaciones. Y en un extremo del cuarto

había mesas de naipes y sillas, y un alto armario donde se guardaban las piezas del ajedrez, junto con las bolas de croquet y el tablero de cribbage.

Bonito lugar para pasar una hora despreocupada -dijo Luke contemplando el sombrío cuarto.

Los fríos tapetes de los tableros se reflejaban tristemente en los azulejos que rodeaban la chimenea; la inevitable madera de las paredes estaba ahí, no precisamente iluminada por una serie de láminas que parecían dedicadas por completo a los diferentes métodos de matar animales salvajes y, encima de una repisa, les contemplaba una cabeza de ciervo con patente desagrado.

-Aquí es donde venían a distraerse -dijo Theodora, y su voz reverberó en el elevado techo-. Se reunían en este lugar -explicó-, para evadirse del opresivo ambiente del resto de la casa.

La cabeza de ciervo continuaba mirándola con pena.

-¡Esas dos pobres niñas! – dijo-. ¿Podríamos bajar esa bestia de ahí arriba?

-Me parece que le has caído en gracia -contestó Luke-. Desde que entraste no te quita los ojos de encima.

Al salir, dejaron la puerta abierta con un tope, y pasaron al vestíbulo, que resplandecía bajo las luces que salían de los cuartos abiertos.

-Cuando demos con una habitación que tenga ventana -aconsejó el doctor-, la abriremos. Hasta entonces, conformémonos con abrir la puerta de entrada.

-Tú sigues pensando en las niñas -dijo Eleanor a Theodora-, pero yo no puedo olvidarme de la solitaria dama de compañía, cuando caminaba por estas habitaciones preguntándose quién más estaba en la casa.

Luke abrió la gran puerta principal y acercó una gran vasija para retenerla.

-¡Aire fresco! – dijo.

El olor de la lluvia y la hierba húmeda invadió el vestíbulo, y durante un corto lapso se quedaron todos de pie respirando el aire del exterior de Hill House.

Entonces el doctor dijo:

-He aquí algo con lo que ninguno de ustedes contaba. – Y abrió una puertecita junto a la alta puerta principal y se apartó sonriendo-. La biblioteca está en la torre.

-Yo no puedo entrar ahí -dijo Eleanor, sorprendiéndose a sí misma, pero en verdad no era capaz. Retrocedió abrumada por el aire cargado que se precipitó sobre ella -. Mi madre… -conntinuó, sin saber muy bien lo que quería decirles y se apretó contra la pared.

-¿En serio? – dijo el doctor.

Theodora se encogió de hombros y entró en la biblioteca; Eleanor tiritaba.

-¿Luke? – preguntó el doctor, pero Luke ya estaba dentro.

Desde donde se encontraba, Eleanor sólo pudo ver una parte de la pared circular de la biblioteca, con su estrecha escalera de hierro que ascendía y, tratándose de la torre, quizá subiera sin parar. Eleanor cerró los ojos, escuchando en la distancia la voz del doctor, que sonaba hueca entre las paredes de la biblioteca.

-¿Pueden ver la pequeña trampilla de ahí arriba, entre las sombras? – preguntaba-. Lleva a un pequeño balcón y, por supuesto, es ahí donde la creencia general asegura que se ahorcó la muchacha; ya se acordarán. Un lugar más apropiado, sin duda, para suicidios que para libros. Aseguran que ató una cuerda a la barandilla del hierro y luego, dio un paso…

-Gracias -dijo Theodora desde el interior-. Puedo imaginarme la escena perfectamente, muchas gracias. Si hubiera sido yo, probablemente hubiera asegurado la cuerda en la cabeza de ciervo de la sala de juegos, pero me figuro que tendría una especie de atadura sentimental con la torre. ¡Qué palabra más agradable en este contexto! Atadura. ¿No están de acuerdo?

-Deliciosa -dijo Luke. Estaban saliendo de la biblioteca y regresaban a la antesala donde les esperaba Eleanor-. Me parece que convertiré este cuarto en un club nocturno. La orquesta se situará allí arriba, en el balcón, y las bailarinas bajarán por la escalera de caracol de hierro; el bar…

-Eleanor -preguntó Theodora-, ¿te encuentras bien? La sala es horrenda e hiciste muy bien en quedarte fuera.

Eleanor se apartó de la pared; tenía frío en las manos y ganas de llorar, pero le dio la espalda a la puerta de la biblioteca,

-Me parece que no leeré mucho mientras esté aquí -dijo, tratando de hablar despreocupadamente-. Si los libros huelen como la biblioteca, ni hablar.

-Yo no he notado ningún olor -afirmó Montague y miró a Luke, que negó con la cabeza-. ¡Qué extraño! – prosiguió el doctor había doctor-, y es precisamente el tipo de fenómeno que andamos buscando. Tome nota, querida, e intente describirlo exactamente

Theodora estaba confusa. Se encontraba en medio de la entrada, dando vueltas, mirando a sus espaldas hacia la escalera y acto seguido, girando de nuevo hacia la puerta principal.

-¿Hay dos entradas principales? – preguntó-. ¿O es que estoy hecha un lío?

El doctor sonrió; saltaba a la vista que había estado esperando

una pregunta parecida.

-Esta es la única puerta de entrada -respondió-. Por aquí entraron ayer.

Theodora frunció el entrecejo.

-Entonces ¿por qué no podemos Eleanor y yo ver la torre desde las ventanas de nuestras habitaciones? Nuestros cuartos dan al frente de la casa y no obstante…

El doctor miró.

-¡Por fin! – exclamó-. ¡Perspicaz Theodora! Por eso quería que vieran la casa de día. Vengan aquí y siéntense en las escaleras mientras se lo cuento.

Se acomodaron en los escalones, mirando al doctor, que estaba encima de ellos en postura de conferenciante, y que comenzó a hablar ceremoniosamente.

-Uno de los rasgos peculiares de Hill House es su diseño.

-La casa loca del carnaval.

-En efecto. ¿Han pensado en lo difícil que nos resulta movernos por ella? Una casa normal no nos habría tenido en semejante confusión durante tanto tiempo; todavía escogemos las puertas equivocadas una y otra vez y el cuarto que queremos se nos escapa. Hasta yo he tenido dificultades. Me atrevería a decir que el viejo Hugh Crain esperaba que Hill House se convirtiese algún día en una atracción turística, igual que Winchester House, en California, o las muchas casas octogonales que existen; fue él mismo quien diseñó Hill House, acuérdense y, como dije anteriormente, era un hombre extraño. Cada ángulo – dijo Montague haciendo un gesto hacia la entrada- está ligeramente mal trazado. Crain debía de haber detestado a los demás y sus racionales casas construidas a escuadra, ya que levanto la suya según los patrones de su mente.

-»Los ángulos que uno supone razonablemente ángulos rectos están en realidad desviados una fracción de grado. Estoy seguro de que, por ejemplo, creen ustedes que los escalones en que sientan están nivelados, porque no estamos habituados a que los escalones que no lo estén…

Se movieron con intranquilidad y Theodora tendió la mano para agarrarse a la balaustrada, como si temiera caerse.

-»Pero en realidad tienen una ligerísima inclinación hacia el hueco de la escalera, del mismo modo que todas las puertas son un poco excéntricas. Tal puede ser, a propósito, la razón por la que se cierran solas a no ser que las sujeten; esta mañana me preguntaba si los pasos de ustedes dos, señoritas, alteraban el delicado equilibrio de las puertas. Por supuesto, la suma de todas estas minúsculas aberraciones de medición da como resultado

una gran distorsión de la casa en general. Theodora no puede ver la torre desde la ventana de su dormitorio porque la torre se levanta en la esquina de la casa. Desde dicho lugar es completamente invisible, aunque, vista desde aquí, parezca hallarse justamente en el exterior del cuarto. La ventana de Theodora está varios metros a la izquierda de donde estamos ahora.

Theodora abrió los brazos con gesto de desamparo.

-¡Vaya! – exclamó.

-Ya veo -observó Eleanor-. El techo de la galería es lo que nos confunde. Yo puedo asomarme a mi ventana y ver el techo de la galería, y como entré directamente en la casa y subí las escaleras, supuse que la puerta principal estaba debajo; no obstante, en realidad…

…sólo puede ver el techo de la galería -continuó el doctor. La puerta principal está alejada; ella y la torre son visibles desde el cuarto de las niñas, que es la sala grande del fondo del vestíbulo; dentro de un rato la veremos. Esto es una obra maestra de retorcimiento arquitectónico. La doble escalera del castillo de Chambord…

-Entonces ¿todo está un poco descentrado? – preguntó Theodora-. ¿Por eso todo parece tan descoyuntado?

-¿Qué sucederá cuando uno regrese a una casa normal? – inquirió Eleanor-. Quiero decir… bueno, una casa de verdad.

-Debe de ser parecido a cuando uno desembarca -repuso Luke-. Después de estar aquí una temporada, el sentido del equilibrio puede acabar tan distorsionado que cueste deshacerse de las «piernas de marinero», o de las piernas de Hill House ¿No podría ser -le preguntó al doctor-, que lo que la gente ha pensado que eran manifestaciones sobrenaturales, fueran sólo el resultado de una ligera pérdida de equilibrio por parte de los que aquí vivieron?

-Sin duda ha de afectar a la gente de alguna forma -admitió el doctor-. Nos hemos acostumbrado a confiar ciegamente en nuestros sentidos del equilibrio y en la razón, y no sé hasta dónde puede llegar la mente cuando lucha con ferocidad por preservar sus propios patrones, tan familiarmente estables, enfrentándose a toda evidencia de que se están desviando. – Se dio la vuelta y añadió-: Vamos, nos quedan maravillas que contemplar.

Todos bajaron de la escalera y le siguieron cautelosamente, tentando los suelos a medida que avanzaban. Se encaminaron por el estrecho pasillo hacia el saloncito en que habían estado la noche anterior y desde allí, dejando las puertas retenidas a sus

espaldas, se dirigieron al círculo exterior de habitaciones que se abrían sobre la galería. Retiraron los pesados cortinajes de las ventanas y la luz exterior penetró en Hill House.

Cruzaron una sala de música en la que destacaba un arpa. Había un piano de cola cerrado, rematado por un candelabro cuyas velas jamás habían sido tocadas por el fuego. En una mesa de tablero de mármol había unas flores de cera cubiertas con un cristal; las sillas eran delgadas y estaban doradas.

Más allá de este cuarto se llegaba al invernadero, de altas puertas de cristal que permitían ver la lluvia que estaba cayendo y lleno de heléchos que crecían alrededor de los muebles de mimbre. El ambiente era desagradablemente húmedo. Salieron rápidamente para, cruzando un arco de entrada, acceder a un salón, donde se detuvieron incrédulos y estupefactos.

-Vaya -dijo Theodora-. No puedo creérmelo -insistió, meneando la cabeza-. Eleanor, ¿lo ves tú también?

-Pero ¿cómo…? – preguntó Eleanor.

-Supuse que les gustaría -comentó el doctor.

Todo el fondo del salón estaba ocupado por un grupo escultórico de mármol, sobre un fondo de franjas malva y encima de la alfombra floreada; el conjunto resultaba grotesco y desnudo Eleanor se cubrió los ojos con las manos y Theodora la cogió del brazo.

-Me parece que el artista pretendía representar a Venus surgiendo de las olas – aventuró el doctor.

-De eso, nada -le contradijo Luke-. Es San Francisco curando a los leprosos.

-No -terció Eleanor-. Una de las figuras es un dragón.

-No es ninguna de esas cosas -sentenció Theodora-, sino un retrato de familia. La figura del centro es el viejo Hugh, felicitándose a sí mismo por haber construido Hill House, y las dos ninfas que le acompañan son sus hijas. La de la derecha, la que parece estar blandiendo una mazorca de maíz, en realidad está relatando su pleito y la otra, la pequeña del fondo, es la dama de compañía; la del otro extremo…

-Es la señora Dudley; seguro que posó ella misma -dijo Luke.

-Y las hierbas entre las que todos se alzan, representan en realidad la alfombra del comedor, aunque un poco más tupida. ¿Se han fijado en la alfombra del comedor? Parece un prado de heno y puedes sentir cómo te hace cosquillas en los tobillos. Más al fondo, esa especie de cosa parecida a un frondoso manzano es… Un símbolo de la protección de la casa -afirmó el doctor Montague.

-Me asusta la idea de que todo se nos pueda caer encima -dijo

Eleanor-. Estando la casa tan desequilibrada, ¿no corremos peligro de que se desmorone?

-He leído que este grupo fue esculpido para contrapesar la Poca firmeza del suelo sobre el que se levanta. Sea como fuere, el caso es que se colocó cuando la casa fue construida y todavía sigue en pie. Es posible (no pongan esa cara de asombro) que Hugh Crain lo admirase o incluso lo considerase bonito.

-Igualmente posible resulta que lo utilizara para asustar a sus hijas -aventuró Theodora-. ¡Que gracioso quedaría el cuarto sin ella! ¡Un salón de baile para señoras vestidas de largo y suficiente espacio para una danza completa! Hugh Crain, ¿quieres bailar conmigo? – Hizo una reverencia a la estatua.

-Me parece que sí quiere -dijo Eleanor, retrocediendo involuntariamente.

-No deje que le pise -advirtió el doctor, soltando una carcajada-. Recuerde lo que le ocurrió a Don Juan.

Theodora tocó la estatua, colocando su dedo enfrente de la extendida mano de una figura.

-El mármol siempre produce sobresalto -explicó-. Nunca tiene el tacto que uno imagina. Supongo que una estatua de tamaño natural se parece lo suficiente a una persona como para que uno espere que tenga piel.

Entonces empezó a bailar un vals, dándose la vuelta para inclinarse ante la estatua.

-Al fondo del cuarto -dijo Montague a Eleanor y Luke-, bajo esos cortinajes están las puertas de la galería; cuando Theodora se canse de bailar puede salir al aire fresco.

Cruzó el salón para apartar las pesadas colgaduras azules y abrió las puertas. De nuevo penetraron en la casa el aroma de la tibia lluvia y un golpe de viento, de modo que un sutil aliento pareció envolver la estatua y la luz tocó las coloreadas paredes.

-En esta casa -dijo Eleanor-, nada se mueve hasta que apartas la mirada, y aun en ese momento sólo te percatas con el rabillo del ojo. Fíjate en los pequeños figurines de la estantería; cuando todos nos dimos la vuelta, se pusieron a bailar acompañando a Theodora.

-Yo sí me muevo -repuso Theodora, avanzando en círculos hacia ellos.

-Flores en una campana de cristal -dijo Luke-. Son espiguillas. Me estoy encapachando de esta casa.

Theodora tiró del pelo a Eleanor.

-Te echo una carrera por la galería -la desafió, y salió disparada hacia las puertas.

Eleanor corrió hacia la galería y, entre las prisas y las risas,

torno una curva para encontrarse con que Theodora estaba entrando por otra puerta y se detuvo, sin aliento. Habían llegado a la cocina y la señora Dudley, apartándose del fregadero, las contempló.

-Señora Dudley -saludó Theodora-. Hemos estado explorando la casa.

Los ojos de la señora Dudley se dirigieron al reloj de la repisa de encima del fogón.

-Son las once y media -dijo-. Yo…

…sirvo el almuerzo a la una? – la ayudó Theodora-. Me gustaría echarle un vistazo a la cocina. Ya hemos visto todos los demás cuartos del piso bajo.

La señora Dudley permaneció inmóvil y luego, dando su consentimiento con una inclinación de la cabeza, se dio la vuelta cruzó la cocina con paso decidido dirigiéndose a una puerta más alejada. Cuando la abrieron, pudieron ver, al fondo, la escalera de servicio, y antes de que empezaran a andar la señora Dudley se marchó cerrando la puerta tras ella.

Theodora miró hacia la puerta y aguardó un minuto antes de decir:

-Me pregunto si la señora Dudley siente alguna debilidad por mí. De verdad que he llegado a pensarlo.

-Supongo que ha subido a ahorcarse en la torreta -repuso Eleanor-. Ahora que estamos aquí, vemos qué hay para comer.

-No revuelvas nada -dijo Theodora-. Sabes perfectamente que los platos deben estar en la estantería. ¿De verdad crees que esa mujer piensa hacernos un soufflé? Desde luego, aquí hay un plato de soufflé, huevos y queso…

-Es una cocina preciosa -observó Eleanor-. En casa de mi madre la cocina era estrecha y oscura y nada que se cocinase allí tenía sabor ni color.

-¿Cómo es tu cocina? – preguntó Theodora; sin prestar mucha atención-. La de tu pequeño apartamento. Eleanor; fíjate en las puertas.

-Yo no sé hacer soufflé -dijo Eleanor. Mira. Ahí está la puerta que da a la galería, y otra que da a escalera de bajada, hacia el sótano, imagino, y ahí hay otra que da también a la galería, y la que utilizó para subir, y otra más de ese lado…

-…que también lleva a la galería -dijo Eleanor, al tiempo que la abría-. Tres puertas que se abren a la galería desde la cocina.

-Más la puerta que lleva al comedor a través de la alacena.

A nuestra buena señora Dudley le gustan las puertas. Se nota, ¿verdad? Sin duda puede salir deprisa en cualquier dirección que se le antoje.

Eleanor giró bruscamente y regresó a la galería…

-No sé si habrá obligado a su marido a abrirle una puerta más. Me pregunto cómo podrá gustarle trabajar en una cocina en la que una puerta puede abrirse a sus espaldas sin que ella se dé cuenta. Más aún, me pregunto con qué tendrá costumbre de encontrarse en su cocina, para querer estar segura de que hallará una salida en cualquier dirección. Me pregunto…

-¡Calla! – exclamó Theodora-. Una cocinera nerviosa no puede hacer un buen soufflé; eso lo sabe cualquiera y ella estará probablemente escuchando desde la escalera. Escojamos una de estas puertas y dejémosla abierta.

Luke y el doctor estaban en la galería contemplando un parterre. Detrás de la casa, aparentemente casi encima de ella, las grandes colinas aparecían silenciosas y nubladas en medio de la lluvia. Eleanor se paseaba por la galería, pensando que nunca había visto una casa tan rodeada. Es como un cinturón muy apretado, se dijo; ¿saldría la casa volando si la galería cediese? Recorrió lo que ella consideró la parte mayor de la circunferencia de la casa y entonces vio la torre. Súbitamente, cuando dobló la curva de la galería.

Era de piedra gris, grotescamente sólida, y parecía violentamente estrujada contra la madera de la casa, sujetada al edificio por la tenaz balaustrada. Repugnante, pensó, y se dio cuenta de que si algún día la casa se quemara la torre seguiría en pie, amenazadora y gris sobre las ruinas, advirtiendo a todos que se alejasen de allí, quizá con una piedra caída aquí y allá, para que buhos y murciélagos pudieran anidar entre los escombros. Hacia la mitad del muro empezaban las ventanas, estrechos cortes practicados en la piedra, cuya vista le hizo preguntarse qué panorama se contemplaría desde allá arriba y agradecer no haber sido capaz de entrar en la torre. Nunca miraré desde esas ventanas, pensó, e intentó imaginarse la estrecha escalera de caracol que ascendía en el interior. En lo más alto se veía un techo de madera cónico, rematado por un chapitel de madera. En cualquier otra casa habría resultado ridículo, pero en Hill House no estaba fuera de lugar, alegre y expectante, aguardando quizá que alguna criatura se posase en la inclinada techumbre, la escalase hasta el chapitel y…

-Te vas a caer -dijo Luke.

Eleanor se quedó sin aliento; con no poco esfuerzo bajó los ojos y se dio cuenta de que estaba aferrando el pasamanos y se había inclinado hacia atrás.

-No te fíes del equilibrio de mi encantadora Hill House -añadió Luke y Eleanor respiró profundamente, mareada y

tambaleándose.

Él la sostuvo mientras ella intentaba enderezarse en medio de un oscilante mundo en el que los árboles y el parterre parecían un tanto inclinados, y el cielo aparentaba estar columpiándose.

-¿Eleanor? – llamó Theodora desde algún lugar próximo, al tiempo que se oía el sonido de los pasos del doctor, que corría por la galería.

-¡Esta condenada casa! – exclamó Luke-. No puedes descuidarte un solo minuto.

-¿Eleanor? – llamó Montague.

-Estoy bien -contestó ella moviendo la cabeza y levantándose sin ayuda, aunque con poca estabilidad-. Intenté ver el pináculo de la torre y me entró vértigo.

-Cuando se ha caído -dijo Luke.

-Yo he tenido esa misma sensación una o dos veces esta mañana -comentó Theodora-, como si estuviese caminando por las paredes.

-Tráiganla dentro -ordenó el doctor-. Aquí la sensación no es tan mala.

-De verdad que estoy bien -dijo Eleanor, abochornada, y comenzó a recorrer lentamente la galería hasta llegar a la puerta principal, que estaba cerrada-. Creía que la habíamos dejado abierta -dijo con voz temblorosa.

El doctor se adelantó y empujó la pesada puerta, abriéndola de nuevo. En el interior, el vestíbulo había recuperado su estado original: todas las puertas que habían dejado abiertas se hallaban cerradas.

Cuando Montague abrió la puerta de la sala de juegos, todos pudieron ver que las puertas del comedor estaban cerradas y que el pequeño taburete que habían usado para inmovilizarlas había sido devuelto a su sitio, contra la pared. En el gabinete, igual que en el salón, la salita y el invernadero, puertas y ventanas estaban cerradas y las cortinas echadas.

-Ha sido la señora Dudley -afirmó Theodora, siguiendo al doctor y a Luke, que avanzaban con rapidez de un cuarto al siguiente, volviendo a abrir las puertas y apuntalándolas, retirando los cortinajes de las ventanas y dejando que el aire regresara al edificio.

-La señora Dudley hizo lo mismo ayer, tan pronto Eleanor y yo salimos, porque prefiere cerrarlas ella misma antes que llegar y encontrarse con que se han cerrado ellas solas, ya que las puertas y ventanas tienen que estar cerradas y los platos tienen que estar… -Se echó a reír histéricamente, lo que hizo volverse al doctor y fruncir el ceño.

-La señora Dudley hará bien en enterarse de cuál es su lugar -sentenció-. Yo mismo clavaré estas puertas si hace falta, con tal de que se queden abiertas. – Se dirigió hacia la salita y abrió la puerta con brusquedad-. Perder la calma no servirá de nada – dijo.

-Antes de comer se servirá un jerez en la salita -anunció Luke-. Pasen, señoritas.

2

-Señora Dudley -dijo Montague soltando el tenedor-, un soufflé admirable.

La señora Dudley lo miró brevemente y regresó a la cocina con un plato vacío.

El doctor suspiró.

-Después de mi vigilia de anoche me hace falta descansar esta tarde. Y usted -dijo a Eleanor- haría bien en acostarse un rato. El reposo cada tarde nos resultaría a todos beneficioso.

-Ya -dijo Theodora, divertida-. Tengo que echarme una siestecita. Puede resultar extraño cuando vuelva a casa, pero siempre puedo explicar que era parte de mi trabajo en Hill House.

-Puede que nos cueste conciliar el sueño por la noche -señaló el doctor, y un pequeño escalofrío recorrió la mesa.

-Son las dos menos cinco -anunció la señora Dudley.

3

Eleanor no pudo dormir esa tarde, aunque le habría gustado; en vez de ello, se tumbó en la cama de Theodora para ver cómo se arreglaba las uñas, charlando perezosamente, negándose a reconocerse que había seguido a Theodora porque no se había atrevido a quedarse sola.

-Me encanta arreglarme -dijo Theodora contemplando su mano-. Me gustaría maquillarme de pies a cabeza.

Eleanor se removió en la cama.

-Con pintura de oro -sugirió casi sin pensarlo. Sus ojos medio cerrados sólo le permitían ver a Theodora como una silueta.

-Esmalte de uñas, perfume y sales de baño -dijo Theodora, como si enumerara las ciudades bañadas por el Nilo-. Y maquillaje.

Eleanor se echó a reír y cerró los ojos.

-Tú también lo necesitas -afirmó Theodora-. Cuando acabe contigo, serás una persona diferente. No me gusta codearme con mujeres pálidas. – Rió para demostrar que le estaba tomando el pelo y prosiguió-: Me parece que voy a ponerte esmalte rojo en las uñas de los pies.

Eleanor también rió y extendió su descalzo pie. Pasado un

minuto, notó el extraño toque frío del pincel en sus dedos y se estremeció.

-Sin duda una famosa cortesana como tú estará acostumbrada a los servicios de sus doncellas -dijo Theodora-. Tienes los pies sucios.

Eleanor se sentó y miró: sus pies sí estaban sucios y sus uñas, pintadas de rojo.

-Es horrible -le dijo a Theodora-. Humillante. – Se echó a reír al ver la expresión de Eleanor.

-Iré a lavarme los pies.

-¡Oh, Dios mío! – exclamó Theodora, sentada en el suelo junto a la cama, examinándose-. ¡Mira!, mis pies también están sucios.

-Da lo mismo -dijo Eleanor-. Me revienta que me hagan las cosas.

-Estás loca -aseguró Theodora alegremente.

-Mi madre…

-A tu madre le habría gustado verte con las uñas de los pies pintadas de rojo -le aseguró Theodora-. Quedan muy bonitas.

Eleanor volvió a mirarse los pies.

-¡Es horroroso! – exclamó-. Quiero decir que en mis pies queda horrible. Me da el aspecto de una tonta de remate.

-No acabas de distinguir entre la horripilación y la bobería -Theodora comenzó a recoger su instrumental-. Pero me da igual; yo no voy a quitártelo y las dos estaremos atentas para ver si el doctor y Luke se fijan en tus pies.

-Sea lo que sea lo que intentes decir, consigues que suene como una necedad -dijo Eleanor.

-O una perversidad. – Theodora la contempló con expresión grave-. Tengo la corazonada de que deberías irte a casa, Eleanor.

¿Se está riendo de mí?, se preguntó Eleanor. ¿Cree que no valgo para seguir aquí?

-No quiero irme -dijo, y Theodora volvió a mirarla fugazmente, y tocó suavemente los dedos de los pies de Eleanor.

-El esmalte está seco -anunció-. Vayamos a buscar a los otros.

4

Luke estaba recostado contra la pared de la antesala del primer piso, descansando su cabeza sobre el marco de oro de un grabado que representaba unas ruinas.

-No dejo de pensar en esta casa como en mi futura propiedad -dijo-. Más de lo que jamás había pensado; me digo continuamente que algún día me pertenecerá y me pregunto por qué. Si tuviera una pasión por las puertas, o por los relojes dorados o las miniaturas, si quisiera tener mi propio escondrijo oriental, probablemente consideraría Hill House tan cautivadora

como un cuento de hadas.

-Es una casa bonita -afirmó el doctor-. Cuando la construyeron debieron de considerarla elegante.

Se dirigió por el vestíbulo al gran cuarto del fondo, que en el pasado había sido la habitación de las niñas.

-Ahora -dijo- veremos la torre desde una ventana. – Al pasar por la puerta empezó a tiritar. Volvió la mirada con curiosidad-. ¿Será posible que haya una corriente al otro lado de esta puerta?

-¿Una corriente en Hill House? – se burló Theodora-. Imposible, a no ser que consigas mantener abierta una de sus puertas.

-Si no se lo creen, pasen por aquí de uno en uno -dijo Montague.

Theodora avanzó, haciendo una mueca al cruzar el umbral.

-Es como la entrada de una tumba -aseguró-. No obstante, dentro está bastante caliente.

Luke se adelantó, titubeó en el punto frío y se movió con rapidez para apartarse. Eleanor, que le seguía, notó con incredulidad un frío entre un paso y el siguiente; era igual que cruzar un muro de hielo, pensó, y le preguntó a Montague:

-¿Qué es esto?

-¡Puede usted quedarse con sus refugios orientales, muchacho! – dijo el doctor aplaudiendo con entusiasmo.

Alargó la mano hacia el punto frío.

-No hay quien explique esto -afirmó-. La esencia de una tumba, como bien señala Theodora. La temperatura del punto frío de la rectoría de Barley sólo baja once grados -prosiguió-. Yo diría que esto es bastante más frío. Aquí está el corazón de la casa.

Theodora y Eleanor se habían pegado una a la otra; a pesar de que el cuarto de las niñas estaba caldeado, olía a rancio y a cerrado y el frío que cruzaba el umbral casi podía tocarse como una barrera que hubiera que atravesar para salir. Al otro lado de las ventanas, la piedra gris de la torre se apretujaba contra la casa en el interior, la habitación estaba oscura y la hilera de animales que decoraba la pared, por alguna extraña razón, no resultaban alegres sino que parecían animales aprisionados, o quizá parientes de los ciervos moribundos de la sala de juegos. La habitación, más grande que los demás dormitorios, tenía un indefinible aire de abandono que no se hallaba en ningún otro lugar de Hill House, y a Eleanor le vino a la cabeza que ni siquiera el diligente cuidado de la señora Dudley la haría cruzar esa fría barrera más de lo necesario.

Luke había retrocedido, volviendo a atravesar el punto frío y

estaba examinando la alfombra de la antesala; continuó su examen con las paredes, palpando las superficies como si quisiera descubrir la causa de tan extraña frialdad.

-No es posible que sea una corriente -dijo mirando al doctor-. A no ser que tuvieran línea directa con el Polo Norte. Todo esto es sólido, sin embargo.

-Me pregunto quién dormiría en esta guardería -comentó el doctor-. ¿Cree que la cerrarían al marcharse las niñas?

-Mire -dijo Luke.

En ambas esquinas de la antesala había dos cabezas sonrientes; aparentemente, con la intención de alegrar la decoración de la entrada, no resultaban más festivas ni más despreocupadas que los animales del interior. Sus miradas, atrapadas perpetuamente en una risa distorsionada, se cruzaban en el mismo punto del salón en que se concentraba el frío.

-Si uno se queda quieto donde puedan mirarle -explicó Luke-, le dejan a uno helado.

Presa de la curiosidad, el doctor se reunió con Luke para contemplar lo que le indicaba.

-No nos dejen aquí solas -suplicó Theodora y salió corriendo del cuarto, llevando a Eleanor a rastras a través del frío-. Un lugar ideal para enfriar la cerveza -bromeó.

-Debo relatar esto con todo detalle -comentó el doctor.

-No me parece un frío neutral -dijo Eleanor, sin estar segura de lo que quería decir -. Me dio la sensación de que es un frío intencionado, como si alguien quisiera causarme una desagradable impresión.

-Me parece que las caras tienen la culpa -afirmó Montague estaba palpando el suelo-. Cinta métrica y termómetro -se dijo a sí mismo-, y tiza para trazar el contorno. ¿Se intensificará el frío de noche? – dirigiéndose a Eleanor aseguró:- Todo empeora si piensa que alguien la está mirando.

Luke cruzó la cortina de frío tiritando y cerró la puerta dando una especie de brinco, como si pensara que podría evitar el frío si no tocaba el suelo. Se reunió con los otros en la antesala. Una vez cerrada la puerta, advirtieron cuánto se había intensificado la oscuridad, lo que llevó a Theodora a sugerir con intranquilidad:

-Regresemos a nuestra salita del piso bajo; puedo sentir cómo esas colinas se nos echan encima.

-Las cinco pasadas -dijo Luke al doctor-. Hora del té. Supongo que esta noche volverá a fiarse de mí para preparar las bebidas.

-Demasiado vermut -censuró Montague, y los siguió volviendo la cabeza para observar la puerta.

-Propongo -dijo el doctor dejando su servilleta en el mantel- que nos llevemos el té a nuestra salita. Ese fuego me reconforta.

Theodora soltó una risita.

-La señora Dudley se ha ido; echemos a correr como diablos, abramos todas las puertas y tiremos todo lo que hay en las estanterías.

-La casa me resulta diferente cuando ella no está -afirmó Eleanor.

-Más vacía -asintió Luke, mirándola. Estaba colocando las tazas de café en una bandeja; el doctor ya se había puesto en acción y estaba abriendo y apuntalando las puertas-. Cada noche me doy cuenta súbitamente de que los cuatro estamos solos.

-La señora Dudley resulta graciosa si bien, como compañía, deja mucho que desear -dijo Eleanor mirando los restos de la cena-. Esa mujer me desagrada tanto como a cualquiera de ustedes, pero mi madre jamás me habría permitido levantarme de la mesa dejándola como estaba hasta el día siguiente.

-Si se marcha antes del ocaso tiene que quitar la mesa por la mañana -comentó Theodora-. Desde luego, yo no pienso hacerlo.

-No está bien levantarse de la mesa sin recogerla.

-No podrías colocar la vajilla en las estanterías adecuadas por más que lo intentases, y ella tendría que hacerlo de nuevo sólo para quitar las huellas de los dedos.

-Recogeré los platos y los pondré en remojo…

-No-dijo Theodora cogiéndola de la mano-. ¿Quieres ir sola a la cocina con todas esas puertas?

-En realidad no -contestó Eleanor soltando el puñado de tenedores que había cogido. Se detuvo a contemplar la mesa, las arrugadas servilletas y la gota de vino vertida en el sitio de Luke. Meneó la cabeza-. Pero no sé lo que diría mi madre.

-Vamos -dijo Theodora-. Nos han dejado las luces encendidas.

El fuego iluminaba la salita. Theodora se sentó junto a la bandeja del café mientras Luke sacaba el brandy del armario donde lo había guardado la noche anterior.

-Tenemos que animarnos -dijo-. Esta noche le desafío de nuevo, doctor.

Antes de la cena habían recorrido las otras estancias del piso bajo en busca de sillas cómodas y lámparas; ahora su saloncito era la estancia más agradable de la casa.

-Hill House se ha portado muy bien con nosotros -reconoció Theodora al entregarle a Eleanor su taza. Eleanor se sentó en una butaca mullida-. Eleanor no tiene que lavar los platos, la velada es agradable y la compañía muy buena y, quizá, el sol volverá a brillar mañana.

-Debemos organizamos -dijo Eleanor.

-Me voy a poner gorda y a volverme una vaga en Hill House -prosiguió Theodora, cuya insistencia a repetir el nombre de la casa molestaba a Eleanor.

Es como si lo pronunciara a propósito, pensó, para hacerle saber a la casa que conoce su nombre, llamándola para decirle dónde estamos.

-Hill House, Hill House -repitió Theodora con voz suave y le dirigió una sonrisa a Eleanor.

-Cuéntame -dijo Luke a Theodora-. Ya que eres una princesa, explícame la situación política de tu país.

-Muy inestable -respondió Theodora-. Huí porque mi padre, que es el rey, insiste en casarme con el pretendiente al trono. Yo, naturalmente, no puedo ni verlo, ya que luce un pendiente de oro y atiza a sus lacayos con una fusta.

-¡Qué país más inseguro! – exclamó Luke-. ¿Cómo lograste escabullirte?

-Me escapé en un carro de heno disfrazada de lechera. Nunca se les ocurrió buscarme ahí y crucé la frontera con papeles que falsifiqué yo misma en la choza de un leñador.

-Y ahora, como es de esperar, el pretendiente se apoderará del reino mediante un golpe de Estado.

-No te quepa la menor duda. ¡Que le aproveche!

Esto es como la espera en la consulta del dentista, pensó Eleanor mirándoles; como aguardar al dentista oyendo a los demás pacientes gastar bromas para darse ánimos, sabiendo que todos nos sentaremos en la silla tarde o temprano. Alzó la mirada repentinamente, dándose cuenta de que el doctor estaba junto a ella, y sonrió titubeante.

-¿Nerviosa? – le preguntó el doctor.

Eleanor asintió.

-Sólo porque no sé qué puede ocurrir -respondió.

-Tampoco yo lo sé. – El doctor arrimó una butaca y se sentó a su lado-. ¿Tienes la sensación de que algo va a suceder pronto?

-Sí. Todo parece estar esperando.

-Ellos -el doctor señaló con su cabeza a Theodora y Luke, que se estaban riendo- hacen frente a todo esto a su manera; me pregunto qué efecto causará en nosotros. Hace un mes habría asegurado que una situación como ésta, que nosotros cuatro estuviésemos aquí juntos, no sucedería jamás. – No dice el nombre de la casa, advirtió Eleanor-. He estado esperándolo mucho tiempo.

-¿Cree que hacemos bien en quedarnos?

-¿Que si hacemos bien? Me parece que somos tontos

permaneciendo aquí. Creo que un ambiente como éste puede descubrir las faltas, las debilidades y las tachas de cada uno y deshacernos en cuestión de días. Sólo tenemos una defensa y es salir corriendo. Al menos la casa no puede seguirnos, ¿verdad? Cuando nos sintamos en peligro, podemos huir igual que vinimos. Tan rápido como nos sea posible.

-Pero estamos prevenidos -dijo Eleanor-, y los cuatro estamos juntos.

-Ya les he mencionado esto a Luke y Theodora. Prométame que saldrá de aquí tan velozmente como pueda si empieza a tener la sensación de que la casa está dominándola.

-Lo prometo -dijo Eleanor sonriendo. Intenta infundirme valor, pensó y dio las gracias al doctor-. Pero todo está bien, de verdad.

-No dudaré en mandarla lejos de aquí si me parece necesario. ¡Luke! – llamó-. ¿Nos disculpan, señoritas?

Mientras disponían el tablero y las piezas del ajedrez, Theodora se paseaba por el cuarto, taza en mano. Contemplándola, Eleanor pensó: se mueve como un animal nervioso y alerta, no puede quedarse quieta mientras olfatee peligros en el aire; todos estamos intranquilos.

-Ven y siéntate a mi lado -le dijo.

Theodora se acercó, moviéndose con gracia. Se sentó en la butaca que el doctor había desocupado y apoyó la cabeza en el respaldo con aire cansado. ¡Qué fascinante es!, se dijo Eleanor, ¡cuan despreocupada y afortunadamente fascinadora!

-¿Estás cansada?

Theodora volvió la cabeza sonriendo.

-No puedo aguantar esta espera durante mucho más tiempo.

-Pensaba en lo relajada que pareces.

-Y yo estaba pensando cómo pude venir aquí. Probablemente siento nostalgia de casa.

-¿Ya?

-¿Alguna vez has pensado en que echarías de menos tu casa? Si tu casa fuera Hill House, ¿sentirías añoranza? ¿Llorarían aquellas dos niñas por su oscura y tenebrosa casa cuando las sacaron de aquí? Y tú, ¿echas de menos tu apartamento?

-Quizá -contestó Eleanor mirando el fuego- no lo haya tenido suficiente tiempo para considerarlo mío.

-Añoro mi propia cama. Tengo sueño -dijo Theodora.

Eleanor pensó: otra vez está malhumorada; cuando tiene ganas de comer o está cansada o aburrida se convierte en una niña.

-Son más de las once -observó Eleanor, y cuando se volvió a

contemplar la partida de ajedrez el doctor lanzó un alborozado grito de triunfo y Luke una carcajada.

-Y ahora, ¿qué, señor? – se jactaba el doctor.

-Derrotado en toda la línea, lo admito -contestó Luke. Comenzó a recoger las piezas y a meterlas en la caja-. ¿Hay alguna razón que me impida beber una copa de brandy? Para dormirme o para armarme de licor, digo de valor. La verdad -dijo sonriendo a Eleanor y Theodora- es que pienso quedarme levantado un rato, leyendo.

-¿Sigue usted leyendo *Pamela*? – preguntó Eleanor al doctor.

-Sí. En cuanto lo acabe, empezaré *Clarissa Harlowe.* Quizá a Luke le gustaría que le prestase…

-No, gracias -se apresuró a responder Luke-. Tengo una maleta llena de novelas de misterio.

El doctor se dio la vuelta para observar el cuarto.

-Déjenme ver -dijo-; el fuego con su rejilla, las luces apagadas; dejen las puertas abiertas para que la señora Dudley las cierre por la mañana.

Uno detrás de otro, ascendieron por la gran escalera apagando las luces a medida que avanzaban.

-A propósito, ¿tienen linterna? – preguntó el doctor, y todos asintieron, más interesados en dormir que preocupados por la oscuridad que los envolvía a medida que subían las escaleras de Hill House.

-Buenas noches a todos -musitó Eleanor, abriendo la puerta de la habitación azul.

-Buenas noches -replicó Luke.

-Buenas noches -dijo Theodora.

-Buenas noches -remató Montague-. Que duerman bien.

6

-¡Ya voy, madre, ya voy! – exclamó Eleanor, buscando a tientas la luz-. ¡Está bien, ya voy!

¡Eleanor!, oyó, *¡Eleanor!*

-¡Que ya voy! – repitió irritada-. Aguarda un minuto. Ya voy.

-¿Eleanor?

Entonces reparó, dominada por una horrible impresión que acabó de sacarla de la cama, que estaba en Hill House.

-¿Qué? – exclamó-. ¿Qué? ¿Theodora?

-¿Eleanor? Estoy aquí.

-Ya voy. – No había tiempo de encender la luz; apartó una mesa de su camino, sorprendiéndose del ruido que hizo, y se enzarzó brevemente con la puerta del cuarto de baño que comunicaba sus habitaciones. El cuarto de Theodora estaba iluminado y ella se hallaba sentada en la cama, con el cabello

revuelto y los ojos abiertos como platos por el susto de haberse despertado. Yo debo de tener el mismo aspecto, pensó Eleanor, y dijo:

-Aquí estoy. ¿Qué sucede? – Entonces oyó con claridad los sonidos que oía desde que se había despertado-. ¿Qué es eso? – susurró.

Se sentó a los pies de la cama de Theodora. Sólo es un ruido, se dijo, y hace un frío terrible. El sonido proviene del fondo del vestíbulo, cerca de la puerta de la habitación de las niñas, y es espantosamente helador; no es mi madre la que golpea la pared.

-Algo está llamando a las puertas -dijo Theodora.

-Y suena cerca del otro extremo del vestíbulo. Probablemente, Luke y el doctor ya estarán allí para ver qué sucede. – Esto no tiene nada que ver con los golpes de mi madre en la pared, pensó; otra vez estaba soñando.

-¡Bang!, ¡bang! – dijo Theodora.

-¡Bang! – repitió Eleanor y le entró una risa floja. Ya estoy calmada, se dijo, pero tengo frío… Ese ruido es sólo un golpeteo en las puertas. ¿De eso tenía tanto miedo? *Bang* es como mejor se describe; suena como algo que hacen los niños, no como los golpes de las madres en las paredes pidiendo ayuda, y en cualquier caso, el doctor y Luke están ahí. ¿Se referían a esto cuando hablaban de los escalofríos que te recorrían la espalda? No resulta nada agradable; empieza en el estómago y te recorre de arriba abajo una y otra vez como algo vivo-. Theodora -dijo al tiempo que cerraba los ojos, apretaba los dientes y se envolvía con sus propios brazos-, se está acercando.

-Sólo es un ruido. Un ruido que tiene eco.

Sonaba, pensó Eleanor, como un ruido hueco, igual que un golpe vacío, a la manera de alguien que estuviese golpeando las puertas con una cacerola de hierro o con una barra de metal. Durante un minuto aporreaba regularmente; después se volvía más suave y luego repetía la rápida ráfaga de golpes. Le pareció poder distinguir en la distancia las voces de Luke y el doctor, que llamaban desde algún lugar del piso inferior, y entonces cayó en la cuenta. Así pues, no están aquí arriba con nosotras. Y volvió a oír el hierro que se estrellaba contra una puerta muy próxima.

-Quizá siga avanzando por el otro lado del vestíbulo -susurró Theodora, y Eleanor pensó que lo más insólito de tan indescriptible experiencia era que Theodora también estuviera participando de ella-. ¡No! – gritó Theodora, al tiempo que se escuchó el estruendo en la puerta de enfrente de su cuarto. El golpe fue ensordecedor.

Eleanor corrió a apoyar las manos contra la puerta.

-¡Aléjate! – chilló fuera de sí-. ¡Aléjate!

Se hizo un completo silencio y Eleanor, con la cara apoyada contra la puerta, pensó: Ahora sí la he hecho buena; estaba buscando un cuarto en el que hubiera alguien.

El frío llegó arrastrándose e inundó el dormitorio. Cualquiera habría pensado que los habitantes de Hill House dormían plácidamente, pero repentinamente se oyó el castañeteo de los dientes de Theodora. Eleanor rompió a reír.

-¡Qué niñata! – exclamó.

-Tengo frío. Me muero de frío.

-Igual que yo. – Eleanor cogió el edredón verde y se lo echó a Theodora sobre los hombros y ella se puso la bata de su amiga.

-¿Dónde está Luke? ¿Y el doctor?

-No lo sé. ¿Tienes menos frío?

-No -contestó tiritando Theodora.

-Saldré al vestíbulo y los llamaré; ¿estás…?

Volvió a empezar como si hubiera estado escuchando, aguardando a oír sus voces y lo que decían, a identificarlas, a saber cuan preparadas estaban para defenderse de él, esperando oír si tenían miedo. Fue todo tan súbito que Eleanor volvió a la cama de un brinco y Theodora se quedó boquiabierta y soltó un grito. El férreo mazazo se abatió sobre su puerta y las dos alzaron la mirada, despavoridas, porque el martilleo se producía contra el borde superior de la puerta, más arriba de lo que cualquiera de ellas, o Luke o el doctor, pudieran alcanzar, y un nauseabundo y abominable frío penetró a raudales, nacido de lo que fuera que se encontrase al otro lado de la puerta.

Eleanor se quedó paralizada y miró hacia la puerta. No sabía muy bien qué hacer, aunque creía estar pensando de forma coherente y no sentía un miedo insoportable; a buen seguro no estaba más asustada de lo que se había imaginado que llegaría a estar en sus peores sueños. El frío la desasosegaba más que los sonidos; hasta la bata de Thecodora resultaba ineficaz contra las ondulaciones de los gélidos dedos que recorrían su espalda. Quizá lo inteligente hubiera sido dirigirse a la puerta y abrirla; eso a lo mejor encajaba con la idea que tenía el doctor de la investigación científicamente pura. Eleanor sabía que, aun en caso de que sus pies la llevasen hasta la puerta, su mano no podría levantarse hasta el pomo; se dijo que ninguna mano tocaría ese pomo; las manos no están hechas para eso, reflexionó. A cada golpetazo que recibía la puerta, ésta retrocedía ligeramente, mas ahora se detuvo ya que el ruido se desvanecía.

-Voy a quejarme de los radiadores al portero -dijo Theodora a sus espaldas-. ¿Está parándose?

-No -contestó Eleanor con voz demudada-. No.

Las había encontrado. Ya que Eleanor no había querido abrir la puerta, se abriría camino por sus propios medios. Dijo:

-Ahora sé por qué grita la gente, porque me parece que voy a chillar.

-Si tú lo haces, yo también -aseguró Theodora riendo de tal modo, que su compañera regresó rápidamente a la cama y ambas se abrazaron en silencio.

Ligeros golpecitos se oían en el marco de la puerta, suaves sonidos de búsqueda que tanteaban los límites de la puerta intentando colarse dentro. Lo que estuviera ahí fuera tentó el pomo; Eleanor preguntó en un cuchicheo:

-¿Has cerrado con llave?

Theodora asintió y acto seguido, con expresión demudada, dirigió la mirada hacia la puerta del cuarto de baño que comunicaba ambas habitaciones.

-La mía también tiene echada la llave -le murmuró Eleanor al oído y Theodora cerró los ojos, aliviada.

Los suaves sonidos recorrían el marco de la puerta como si estuvieran pegados a él y luego, como si una furia se hubiese adueñado de lo que merodease por ahí fuera, se reanudó el estrépito. Eleanor y Theodora pudieron ver cómo la madera de la puerta temblaba, intentando la puerta misma salirse de sus goznes.

-¡No puedes entrar! – gritó Eleanor, y de nuevo se hizo el silencio, como si la casa hubiera escuchado sus palabras, entendiéndolas, mostrándose cínicamente conforme con esperar.

Una sosegada risita se dejó oír en medio de un soplo de aire que atravesó el dormitorio, una loca risilla creciente, el casi imperceptible susurro de un carcajeo. Eleanor sintió cómo le bajaba por la espalda la ligera risotada de malévolo regocijo que se movía por la casa, y en ese momento oyó al doctor y a Luke llamarlas desde las escaleras, con lo que todo, venturosamente, acabó.

Cuando reinó un verdadero silencio, Eleanor respiró hondo y empezó a moverse con torpeza.

-Nos hemos agarrado la una a la otra como si fuéramos dos niñas perdidas -dijo Theodora, apartando sus brazos del cuello de Eleanor-. Te has puesto mi albornoz.

-Se me olvidó coger el mío. ¿Ha acabado ya todo?

-Por esta noche, al menos -afirmó Theodora con seguridad-. ¿No te das cuenta? ¿No vuelves a sentir calor?

El frío había desaparecido, sin dejar más resto que un ligero temblor en la espalda de Eleanor cuando fijó su mirada en la

puerta. Comenzó a tirar del apretado nudo que había hecho en el cinturón del albornoz y explicó:

-Sentir un intenso frío es síntoma de un *shock*.

-Un intenso *shock* es uno de los síntomas que presento -repuso Theodora-. Aquí llegan Luke y el doctor.

Sus voces se oían en el vestíbulo; hablaban rápida y ansiosamente. Eleanor colocó la bata de Theodora sobre la cama y dijo:

-¡Por el amor de Dios, no les dejes llamar a esa puerta! Un golpe más acabaría conmigo. – Y salió corriendo hacia su dormitorio para coger su propia bata.

A sus espaldas oyó a Theodora diciéndoles que esperasen un minuto, yendo luego a abrirles la puerta; escuchó luego la voz de Luke que decía desenfadadamente a Theodora:

-Cualquiera diría que has visto un fantasma.

Cuando Eleanor regresó, se dio cuenta de que Luke y Montague estaban vestidos y se le ocurrió sensato hacer lo propio a partir de entonces; si el intenso frío volvía de noche, encontraría a Eleanor en la cama embutida en un pijama de lana y un jersey grueso, y le daba exactamente igual lo que la señora Dudley fuera a decir cuando se enterase de que por lo menos una de las invitadas se acostaba en una de las camas limpias con ropa de lana.

-¡Bueno! – gritó-. ¿Qué les parece, caballeros, esto de vivir en una casa embrujada?

-Magnífico -reconoció Luke-. No tengo queja. Es una buena excusa para echar un trago en mitad de la noche.

Había traído la botella de brandy y unos vasos; Eleanor pensó que los cuatro, sentados en el cuarto de Theodora, bebiendo brandy de mañana debían de parecer un grupo muy amigable. Hablaban despreocupadamente, lanzándose rápidas miradas, curiosas y disimuladas, imaginando cada uno de ellos qué terror secreto de los demás habría salido a la luz, qué cambios delatarían sus caras y sus gestos, qué debilidad desprotegida podría haber abierto el camino a la perdición.

-¿Ocurrió algo aquí mientras nosotros estábamos fuera? – preguntó el doctor.

Las dos mujeres se miraron y prorrumpieron en una carcajada, desprovista de todo rastro de histeria o miedo. Transcurridos unos instantes, dijo Theodora, muy circunspecta:

-Nada de particular. Alguien llamó a la puerta con una bala de cañón y luego intentó entrar y devorarnos, y como no abrimos, se descoyuntó de la risa. Nada que llame la atención.

Eleanor se dirigió a la puerta y la abrió con curiosidad.

-Llegué a pensar que la puerta entera iba a hacerse añicos aseguró perpleja-, y ni siquiera hay un arañazo en la madera ni en ninguna otra puerta. Todas están perfectamente.

-Es un detalle que no se hayan cargado la carpintería -aprobó Theodora, sirviéndole a Luke una copa de brandy-. No podría soportar que esta pobre y querida casona sufriera el menor daño. Eleanor estaba a punto de gritar -dijo sonriéndole.

-Y tú también.

-De eso nada; sólo lo dije para reconfortarte. Además, la señora Dudley había dicho ya que no pensaba venir. Pero ¿dónde andaban ustedes, nuestros varoniles defensores?

-Estábamos persiguiendo un perro -respondió Luke-. O lo que parecía un perro. – Hizo una pausa-. Lo seguimos hasta el exterior.

-¿Quieres decir que estaba dentro? – preguntó Eleanor, mientras Theodora se quedaba mirando.

-Lo vi pasar corriendo delante de mi puerta -afirmó Montague-, pero sólo alcancé a verlo un instante, cuando se escabullía. Desperté a Luke y lo seguimos escaleras abajo hasta llegar al jardín y lo perdimos en algún lugar detrás de la casa.

-¿Estaba abierta la puerta principal?

-No -contestó Luke-. Cerrada, igual que todas las demás. Lo comprobamos.

-Hemos estado deambulando un buen rato -dijo el doctor-. Ni en sueños imaginábamos que estuvieran despiertas hasta que escuchamos sus voces. Hay una cosa que no hemos tomado en consideración.

Todos lo miraron y él lo explicó, contemplándose los dedos en actitud de conferenciante.

-Primero: Luke y yo fuimos despertados antes que ustedes, señoritas, sin duda alguna; hemos andado de arriba abajo, por dentro y por fuera, durante más de dos horas, arrastrados hacia lo que quizá me permitan calificar de empresa quimérica.

»En segundo lugar, ninguno de nosotros -miró a Luke- escuchó sonido alguno hasta que comenzaron sus voces. Todo se hallaba perfectamente tranquilo. Es decir que el sonido que aporreaba su puerta resultaba inaudible para nosotros. Cuando abandonamos nuestra vigilia y decidimos venir aquí arriba, aparentemente espantamos lo que quiera que estuviese tras su puerta. Ahora, sentados aquí, todo está en calma.

-Sigo sin entender lo que quiere decir -afirmó Theodora frunciendo el ceño.

-Que debemos tomar precauciones.

-¿Contra qué? ¿Cómo?

-Si a Luke y a mí nos hacen salir y ustedes dos quedan aquí aprisionadas, ¿no les sugiere eso que algo o alguien tiene la intención de separarnos?

V

1

Contemplándose en el espejo, con la radiante luz de la mañana reavivando hasta el cuarto azul de Hill House, Eleanor pensó que ésa era su segunda mañana en la casa y que se sentía indeciblemente feliz.

Los viajes acaban en reuniones de amantes, pensó, he pasado una noche prácticamente en vela, he contado mentiras, me he puesto en ridículo y el mismo aire que respiro me sabe dulce. Me he llevado un susto que por poco me mata, pero sin saber cómo me ha ganado esta alegría; ¡llevaba esperándola tanto tiempo!

Abandonando su convicción de que nombrar la felicidad es hacer que desaparezca, se sonrió en el espejo y se dijo silenciosamente: Eres feliz, Eleanor, por fin te ha tocado tu ración de felicidad. De nuevo le vino a la mente la canción de siempre: «Los viajes acaban en reuniones de enamorados.»

-¿Luke? – llamó Theodora desde el vestíbulo-. Anoche me birlaste una de mis medias; eres un truhán y espero que la señora Dudley pueda oírme.

Eleanor oyó débilmente a Luke protestando que un caballero tenía derecho a conservar los presentes que una dama le hubiera otorgado y que estaba seguro de que la señora Dudley podía oír cada palabra.

-¿Eleanor? – Theodora llamaba a la puerta de comunicación-. ¿Estás despierta? ¿Puedo pasar?

-Pasa -dijo Eleanor, mirándose en el espejo. Te lo mereces, se dijo, te has pasado la vida ganándotelo.

Theodora abrió la puerta y dijo con tono jubiloso:

-¡Qué guapa estás esta mañana, querida! Esta vida tan curiosa te sienta muy bien.

Eleanor le devolvió la sonrisa; también esa vida le sentaba ostensiblemente bien a Theodora.

-Lo normal sería que anduviéramos por ahí con ojeras y aspecto de desesperación -dijo Theodora, rodeándola con un brazo y mirándose en el espejo junto a ella-. Y míranos: hechas dos pimpollos.

-Yo tengo treinta y cuatro años -dijo Eleanor, preguntándose qué oscuro desafío la había llevado a añadirse dos años.

-Pero representas unos catorce -repuso Theodora-. Ven conmigo; nos hemos ganado el desayuno.

Entre risas, bajaron corriendo la gran escalera y lograron

encontrar el camino que llevaba al comedor atravesando la sala de juegos.

-¡Buenos días! – exclamó Luke con vivacidad-. ¿Cómo habéis dormido?

-Primorosamente, gracias -respondió Eleanor-. Como unas niñas.

-Puede que haya habido un poco de escándalo -añadió Theodora-, pero eso es de esperar en estas viejas casas. Doctor, ¿qué vamos a hacer esta mañana?

-¿Qué? – dijo el doctor alzando la mirada. Él era el único que tenía aspecto de cansado, pero sus ojos estaban iluminados por la misma brillantez que todos veían en los demás.

Será la excitación, pensó Eleanor; todos estamos disfrutando.

-Ballechin House -dijo el doctor saboreando las palabras-. Vicaría de Borley. Castillo de Glamis. Es increíble encontrarse experimentándolo en persona, absolutamente increíble. No podía habérmelo imaginado. Empiezo a comprender el distante gozo de una auténtica médium. Tomaré un poco de mermelada, gracias. Mi mujer no me creerá. La comida tiene un sabor nuevo, ¿no les parece?

-Entonces, no es que simplemente la señora Dudley se haya superado a sí misma. Yo también estaba preguntándomelo -comentó Luke.

-He estado tratando de recordar -intervino Eleanor-. me refiero a la noche pasada. Era consciente de que estaba asustada, pero no recuerdo cómo era de verdad estar asustada…

-Yo me acuerdo del frío -observó Theodora, echándose a tiritar.

-Me parece que es debido a que todo estaba muy lejos de las pautas mentales a las que estoy acostumbrada; quiero decir que no tenía sentido alguno -Eleanor se detuvo y rió avergonzada.

-Estoy de acuerdo -terció Luke-. Esta mañana me he sorprendido explicándome a mí mismo lo que sucedió anoche. Era como el reverso de un mal sueño, para ser exactos, en el que uno se dice sin cesar que en realidad no sucedió.

-A mí me pareció emocionante -apuntó Theodora.

El doctor levantó un dedo:

-Sigue siendo perfectamente posible que todo fuera ocasionado por aguas subterráneas.

-En tal caso, deberían de construir más casas encima de esas aguas -replicó Theodora, recibiendo una mirada reprobatoria del doctor.

-Todo este frenesí me intranquiliza -dijo éste-. Sin duda resulta embriagante, pero puede resultar igualmente peligroso.

¿Y el efecto de la atmósfera que se respira en Hill House? ¿Será éste el primer indicio de que estamos, por decirlo así, hechizados?

-Si es así, yo seré una princesa encantada -repuso Theodora.

-Sin embargo -afirmó Luke-, si la noche pasada Hill House dio su verdadera medida, no vamos a sufrir grandes molestias; no cabe duda de que nos asustamos ni de que, mientras duró, encontramos la experiencia desagradable; mas, a pesar de todo, no recuerdo haber sentido ningún peligro físico; ni siquiera Theodora, cuando contaba que lo que estaba al otro lado de la puerta quería comérsela, llegó a expresar…

-Sé lo que ella quería decir -interrumpió Eleanor-. Esa cosa que quería meternos en su interior, convertirnos en parte de la casa… ¡Vaya!; creía saber lo que estaba diciendo, pero me estoy explicando muy mal.

-No corremos ningún peligro físico -sentenció Montague-. En todas las historias de fantasmas, jamás un aparecido ha dañado físicamente a nadie. El único perjuicio es el que la víctima se causa a sí misma. Ni siquiera puede uno asegurar que los fantasmas ataquen la mente, ya que la conciencia es invulnerable; en cada una de nuestras conciencias, ahora que estamos sentados y hablando, no existe la menor fe en los fantasmas. Ninguno de los presentes, ni aun después de la pasada noche, puede pronunciar la palabra «fantasma» sin que se le escape una sonrisilla.

»No; la amenaza de lo sobrenatural consiste en que ataca las mentes modernas cuando están más debilitadas, cuando hemos abandonado nuestra protectora coraza de racionalidad y no nos queda ninguna defensa. Ninguno de nosotros cree, racionalmente, que lo que corría anoche por el jardín fuera un fantasma, ni que lo que aporreaba la puerta fuese un espíritu, pero sin duda algo estaba ocurriendo y el refugio instintivo de la mente, la incredulidad, queda descartado. No podemos afirmar «Era mi imaginación» porque otras personas también lo percibieron.

-Yo podría decir -intervino Eleanor sonriendo- que ustedes tres están en mi imaginación y que nada de esto es real.

-Si de verdad creyera eso -dijo el doctor gravemente-, la echaría de Hill House esta misma mañana. Estaría usted corriendo un riesgo, demasiado próxima al estado mental que acogería los peligros de Hill House con una especie de abrazo fraternal.

-Lo que quiere decir, querida, es que pensaría que estabas majara perdida.

-¡Bueno! – repuso Eleanor-. No me extrañaría. De tener que tomar partido a favor de Hill House contra el resto de vosotros, preferiría que me echasen de aquí. – ¿Por qué yo?, se preguntó, ¿por qué yo? ¿Acaso soy la conciencia pública? ¿Se espera siempre de mí que lo diga todo fríamente? ¿Suponen que soy la más débil, más que Theodora? Pero sin duda soy la que menos probabilidades tiene de volverse contra los demás.

-Los duendes son otra cosa -explicó Montague, fijando su mirada en Eleanor-. Su campo de acción es exclusivamente el mundo físico; tiran piedras, mueven objetos, rompen platos. La señora Foyster, de la vicaría de Borley, los padeció durante mucho tiempo, pero finalmente acabó perdiendo los nervios cuando su mejor tetera salió volando por la ventana.

»Pese a todo, los duendes son lo más bajo de la escala social del otro mundo; son destructivos, pero carecen de inteligencia y voluntad; son una fuerza ciega. ¿Recuerdan ustedes -preguntó con una leve sonrisa- el magnífico relato de Oscar Wilde *El fantasma de Canterville*?

-Los gemelos americanos que derrotaron al distinguido fantasma inglés -recordó Theodora.

-Exactamente. Siempre me ha atraído la idea de que los gemelos americanos fuesen en realidad un fenómeno espectral; algunos espectros, o duendes, pueden eclipsar algunas manifestaciones más interesantes. Los malos fantasmas expulsan a los buenos -añadió-. También ahuyentan todo lo demás. En Escocia hay una casa solariega infestada de duendes, donde en un solo día han llegado a encenderse espontáneamente hasta diecisiete hogueras; a los duendes les gusta sacar violentamente a las personas de la cama volcándolas patas arriba. Recuerdo el caso de un clérigo que fue obligado a abandonar su casa porque le atormentaba un duende que le arrojaba a la cabeza libros robados de una iglesia rival.

La risa surgió dentro de Eleanor; tuvo ganas de correr a la cabecera de la mesa y abrazar al doctor, echarse a rodar cantando a lo largo del césped, le apetecía gritar y canturrear y agitar los brazos y moverse por las habitaciones de Hill House describiendo círculos amplios y pomposos, tomando posesión de todo. Aquí estoy, aquí estoy, pensó.

Cerró los ojos con deleite, y dijo a Montague con voz infantil:

-¿Qué vamos a hacer hoy?

-Siguen ustedes siendo una pandilla de niños -dijo el doctor devolviéndole la sonrisa-. Siempre me preguntan qué vamios a hacer hoy. ¿No son capaces de divertirse con sus juguetes o con ustedes mismos? A mí me espera trabajo.

-Lo que me gustaría hacer -Theodora dejó escapar una risilla nerviosa- es deslizarme por la barandilla de la escalera.

Una excitada alegría se había apoderado de ella y de Eleanor.

-¿Qué tal jugar al escondite? – propuso Luke.

-Intenten no vagabundear, solos demasiado -advirtió el doctor-. No se me ocurre ninguna razón concreta para no hacerlo, pero no me parece sensato.

-Porque los osos merodean en el bosque -sugirió Theodora.

-Y porque hay tigres en el ático-; añadió Eleanor.

-Y porque en la torre habita una vieja bruja y un dragón en el salón.

-Hablo en serio -aseguró el doctor sin poder contener la risa.

-Son las diez en punto. Quito…

-¡Buenos días, señora Dudley! – saludó el doctor con voz seria, y al punto Eleanor, Theodora y Luke se arrellanaron en sus sillas y prorrumpieron en una carcajada estentórea.

-A las diez en punto quito la mesa -dijo la mujer.

-No la entretendremos mucho. Concédanos unos quince minutos, por favor; luego podrá retirar el servicio.

-Yo retiro el desayuno a las diez en punto, a la una sirvo la comida. La cena estará puesta a las seis. Ahora son las diez en punto.

-Señora Dudley -repuso el doctor con severidad, pero, reparando en la cara de Luke, tensa por culpa de una risa sofocada, alzó la servilleta para taparse los ojos y dijo-: Puede usted quitar la mesa, señora Dudley.

Acompañados en su recorrido a través de las estancias de Hill House por el eco de sus risas, llegaron a las estatuas de mármol del salón, subieron a la habitación de las niñas y luego hasta el extraño altillo que conducía a la torre. Después avanzaron, jubilosos, por el pasillo hasta llegar a su salita, donde se dejaron caer en las butacas.

-No debemos tomarle el pelo a la señora Dudley – dijo Montague, y apenas pudo sofocar la risa.

Las risas continuaron durante un rato, pronunciando de vez en cuando frases inacabadas con las que intentaban decirse algo sin poder hacer más que señalarse mutuamente, fuera de si. Sus carcajadas sacudieron Hill House hasta que, agotados, se recostaron en los sillones y se miraron unos a otros.

-Ahora… -empezó el doctor, pero le interrumpió otro estallido de risa de Theodora -. Ahora -insistió Montague en un tono más severo- quiero más café. ¿No les apetece a todos?

-¿Pretende usted volver allí y pedírselo a la señora Dudley? – preguntó Eleanor.

-¿Se atreverá a acercársele cuando no son la una ni las seis en punto, y pedirle café como si tal cosa? – se sorprendió Theodora.

-En efecto -respondió el doctor-. Luke, querido muchacho, vengo observando que es usted una especie de favorito de la señora Dudley…

-¿Y cómo ha conseguido darse cuenta de algo tan improbable? – inquirió Luke, presa del asombro-. La señora Dudley me honra con el mismo desprecio con que distingue a un plato que no esté bien colocado en el estante; a los ojos de la cocinera…

-Al fin y al cabo, es usted el heredero de la casa -dijo el doctor-. La señora Dudley sentirá hacia usted lo mismo que un viejo criado siente hacia el joven amo.

-A los ojos de la señora Dudley, he caído más bajo que el suelo. Si está usted pensando en pedirle algo a esa vieja mentecata, le sugiero que mande a Theo o a nuestra encantadora Eleanor. Ellas no tienen miedo…

-De ninguna manera -dijo Theodora-. No será usted capaz de enviar a una mujer desamparada a enfrentarse con la señora Dudley. Eleanor y yo estamos aquí para que nos protejan, no para estar en la línea de fuego, cobardicas.

-Pero el doctor…

-Venga ya -dijo Montague-. Sin duda no se les estará ocurriendo pedírmelo a mí, una persona mayor. Además, usted sabe que ella le adora.

-¡Vaya por Dios! – exclamó Luke-. ¡Quiere sacrificarme por una taza de café! No se sorprenda si pierde a su Luke en esta proesa; quizá la señora Dudley no se haya tomado todavía su piscolabis de media mañana y sea perfectamente capaz de cocinar un *filet de Luke a la méuniere,* o quizá *a la dieppoise,* según se encuentre de humor. Si no vuelvo -y agitó un dedo a modo de advertencia ante la nariz del doctor-, le exhorto a que contemple su almuerzo con la más grave de las sospechas.

Con una extravagante inclinación de la cabeza, como la que correspondería a quien saliera a matar a un gigante, salió y cerró la puerta.

-¡Qué encanto es Luke! – exclamó Theodora estirándose voluptuosamente.

-Y qué encanto es Hill House -añadió Eleanor-. Theo, en el jardín lateral hay una especie de cenador cubierto de hiedra. Podríamos explorarlo esta mañana.

-Excelente -asintió Theodora-. No quisiera dejar ni un centímetro de Hill House sin conocer. Además, hace un día espléndido.

-Le preguntaremos a Luke si quiere acompañarnos -dijo

Eleanor-. ¿Y usted, doctor?

-Mis notas… -comenzó a decir Montague, pero se detuvo al abrirse la puerta de forma repentina.

Eleanor pensó que Luke no se había atrevido a enfrentarse a la señora Dudley y se había quedado detrás de la puerta.

-¿Luke? – preguntó.

-Está bien. – Luke hasta sonreía-. Por favor, vengan al pasillo largo.

Inquietos por el tono de su voz y su sonrisa, se levantaron en silencio y se dirigieron al largo y oscuro pasillo que conducía al vestíbulo de entrada.

-Aquí -dijo Luke, y un ligero escalofrío recorrió a Eleanor cuando vio que su amigo sostenía una cerilla encendida junto a la pared.

-¿Es… escritura? – preguntó Eleanor, aproximándose para ver.

-Exacto -afirmó Luke-. No la vi hasta que volvía. La señora Dudley dijo que no -añadió con voz tensa.

-Mi linterna. – El doctor la sacó del bolsillo y a su luz, a medida que se movía de un extremo a otro del vestíbulo, las letras se iban distinguiendo claramente.

-Tiza -dijo el doctor, adelantándose para tocar una letra con la yema del dedo-. Está escrito con tiza.

El aspecto de la inscripción se asemejaba, pensó Eleanor, al que tendría un letrero garabateado por unos gamberros en una valla -Las letras iban de un extremo al otro del pasillo, casi demasiado grandes para ser leídas, aun apoyándose en la pared opuesta.

-¿Puede usted leerlo? – preguntó Luke en voz baja.

Montague, moviendo la linterna, leyó lentamente: «Ayudad a Eleanor a volver a casa.»

-¡No! – exclamó Eleanor con un nudo en la garganta. Soy yo, pensó. Es mi nombre el que destaca tan claramente; yo no debería estar en las paredes de esta casa-. Bórrelo, por favor. suplicó, sintiendo al mismo tiempo que el brazo de Theodora le rodeaba los hombros-. Es una locura -dijo desconcertada.

-Locura es la palabra adecuada, sin duda -afirmó Theodora-. Volvamos al cuartito y sentémonos. Luke traerá algo y lo borrará.

-Pero es una locura… -insistió Eleanor, inclinándose para leer su nombre-. ¿Por qué…?

Con mano firme, el doctor la acompañó al saloncito mientras Luke intentaba borrar el mensaje con su pañuelo.

-Ahora, escúcheme -dijo Montague a Eleanor-. Sólo porque su nombre…

-¡Eso es! – repuso ella-. Conoce mi nombre.

-¿Quieres callarte? – intervino Theodora zarandeándola-. Podría haber nombrado a cualquiera de nosotros; conoce todos nuestros nombres.

-¿Lo escribiste tú? – le preguntó Eleanor-. Dímelo, por favor; no me enfadaré, sólo quiero saberlo. ¿Era una broma? ¿Querías asustarme?

-Usted sabe que ninguno de nosotros lo escribió -terció Montague.

Luke entró limpiándose las manos con el pañuelo y Eleanor se volvió hacia él, esperanzada:

-Lo escribiste tú, ¿verdad? ¿Fue cuando saliste?

Luke se la quedó mirando y acto seguido fue a sentarse en el brazo de su butaca.

-Escucha -le dijo-, ¿quieres que vaya por ahí escribiendo tu nombre por todas partes? ¿Te gustaría que grabase tus iniciales en los árboles o que escribiese «Eleanor, Eleanor» en pedacitos de papel: No estoy tan chiflado.

-Entonces, ¿por qué yo? – preguntó ella, mirándoles de uno en uno. No soy de los suyos, pensó, yo soy la elegida. Y añadió rápidamente y con voz suplicante-: ¿He hecho algo que atraiga la atención sobre mí?

-Nada fuera de lo normal, querida -le aseguró Theodora. Estaba de pie junto a la chimenea, inclinada sobre la repisa, tamborileando con sus dedos-. A lo mejor lo has escrito tú misma.

Eleanor casi gritó:

-¿Crees que me gusta ver mi nombre pintarrajeado en esta asquerosa casa? ¿Imaginas que me interesa ser el centro de atención? Yo no soy una niña mimada, después de todo… No me gusta que me señalen…

-¿Os habéis dado cuenta de que pedía ayuda? – observó Theodora-. Puede que el espíritu de la pobre dama de compañía haya encontrado por fin un medio para comunicarse. Quizá sólo estuviera aguardando a alguien tímido y reservado…

-Quizá se dirigió a mí porque ninguna petición de ayuda atravesaría ese férreo egoísmo tuyo; a lo mejor yo ofrezco más simpatía y comprensión en un minuto que…

-Tal vez lo escribiste tú misma -insistió Theodora.

Como suelen hacer los hombres que ven discutir a las mujeres, el doctor y Luke se habían refugiado, de pie y juntos, en un recatado silencio.

Luke finalmente habló:

-¡Basta ya, Eleanor!

Eleanor giró en redondo dando una patada al suelo. – ¿ Cómo te atreves? – exclamó jadeante-. ¿ Cómo te atreves a gritarme?

Montague rompió a reír y ella clavó la mirada en él y luego en Luke, que estaba sonriendo mientras la contemplaba. ¿Qué me sucede?, reflexionó. Ellos creen que Theodora lo hizo a propósito, que sacándome de quicio no sentiría miedo; qué vergüenza que jueguen conmigo de esta manera. Se cubrió la cara y se dejó caer en la butaca.

-Querida Eleanor -dijo Theodora-, lo siento.

Debo decir algo, pensó ella; tengo que demostrarles que se aguantar una broma, que soy buena perdedora. He de lograr que crean que estoy avergonzada de mi conducta.

-Lo siento -dijo-. Estaba asustada.

-¡Y cómo no iba a estarlo! – replicó el doctor.

Eleanor se dijo: ¡Qué simple es! Se traga cualquier tontería que oye. Hasta se ha creído que Theodora me quitó la histeria con un susto. Le dirigió una sonrisa y pensó: Ya he vuelto al redil.

-Creí que ibas a empezar a soltar alaridos -dijo Theodora, yendo a arrodillarse junto a la butaca de Eleanor-. Yo, en tu lugar, habría sacudido la casa a gritos. Pero no podemos permitir que te desmorones, bien lo sabes.

Lo que no puedes tolerar es que nadie te robe el protagonismo, se dijo Eleanor. Extendió la mano, le dio a Theodora un golpecito en la cabeza y dijo:

-Gracias. Supongo que perdí la compostura durante un minuto.

-No estaba muy seguro de que no fuerais a enzarzaros a golpes -afirmó Luke-, hasta que comprendí lo que estaba haciendo Theodora.

Bajando su mirada hasta los felices ojos de Theodora, Eleanor sonrió al tiempo que pensaba: Pero si no era eso lo que estaba haciendo Theodora.

2

El tiempo transcurría perezosamente en Hill House. Eleanor, Theodora, el doctor y Luke, puestos en guardia contra el miedo, rodeados por las frondosas colinas y aparentemente a salvo de todo peligro dentro del austero confort de la casa, disfrutaron de un día y una noche tranquilos, lo suficiente para distenderse un poco. Comieron juntos los exquisitos platos de la señora Dudley. Conversaron y jugaron al ajedrez; el doctor acabó *Pamela* y empezó *Sir Charles Grandison.* Cierta necesidad de soledad los llevó a pasar algunas horas recluidos en sus respectivas habitaciones sin que nada los molestase. Theodora y Luke exploraron los enmarañados arbustos de detrás de la casa y encontraron el pequeño cenador, mientras que Montague se

sentó en el amplio parterre, escribiendo donde todos pudieran verle y oírle.

Detrás de un muro encontraron una rosaleda oculta por la maleza, y una huerta cuidadosamente cultivada por los Dudley Hablaban de organizar el picnic a orillas del arroyo. Cerca del cenador crecían fresas silvestres, con las que Theodora, Eleanor y Luke llenaron un pañuelo, volviendo a tenderse en el césped junto al doctor para comérselas manchándose las manos y la boca. «Igual que niños», les dijo el doctor, levantando divertido la vista de sus notas. Cada uno había escrito una somera relación de lo que creían haber visto y oído en Hill House hasta entonces, y el doctor había guardado los papeles en su maletín. A la mañana siguiente, la tercera que pasaban en Hill House, Montague, ayudado por Luke, pasó una hora trabajando en el suelo del vestíbulo del primer piso, intentando determinar con tiza y cinta métrica las dimensiones exactas del punto frío, mientras que Eleanor y Theodora se sentaron a la manera de los indios a su alrededor, anotando las mediciones del doctor.

La labor de Montague resultó entorpecida por el frío extremo que helaba sus manos y le impedía sostener la tiza más de un minuto.

Luke, al otro lado del umbral, sujetaba un extremo de la cinta hasta que sus manos alcanzaban el punto frío *y* entonces sus dedos perdían fuerza y se veía obligado a soltarla. Un termómetro puesto en el centro del punto frío no consiguió registrar variación alguna; por el contrario, siguió indicando tercamente que la temperatura era la misma que la del resto del vestíbulo, inspirando al doctor una serie de improperios contra, los datos de la vicaría de Borley, que habían registrado un descenso de once grados. Una vez hubo delimitado el punto frío tan bien como le fue posible y anotado los resultados, los llevó a todos a la planta baja para almorzar y los invitó a jugar al croquet al fresco de la tarde.

-No me parece sensato -les explicó- pasar una tarde tan espléndida como ésta contemplando un punto frío en el suelo. Debemos pasar más tiempo fuera… -Y se quedó ligeramente sorprendido cuando los otros se echaron a reír.

-¿Todavía queda mundo en algún lugar? – bromeó Eleanor. Para postre, la señora Dudley había hecho una tarta de melocotón y, mientras la contemplaba en su plato, Eleanor añadió--: Estoy segura de que la señora Dudley va a alguna parte por las noches y regresa cada mañana con nata, y de que Dudley sube cada tarde con comestibles, pero no logro recordar ninguna tienda por los alrededores.

-Nos encontramos en una isla desierta -dijo Luke. – Ya no puedo imaginarme un mundo diferente de Hill House -aseguró Eleanor.

-Quizá -intervino Theodora- deberíamos hacer muescas en un palo o amontonar pedruscos, uno cada día, para saber cuánto tiempo llevamos aquí empantanados.

-¡Qué agradable es no saber nada del exterior! – Luke se sirvió una enorme porción de nata montada-. Ni cartas ni periódicos; podría estar sucediendo cualquier cosa.

-Por desgracia… -empezó el doctor, pero se interrumpió-. Sólo quería decirles que tarde o temprano el mundo externo nos alcanzará y que, desde luego, no es ninguna mala suerte. La señora Montague, mi esposa, llegará el sábado.

-Pero ¿cuándo es el sábado? – preguntó Luke-. Por supuesto estaremos encantados de recibir a la señora Montague. – Pasado mañana. – El doctor vaciló-. Sí… creo que pasado mañana es sábado. Naturalmente, lo sabremos con certeza -les dirigió un guiño- porque la señora Montague estará aquí.

-Espero que no se haga muchas ilusiones de que las cosas se dediquen a moverse solas por la noche -dijo Theodora-. Hill House está muy por debajo de lo que inicialmente prometía, creo yo. Aunque puede que la señora Montague sea recibida con una andanada de experiencias psíquicas.

-La señora Montague estará perfectamente dispuesta a recibirlas -aseguró el doctor.

-Me pregunto -dijo Theodora a Eleanor, levantándose de la mesa bajo la atenta mirada de la señora Dudley- por qué está todo tan tranquilo. Esta espera me ataca los nervios; es casi mejor que suceda algo.

-No somos nosotros los que esperamos, sino la casa -repuso Eleanor-. Creo que está tomándose su tiempo.

-Ya. Espera a que nos sintamos seguros y quizá entonces se nos eche encima.

-Quisiera saber cuánto más tendremos que esperar. – Eleanor empezó a subir la gran escalera-. Casi estoy tentada de mandarle una carta a mi hermana, ya me entiendes: «Estamos pasando una temporada espléndida aquí, en la alegre Hill House…»

-«El próximo verano tienes que organizar tus vacaciones aquí, con toda la familia – prosiguió Theodora-. Cada noche tenemos que ponernos las mantas…»

-«El aire es muy tonificante, en especial en el vestíbulo del primer piso…»

-«Te pasarás el día disfrutando en grande…»

-«Hay actividades divertidas y maravillosas…»

-«La civilización parece tan alejada…»

Eleanor se echó a reír al llegar al final de la escalera, seguida por Theodora. El tenebroso pasillo estaba esa tarde ligeramente iluminado porque habían dejado abierta la puerta del cuarto de las niñas, y la luz del sol caía sobre la cinta métrica y la tiza del doctor, abandonadas en el suelo. El vitral del rellano de la escalera esparcía fragmentos de color azul, rojo y verde sobre la oscura madera del vestíbulo.

-Me voy a dormir. Nunca me he sentido tan perezosa.

-Yo me tumbaré en la cama y me pondré a soñar con tranvías -dijo Theodora.

Eleanor había convertido en hábito detenerse unos momentos en la puerta de su dormitorio para contemplarlo antes de entrar; se decía a sí misma que esto se debía a que el cuarto era tan exageradamente azul que siempre necesitaba cierto tiempo para acostumbrarse. En cuanto transponía el umbral, iba a abrir la ventana, que siempre encontraba cerrada. Ahora se disponía a hacerlo cuando de pronto oyó un portazo en el cuarto de Theodora y el grito ahogado de su amiga: «¡Eleanor!»

Eleanor corrió al vestíbulo, hacia la puerta de Theodora, y se detuvo en seco ante lo que vio.

-¿Qué es esto? – susurró.

-¿Qué es lo que te parece? – exclamó Theodora-. ¿Qué te parece que es, idiota?

En medio de su desconcierto, Eleanor alcanzó a pensar: Esto tampoco se lo perdonaré.

-Parece pintura -aventuró, dubitativa-. Excepto… excepto por el olor, que es repugnante.

-Es sangre -sentenció Theodora. Se apoyó contra la puerta balanceándose sin apartar la vista-. Sangre por todas partes. ¿Es que no lo ves?

-Claro que lo veo. Pero no está por todas partes. ¡Deja de armar tanto escándalo!

Aunque, pensó, en realidad Theodora arma muy poco escándalo. En cualquier momento una de nosotras se va a poner a chillar histéricamente, y espero no ser yo porque pienso defenderme de todo esto; será Theodora quien… De pronto frunció el entrecejo y preguntó incrédula:

-¿Eso de la pared es más escritura?

A continuación oyó la nerviosa risa de Theodora y se dijo: Quizá sea yo, después de todo, quien se está desquiciando, pero no puedo permitírmelo. Debo tranquilizarme. Cerró los ojos y entonó silenciosamente: «Detente y escucha; llega tu verdadero amor.» Puedo cantar esta canción en voz alta o en silencio,

pensó. «No corras más, mi dulce encanto, los viajes acaban en encuentros de enamorados…»

-Claro que sí, querida -dijo Theodora-. No sé cómo te has dado cuenta. ¿O lo has hecho tú?

-Llama a Luke y al doctor -repuso Eleanor sin hacer caso de su acusación.

-¿Por qué? Esto podría ser nuestro secreto, ¿no crees?

De pronto echó a correr hacia el armario grande, abrió las puertas de par en par y exclamó fuera de sí:

-¡Oh! ¡Dios mío! ¡Mi ropa! – Rompió en sollozos.

Eleanor se dio la vuelta y se asomó al hueco de la escalera.

-¡Luke! – llamó inclinándose sobre la barandilla-. ¡Doctor!

Los dos hombres corrieron hacia las escaleras. Eleanor vio sus rostros aprehensivos y se sorprendió del desasosiego que todos tenían tan a flor de piel, ya que parecían estar aguardando continuamente oír un grito de auxilio de alguno de los otros. La inteligencia y el sentido común no brindan, en realidad, protección alguna, pensó.

-Es Theo -dijo, al llegar ellos a su lado-. Está histérica. Alguien, o algo, ha derramado pintura roja en su cuarto y ella está llorando la pérdida de su ropa. – Bueno, pensó al tiempo que se daba la vuelta para seguirlos, no habría podido expresarlo más exactamente. ¿O sí habría podido?, se preguntó; y se dio cuenta de que estaba sonriendo.

Theodora seguía sollozando desconsoladamente en el cuarto y dando patadas a la puerta del armario, lo que en otras circunstancias habría resultado cómico. Sus prendas habían sido arrancadas de las perchas y yacían revueltas y desordenadas en el suelo del armario, todas ellas embadurnadas de rojo.

-¿Qué es esto? – preguntó Luke al doctor, y éste, meneando la cabeza, contestó:

-Juraría que es sangre. Sin embargo, para conseguir tanta sangre habría sido necesario… -Se calló súbitamente.

Todos ellos contemplaron absortos lo que una temblorosa mano había escrito en rojo en la pared encima de la cama de Theodora: «Ayudad a Eleanor a volver a casa.»

Esta vez no me coge desprevenida, pensó Eleanor, y aconsejó:

-Será mejor que la saquen de aquí. Llévenla a mi habitación.

-Han estropeado mi ropa -lloriqueó Theodora-. ¿Os habéis fijado en mi ropa?

El olor era infecto y la escritura de la pared había goteado y salpicado. Un reguero de gotas llegaba hasta el armario desde la pared (quizá eso fue lo que había atraído la atención de Theodora) y una enorme mancha irregular se extendía sobre la

verde alfombra.

-Es repugnante -afirmó Eleanor-. Por favor, traigan a Theo a mi habitación.

Entre Luke y el doctor llevaron a Theodora al dormitorio de Eleanor, y ésta, observando la pintura roja (tiene que ser pintura, se dijo; sencillamente ha de ser pintura; ¿qué otra cosa podría ser?), preguntó:

-Pero ¿por qué? – Y levantó la mirada hacia lo escrito en la pared. Aquí yace una, pensó con humor negro, cuyo nombre se escribió con sangre. ¿Será posible que en medio de este trance no pueda dejar de ironizar?

-¿Cómo se encuentra Theodora? – preguntó al doctor cuando éste regresó al cuarto.

-Estará bien dentro de unos minutos. Habrá que trasladar sus cosas a la habitación de usted, diría yo. No creo que quiera volver a dormir aquí. – El doctor sonrió lánguidamente-. Pasará mucho tiempo antes de que se atreva a abrir una puerta ella sola.

-Supongo que tendrá que usar mi ropa.

-Me imagino que sí, si a usted no le importa. – Montague la miró con curiosidad-. ¿Este mensaje le inquieta menos que el otro?

-Resulta demasiado absurdo -contestó Eleanor, intentando comprender su propia reacción-. Me he quedado aquí mirándolo y preguntándome simplemente por qué. Quiero decir que es una broma que no tiene gracia; teóricamente tendría que estar mucho más asustada de lo que estoy, o eso me parece, y si no lo estoy es porque todo parece demasiado horrible para ser real. Y no dejo de acordarme de Theo cuando aplicaba esmalte rojo… -Soltó una risita y el doctor la miró con extrañeza-. Podría ser pintura, ¿no le parece? – No puedo dejar de hablar, pensó; pero ¿qué tengo yo que explicar de todo este lío?-. Quizá no me lo tomo en serio por culpa de la imagen de Theo gimiendo desconsolada por su vestuario y acusándome de escribir mi nombre en la pared. A lo mejor me estoy acostumbrando a que ella me eche la culpa de todo.

-Nadie está acusándola de nada -la tranquilizó el doctor, pero Eleanor tuvo la sensación de que ya había sido condenada. – Espero que mi ropa sea suficientemente buena para ella -replicó agriamente.

Montague se dio la vuelta y observó la habitación. Se acercó a la pared y con un dedo tocó las letras escritas.

-Más tarde -dijo-, dibujaré un croquis de toda esta escena.

-Yo podría ayudarle -se ofreció Eleanor-. Me revuelve el estómago, pero no me asusta.

-Bien. Sin embargo, de momento será mejor que mantengamos cerrado el cuarto. No queremos que Theodora vuelva aquí en un descuido, ¿verdad? Además, no me gustaría que la señora Dudley entrase aquí para ordenarlo todo.

Eleanor cerró la puerta con llave; luego pasaron al cuarto de baño e hicieron lo mismo con la puerta que comunicaba con la habitación de Theodora.

-Me ocuparé de que traigan otra cama -dijo el doctor, y añadió un tanto embarazosamente-: Ha mantenido usted la cabeza fría, Eleanor; me ha sido de gran ayuda.

-Ya le dije que esto me desagrada, pero no me asusta -afirmó, complacida, y se dirigió hacia Theodora.

Su amiga estaba tumbada en la cama. Eleanor advirtió con desagrado que Theodora se había pringado las manos de rojo.

-Theodora -le dijo, aproximándose-, tendrás que usar mi ropa hasta que consigas otra nueva o hasta que mandemos la tuya a limpiar.

-¿A limpiar? – Theodora se volvió, presa de gran agitación, y restregó las manos en la almohada-. ¿A limpiar?

-¡Por el amor de Dios -exclamó Eleanor-, déjame que te lave! – Pensó que jamás había sentido tanto desdén por ninguna persona.

Se dirigió al cuarto de baño, empapó una toalla y regresó al lado de Theodora para limpiarle las manos y la cara.

-Te has puesto perdida con esta porquería -dijo, haciendo una mueca por tener que tocarla.

Repentinamente, Theodora le sonrió.

-No creo que de verdad lo hayas hecho tú -la tranquilizó.

Eleanor se dio la vuelta para ver a Luke, que estaba a sus espaldas mirándolas.

-¡Menuda idiota estoy hecha! – añadió Theodora y Luke rió.

-Estarás irresistible con el jersey rojo de Eleanor -la animó él.

Lo que tiene ahora es un aspecto infame, pensó Eleanor, manchada y sucia. Llevó la toalla al cuarto de baño y la dejó en remojo. Cuando regresó, Luke estaba diciendo:

-... otra cama aquí dentro. Chicas, vais a tener que compartir habitación de aquí en adelante.

-Compartiremos el cuarto y la ropa -precisó Theodora-. Vamos a ser prácticamente gemelas.

-Primas -corrigió Eleanor, pero nadie le prestó atención.

3

-Era costumbre -dijo Luke removiendo el brandy en su copa- que el verdugo, antes de un descuartizamiento, marcase con tiza el vientre de los condenados, para afinar la puntería del hacha,

ya me entienden.

Me encantaría darle una bofetada, pensó Eleanor, mientras contemplaba a Theodora y recordaba sus acusaciones infundadas.

-Un exquisito refinamiento, ya que las trazas de la tiza resultarían insoportables si el condenado tenía cosquillas.

La odio, cavilaba Eleanor, me saca de quicio; está bañada, limpia y lleva mi jersey rojo.

-No obstante, cuando la sentencia era ahorcamiento, el verdugo…

-¿Eleanor? – Theodora la miró, sonrió y dijo-: Ya sabes que lo lamento de veras.

Disfrutaría viéndola morir, pensó Eleanor, pero le devolvió la sonrisa.

-No te preocupes -le dijo.

-Los mahometanos sufistas -continuó Luke- tienen una doctrina que afirma que el universo nunca fue creado y que, por consiguiente, no puede ser destruido. Me he pasado la tarde hojeando libros en nuestra pequeña biblioteca.

Montague dejó escapar un suspiro.

-Imagino que no habrá ajedrez esta noche -le dijo a Luke, que asintió con un gesto -. Ha sido un día extenuante. Creo que ustedes, señoritas, deberían retirarse temprano.

-No me moveré hasta que esté bien atontada por el brandy -repuso Theodora.

-El miedo -replicó el doctor- es el abandono de la lógica y de la razón. O cedemos ante él o luchamos contra él, pero no valen medias tintas.

-Hace un rato estaba reflexionando -dijo Eleanor, con la sensación de que por alguna razón les debía a todos una disculpa-. Creí que estaba calmada, y sin embargo ahora sé que estaba espantosamente asustada-. Arrugó la frente, y los demás aguardaron a que prosiguiera-. Cuando tengo miedo, puedo ver el lado razonable, hermoso y tranquilizador del mundo, puedo ver que las sillas, las mesas y las ventanas no cambian, que nada las afecta, y también cosas como el primoroso tejido de la alfombra, que tampoco se mueve ni un ápice. Pero al mismo tiempo, si me domina el miedo, mi existencia ya no guarda relación con esas cosas. Supongo que se debe a que las cosas no sienten temor.

-Siempre he creído que sólo tenemos miedo de nosotros mismos -aseguró el doctor.

-No -precisó Luke-. Lo que nos da miedo es vernos al desnudo, sin disfraces ni máscaras.

-Y saber lo que de verdad queremos -añadió Theodora.

Apretó su mejilla contra la mano de Eleanor y ésta, que aborrecía que la tocaran, retiró la mano velozmente.

-Siempre me ha dado miedo quedarme sola -aseguró Eleanor, y se preguntó: ¿Soy yo la que está hablando así? ¿Estaré diciendo algo de lo que mañana pueda arrepentirme? ¿Estoy, acaso aumentando mi culpa? – Ninguno de vosotros sabe lo que se siente al ver el nombre de uno escrito en la pared… Compréndanlo. Sólo existe una Eleanor Vanee y yo soy todo lo que tengo. Aborrezco ver cómo me disuelvo, me escapo y me aparto de mí misma. Que yo viva en una mitad de mi ser, la mente, y pueda ver mi otra mitad desamparada y manipulada sin ser capaz de remediarlo… Estoy segura de que no voy a sufrir daño alguno; pero, el tiempo es tan largo que incluso un segundo parece no tener fin y yo podría soportar lo que fuera con tal de que pudiera rendirme…

-¿Rendirse? – preguntó el doctor y Eleanor se quedó mirándole.

-¿Rendirte? – repitió Luke.

-No lo sé -continuó Eleanor, confundida. Estaba hablando por hablar, pensó, diciendo cosas incomprensibles.

-No es la primera vez que hace esto -le dijo Luke al doctor.

-Ya lo sé -replicó Montague con preocupación, mientras Eleanor podía sentir que todas las miradas se dirigían a ella.

-Lo siento -dijo-. ¿Me he puesto en ridículo? Probablemente se deba a que estoy cansada.

-Descuide -intervino el doctor, todavía con gesto serio-. Bébase el brandy.

-¿Qué brandy? – Eleanor bajó la mirada, dándose cuenta de que tenía una copa en la mano-. ¿Qué estaba diciendo? – preguntó.

Theodora contuvo la risa.

-Bebe -dijo-. Lo necesitas, querida Eleanor.

Eleanor fue tomando sorbos de su copa, sintiendo la quemadura del licor. Dijo a Montague:

-Debo de haber dicho alguna idiotez, a juzgar por la forma como me miran.

Montague rió:

-Deje ya de intentar convertirse en el centro de la atención.

-Vanidad -terció Luke con voz serena.

-Siempre tiene que hacerse notar -dijo Theodora, y todos sonrieron cariñosamente a Eleanor.

Tendidas en las dos camas, Eleanor y Theodora extendieron los brazos y se cogieron las manos con nerviosismo. El cuarto estaba frío y oscuro. Desde la habitación contigua, la que hasta esa mañana había sido de Theodora, les llegaba el sonido de una voz balbuciente, demasiado baja para discernir las palabras y demasiado constante para ignorarla. Asidas de la mano con tanta fuerza que cada una sentía los huesos de la otra, las dos escuchaban y el sonido, apagado y monótono, continuaba, recalcando a veces una palabra farfullada, y en otros momentos quedando reducida a un aliento, pero sin dejar de oírse.

De pronto se oyó una risa mortecina, leve, parecida a un gorgoteo, que apagó el sonido del balbuceo. Se volvió más fuerte, y luego cesó repentinamente en medio de un jadeo; la voz, entonces, continuó.

Theodora dio un apretón a la mano de Eleanor, que estaba medio aletargada por los sonidos. Miró hacia Theodora pero sólo vio oscuridad. ¿Por qué está tan oscuro?, pensó. Apretó la mano de Theodora e intentó hablar, pero no pudo; siguió sujetándola, sin verla, muerta de miedo, intentando poner sus ideas en orden, esforzándose en razonar. Si dejamos la luz encendida, recordó, ¿por qué está todo tan oscuro? ¡Theodora!, intentó susurrar, pero su boca no emitió sonido alguno; Theodora, trató de preguntar, ¿por qué está todo tan oscuro? La voz continuaba, balbuceante, baja y monótona, un sonido perversamente exultante. Pensó que podría distinguir las palabras si se quedaba completamente quieta y escuchaba, pero no lo consiguió. Se aferró desesperadamente a la mano de Theodora y sintió como respuesta un apretón en su propia mano.

En ese momento, la risita gorjeante volvió a oírse. Eleanor tomó aliento, preguntándose si ahora podría hablar, cuando un suave lamento la acongojó, un quejido infinitamente triste. Es un niño, advirtió incrédula, un niño que llora en algún lugar. Y entonces oyó una voz desconocida que chillaba salvajemente; sin embargo, Eleanor sabía que siempre había estado presente en sus pesadillas.

«¡Vete! – gritó la voz-. ¡Vete! ¡No me hagas daño! – Y acto seguido, gimió-: Por favor, no me hagas daño. Por favor, déjame ir a casa.» Y enseguida volvió a empezar el triste llanto.

No puedo soportarlo, pensó Eleanor. Es monstruoso y cruel; han estado haciéndole daño a un niño y no toleraré que nadie haga sufrir a una criatura. El balbuceo prosiguió ininterrumpidamente, bajo y constante, elevando un poco el tono para luego bajar otro poco, sin descanso ni respiro.

¡Basta!, pensó Eleanor, notando que estaba tendida de costado

en la cama, rodeada por la oscuridad, agarrando con firmeza la mano de Theodora con sus dos manos. Ya no aguanto más. Pensaban asustarme, pues lo han conseguido. Estoy asustada pero por encima de todo soy una persona, un ser que razona y tiene sentido del humor; puedo aguantarle mucho a esta desquiciada y asquerosa casa, pero no me quedaré cruzada de brazos cuando maltratan a un niño; no, no lo haré; por Dios que chillaré, chillaré y chillaré.

-¡Basta ya! – gritó.

Las luces se encendieron y vio que Theodora estaba en su cama, sobresaltada y con el pelo revuelto.

-¿Qué ocurre? – estaba diciendo-. ¿Estás bien, Eleanor?

-¡Dios bendito! – exclamó Eleanor, levantándose de la cama-. ¡Oh, Dios! ¿De quién era la mano que yo tenía cogida?

VI

1

Estoy empezando a recorrer los caminos del corazón, pensó Eleanor, y a continuación se preguntó qué habría querido expresar con ese pensamiento. Era por la tarde y estaba sentada al sol en los escalones del cenador, al lado de Luke. Éstos son los silenciosos senderos del corazón, recapacitó. Sabía que todavía estaba pálida y agitada, que bajo sus ojos destacaban unas profundas ojeras, pero el sol calentaba, las hojas se movían suavemente sobre su cabeza y Luke estaba a su lado, apoyado perezosamente en el escalón.

-Luke -preguntó, hablando lentamente por temor al ridículo-, ¿por qué la gente necesita hablar con los demás? Quiero decir, ¿cuáles son las cosas que la gente siempre quiere averiguar acerca del prójimo?

-¿Qué quieres saber tú de mí? – repuso él y se echó a reír.

Eleanor se detuvo a pensar: ¿Por qué no le pregunto qué quiere él saber de mí? ¡Es tan vanidoso! Le sonrió y dijo:

-¿Qué podría querer saber de ti además de lo que estoy viendo?

El se limitó a contemplar la hoja que tenía en sus manos y a arrugar el ceño, como alguien que se concentra en un difícil problema.

Está buscando la manera de causarme la mejor impresión posible, pensó Eleanor, y a juzgar por lo que responda sabré qué opinión tiene de mí. ¿Cómo desea aparecer ante mí? ¿Cree que me contentaré con un poco de ingenio o se esforzará por parecer único? ¿Se mostrará atento? Eso resultaría humillante, porque entonces demostraría saber que la galantería me cautiva. ¿Será, acaso, enigmático? Y ¿cómo recibiré yo esto que ya adivino como

una confidencia, aunque no sea verdad? Ojalá Luke me acepte tal como soy, se dijo, pero tal vez sea mejor que no sepa con demasiada certeza qué piensa él de mí.

Él la miró brevemente y le dirigió una sonrisa enigmática.

-Yo no tuve madre -le confió.

Eleanor se quedó desconcertada. ¿Tal es su valoración de lo que yo quiero oír de él?, pensó. ¿Debo comentar algo que me haga digna de recibir otras confidencias? ¿Me echo a sollozar o pongo cara de circunstancias? ¿Me levanto y me voy?

-Nunca me quiso nadie -añadió él-. Imagino que puedes entenderlo.

No, pensó ella, no me vas a engatusar con tan poca cosa; no aceptaré palabras huecas a cambio de mis sentimientos. Le diré que nunca alcanzaré a comprender tal cosa, que la autocompasión sensiblera no me llega al corazón; no me pondré en ridículo animándole a burlarse de mí.

-Sí, lo entiendo -afirmó Eleanor.

-Me imaginaba que lo comprenderías -dijo, y ella tuve ganas de darle una bofetada-. Pareces una excelente persona Eleanor -continuó-, bondadosa y honesta. Cuando haya pasado todo esto y regreses a tu casa…

Ella pensó que o bien estaba empezando a contarle algo muy importante, o sólo pretendía matar el tiempo hasta que la conversación terminase decorosamente. ¿Pensará que con su chachara puede seducirme hasta el punto de arrojarme locamente sus brazos? ¿Qué sabe Luke de mí, de mi forma de pensar sentir? ¿Acaso le doy pena?

-Los viajes acaban en encuentros de enamorados -dijo Eleanor, pero él no prestó atención.

-Tal como te he dicho, no tuve madre -prosiguió-. Ahora me doy cuenta de que todos han tenido algo de lo que yo carecía -le volvió a sonreír-. Soy un completo egoísta -admitió quejosamente-, y siempre estoy esperando que alguien me diga cómo tengo que comportarme, que alguna mujer se ocupe de mí y me convierta en un adulto.

Es un ególatra, pensó ella un tanto sorprendida; el primer hombre con el que me he sentado y con quien he hablado a solas en mi vida, sencillamente no resulta interesante.

-¿Por qué no creces tú solo? – repuso, preguntándose cuánta gente le habría preguntado ya lo mismo.

-Eres inteligente.

¿Cuántas veces habría él contestado eso mismo? Esta conversación debe de tener una gran parte de intuición, pensó divertida, y añadió:

-Pareces una persona muy necesitada de compañía. Sin duda debes de sentirte muy solo. – Todo lo que anhelo es que me mimen, pensó Eleanor, y heme aquí diciéndole monsergas a un narciso.

Luke tocó su mano y, sonriendo de nuevo, dijo:

-¡Qué suerte has tenido! Tú sí tuviste madre.

2

-Lo encontré en la biblioteca -aseguró Luke-. Juro que estaba en la biblioteca.

-¡Increíble! – exclamó el doctor.

-Fíjese -dijo Luke. Colocó el libro sobre la mesa y lo abrió por la página del título -. Lo confeccionó él mismo. Mire, el título está escrito con tinta. «Memorias, para Sophie Anne Lester Crain. Un legado para su educación y aleccionamiento a lo largo de toda su vida, de parte de su amante y devoto padre Hugh Desmond Lester Crain. 25 de junio de 1881.»

Theodora, Eleanor y Montague se apiñaron alrededor de la mesa, mientras Luke pasaba la primera *página,* del libro.

-Se ve que su hijita tenía que aprender humildad -comentó Luke-. Está claro que usó unos cuantos libros viejos y valiosos para componer este álbum de recortes, pero creo reconocer varias ilustraciones y todas están pegadas con cola.

-¡Cuánta vanidad esconden las empresas humanas! – observó el doctor con tristeza -. Piensen en todos los libros que Hugh Crain destrozó para crear éste. Aquí hay un aguafuerte de Goya, algo horrible para que una niña medite sobre ello.

-Debajo de esta espeluznante lámina ha escrito algo -dijo Luke-. «Honra a tu padre y a tu madre, hija mía, a los creadores de tu ser, sobre quienes ha recaído una pesada carga a fin de que conduzcan a su hija en Inocencia y Justicia por el estrecho y difícil sendero que conduce a la eterna dicha y puedan, al final, entregar a Dios su alma piadosa y ejemplar. Reflexiona, hija mía, sobre la alegría que hay en el Cielo cuando las almas de estas pequeñas criaturas vuelan hacia lo alto, liberadas antes de haber podido aprender nada del pecado o de la infidelidad, y convierte en un deber el conservarte tan pura como ellas.»

-Pobre niña -dijo Eleanor, y al volver Luke la página, se quedó sin aliento.

La segunda lección moral de Hugh Crain provenía de la ilustración de un nido de serpientes que mostraba a los reptiles retorcidos y enroscados a lo largo de la página. «La condenación eterna es el sino de la Humanidad; ni lágrimas ni reparaciones pueden anular la herencia humana del pecado. Hija mía, apártate de este mundo para que sus obscenidades e ingratitudes no te

corrompan. Hija querida, guárdate a ti misma.»

-Lo siguiente es el infierno -advirtió Luke-. Si hay algún melindroso, que no mire.

-Creo que no miraré la estampa del infierno -aseguró Eleanor-, pero léamelo.

-Sabia decisión -opinó el doctor-. Es una ilustración de Foxe, una de las muertes menos atractivas, siempre me lo ha parecido, mas ¿quién puede entender el comportamiento de los mártires?

-Sin embargo, fíjese en esto -señaló Luke-. Ha quemado un ángulo de la hoja y he aquí lo que dice: «Hija, ¡si tan sólo por un momento lograras oír la agonía, los gritos, los terribles llantos de arrepentimiento de esas pobres almas condenadas al fuego eterno! ¡Si pudieran tus ojos cauterizarse con el rojo resplandor del yermo que arde perpetuamente! ¡Ay! ¡Infelices seres, presos en un inacabable dolor! Hija, tu padre ha tocado en este instante el borde de esta página con la llama de una vela y ha contemplado el frágil papel arrugarse y ondularse en el fuego; considera, pues, hija mía, que el calor de esta vela es, comparado con las eternas llamas del Infierno, lo que un grano de arena es a un extenso desierto y que, igual que arde este papel en la tenue llama así tu alma arderá eternamente en un fuego mil veces más intenso.»

-Apostaría a que se lo leía cada noche antes de que se durmiera -dijo Theodora.

-Aguarda -observó Luke-. Aún no has visto el cielo; incluso tú puedes ver esto, Eleanor. El grabado es de Blake y resulta un poco severo, lo admito, pero es mejor que el infierno. Escucha: «¡Santo, santo, santo! En la pura luz del cielo los ángeles alaban a Dios y se alaban mutuamente sin cesar. Hija mía, aquí te buscaré.»

-Es toda una muestra de amor paterno -reconoció el doctor-. La caligrafía es muy refinada, y dorada.

-Ahora vienen los siete pecados capitales -anunció Luke-, y me parece que el buen hombre los dibujó en persona.

-Desde luego, con la gula ha echado el resto -dijo Theodora-. Me atrevería a asegurar que jamás volvió a sentir hambre.

-Espera a llegar a la lujuria -advirtió Luke-. El viejo se ha superado a sí mismo.

-Creo que ya no tengo ganas de seguir viendo -dijo Theodora-. Me sentaré ahí con Eleanor y si tropezáis con algún precepto moral particularmente edificante, leédmelo en voz alta.

-Aquí está la lujuria-apuntó Luke-. ¿Habrá habido alguna mujer seducida con tanta gracia?

-¡Cielo santo! – exclamó el doctor.

-Tuvo que haberlo dibujado él mismo -opinó Luke.

-¿Para una niña? – El doctor estaba escandalizado.

-Fíjese en la soberbia; es la efigie de nuestra Eleanor.

-¿Cómo? – dijo la aludida dando un brinco.

-Le está tomando el pelo -aseguró Montague-. No venga a mirar, querida. Pretende gastarle una broma.

-Ahora, la pereza -dijo Luke.

-Y la envidia -señaló el doctor-. ¿Cómo iba la pobre niña a atreverse a transgredir…?

La última página es la más fascinante. Mire, doctor. Esto es sangre de Hugh Crain. Eleanor, ¿quieres ver la sangre de Hugh Crain?

-No, gracias.

-¿Theo? ¿Tampoco? Bien, por el bien de sus conciencias, leeré lo que Hugh Crain escribió para finalizar su libro: «Hija, los pactos sagrados se firman con sangre y yo acabo de extraer de mi propia muñeca el fluido vital con que te vinculo. Vive virtuosamente, sé mansa, ten fe en tu Redentor y en mí, tu padre, y te juro que nos reuniremos en la eterna dicha del más allá. Acepta estos preceptos de tu devoto padre, que ha confeccionado este libro con espíritu humilde. Ojalá mi pobre esfuerzo cumpla su propósito y guarde a mi hija de caer en los abismos de este mundo y la lleve sana y salva a los brazos de su padre en el Paraíso.» Y firma: «Tu padre, que siempre te amará, en este y en el otro mundo, autor de tus días y guardián de tu virtud. Con mi más devoto amor. Hugh Crain.»

Theodora se estremeció.

-Cuánto debe de haber disfrutado firmando su nombre con su propia sangre -dijo -; creo verle desternillándose de risa.

-No es una labor saludable para un hombre, nada saludable -sentenció el doctor.

-Pero ella debe de haber sido muy pequeña cuando su padre se marchó de la casa -observó Eleanor-. Me extrañaría que llegara a leérselo.

-Seguro que lo hizo, inclinado sobre su cuna y escupiendo las palabras para que arraigaran en su mente infantil. ¡Hugh Crain! – exclamó Theodora-. ¡Eras un viejo repugnante, construiste una repugnante casa y si todavía puedes oírme desde algún lugar, quisiera decirte que deseo con toda mi alma que pases toda la eternidad ardiendo en el infierno! – Barrió la estancia con un gesto burlón.

Durante un minuto todos guardaron silencio, recordando aún lo que habían oído, como si esperasen respuesta, y entonces las ascuas de la chimenea se desmoronaron con un leve ruido. El

doctor miró el reloj y Luke se levantó.

-Ya está atardeciendo -anunció Montague.

3

Theodora se acurrucó junto al fuego, lanzando turbias miradas a Eleanor; en el otro extremo de la sala las piezas del ajedrez se movían suavemente por el tablero.

-Eleanor -dijo Theodora-, ¿le acogerías en tu pequeño apartamento y le invitarías a beber en tu taza de estrellas?

Eleanor clavó la vista en el fuego, sin responder. He sido una imbécil, pensó, una estúpida.

-¿Hay suficiente espacio para dos? ¿Iría a verte si se lo pidieras?

Nada podía ser peor que esto, se dijo Eleanor, he sido una imbécil.

-Quizá añora una casa pequeñita; algo más reducido, por supuesto, que Hill House. A lo mejor se va contigo a tu casa.

Palurda, necia, ridícula.

-Con sus cortinas blancas, sus leoncitos de piedra…

Eleanor miró a Theodora.

-A pesar de todo, yo tenía que venir -dijo, y se levantó para alejarse.

-Perdona, Eleanor, sólo estaba bromeando…

Sin atender a las sobresaltadas voces a su espalda ni saber a dónde se dirigía, Eleanor alcanzó de algún modo, tropezando, la puerta principal y se adentró en la suave y cálida noche.

-¡Tenía que venir! – gritó a la oscuridad.

El miedo y la culpa son hermanos, pensó.

Theodora la alcanzó en el parterre y ambas se alejaron de Hill House codo con codo, caminando juntas, cada una apenada por la otra, sin pensar ni por un instante que fuera una imprudencia alejarse de la casa después del ocaso. Cada una se hallaba tan sumida en su propia desesperación que necesitaban huir hacia la oscuridad, y arrebujándose en esa capa ceñida que es la furia, juntas echaron a andar sintiendo cada una la afligida presencia de la otra, decidida cada una a ser la última en hablar.

Eleanor fue, al final, la primera que habló.

-No entiendo por qué crees tener algún derecho de entrometerte en mis asuntos. – Su tono de voz sonó formal, para evitar recriminaciones o reproches. ¿Acaso no eran dos extrañas? ¿O eran primas?-. Estoy segura de que nada de lo que yo haga te incumbe.

-Cierto -respondió Theodora-. Nada de lo que hagas me importa en absoluto.

Yo también tengo derecho a vivir, pensó Eleanor, y para

demostrarlo he malgastado una hora con Luke en el cenador.

-Lo siento -añadió Theodora-. Mira, sólo quería hacerte ver que Luke es un calavera.

-Me importa un bledo lo que sea.

-No habría que dejar que se saliera con la suya -observó Theodora.

-Salirse ¿con qué? – repuso Eleanor, y apuntilló-: Te estás equivocando.

-Imagínate que no. ¿Te importaría mucho ser tú la que se equivocara esta vez?

-Si estoy equivocada -dijo-, ya tendré tiempo de lamentarlo.

-Ya.

Avanzaban por el sendero que conducía al río, y cada una, secreta y perversamente, acusó a la otra de haber tomado adrede un camino por el que una vez habían andado juntas y felices.

-De cualquier forma -dijo Eleanor-, pase lo que pase no significará nada para ti. ¿Por qué ha de importarte si hago el ridículo?

Theodora guardó silencio un instante, caminando a través de las sombras y, de repente, Eleanor creyó absurdamente que Theodora había extendido su mano hacia ella.

-Theo -dijo torpemente-, no se me da nada bien hablar con la gente.

-Y ¿qué es lo que se te da bien? – repuso Theodora soltando una carcajada-. ¿Salir corriendo?

Nada irremediable se habían dicho todavía, pero el margen que les quedaba era pequeñísimo; cada una de ellas tanteaba los límites de una pregunta clara, que, una vez hecha, jamás podría ser perdonada ni olvidada. Caminaron lentamente por el sendero descendente, andando una junto a la otra, compartiendo íntimamente una intensa expectación. Agotados ya sus amagos y sus dudas, sólo podían aguardar pasivamente la solución. Cada una podía decir lo que la otra estaba pensando y deseando decir; cada una estuvo a punto de llorar por la otra. Theodora cogió a Eleanor del brazo y continuaron lentamente; delante de ellas el sendero se ensanchaba, se ennegrecía y curvaba.

De pronto, Eleanor contuvo el aliento y Theodora apretó su mano, advirtiéndole que guardara silencio. A ambos lados, los árboles palidecieron, se transportaron y se alzaron, blancos y cadavéricos, contra el negro cielo. La hierba había perdido su color, el sendero era ancho y oscuro; no había nada más. Los dientes de Eleanor castañeteaban de miedo y sintió cada paso como un acto de fuerza de voluntad, una insistencia locamente necesaria de colocar un pie delante del otro como única

posibilidad sensata. Las lágrimas le afloraron a causa del fantasmagórico contraste entre la oscuridad del camino y la escalofriante blancura de los árboles. En ese momento pensó: Ahora sí estoy asustada.

Siguieron andando, los blancos árboles, inmutables, a ambos lados, y encima el negro cielo cerniéndose sobre ellos. Sus pies se volvían tenuemente blancos cuando tocaban el camino y la mano de Theodora parecía fluorescente. Continuaron caminando lentamente, moviendo los pies porque era lo único que les quedaba para no sucumbir en aquella terrible oscuridad, aquella horrenda blancura y aquel resplandor malignamente deslumbrante. Ahora sí tengo miedo, se repitió Eleanor. Aún podía sentir la mano de Theodora en su brazo, pero Theodora estaba lejos, encerrada en sí misma. Sentía un frío desagradable, sin calor humano a su lado. Estoy muerta de miedo, pensó echándose a temblar.

El sendero quizá las conducía intencionadamente a algún lugar, ya que ninguna podía salirse de él y dirigirse a la inquietante blancura que era la hierba a ambos lados. Negro y brillante, el sendero torcía y ellas lo siguieron. La mano de Theodora le apretó el brazo y Eleanor contuvo el aliento en un breve sollozo. ¿Se había movido algo al frente? ¿Algo más blanco incluso que los árboles y que les hacía señas, se confundía con los árboles y las vigilaba? ¿Había algún movimiento a su lado, imperceptible en la callada noche? ¿Algo o alguien las acompañaba sin que lo vieran? ¿Dónde estaban?

La senda las condujo a su destino final y murió bajo sus pies.

Perplejas, Eleanor y Theodora vieron un jardín a plena luz del día. Aunque pareciera increíble, un grupo estaba merendando en la hierba. Podían oír las risas de los niños y las voces de los padres; la hierba era tupidamente verde, las flores eran coloridas y el cielo azul. Uno de los niños llevaba un jersey escarlata y gritó, riéndose al caerse sobre la hierba persiguiendo un perrito.

En el césped había extendido un mantel a cuadros, sobre el que la madre se inclinó para coger un plato de fruta. En ese momento Theodora soltó un chillido:

-¡No mires! – gritó aterrorizada-. ¡Vamonos de aquí! ¡Corre y no mires!

Corriendo sin saber por qué, Eleanor temió que su pie se enredara en el mantel a cuadros, o tropezara con el perrito, pero cuando cruzaba el jardín a la carrera ya no había nada excepto hierbajos en medio de la oscuridad. Theodora, sin dejar de gritar, pisoteó unos matorrales en el lugar en que antes habían visto las flores y tropezó, con unas piedras y con algo que podía haber

sido una taza rota.

A continuación, fuera de sí las dos, llegaron a una blanca pared por la que trepaban lúgubremente unas enredaderas. Chillaron y suplicaron que las dejasen salir hasta que una puerta de hierro oxidada se abrió. Ellas se lanzaron a correr despavoridas, todavía cogidas de la mano. Sin poder explicarse cómo, atravesaron el huerto de Hill House y, por una puerta trasera, entraron en la cocina, donde estaban Luke y el doctor, que acudieron a su encuentro.

-¿Qué ha sucedido? – preguntó Luke sujetando a Theodora por los hombros-. ¿Estás bien?

-Estábamos muy preocupados -añadió el doctor, agotado-. Llevamos horas buscándolas…

-Era un picnic… -dijo Eleanor. Se había dejado caer sobre una silla y estaba mirándose las manos, arañadas, ensangrentadas y temblorosas-. Intentamos escaparnos -añadió al tiempo que extendía sus manos para que las vieran-. Era una picnic familiar. Los niños…

Theodora reía histéricamente.

-Yo volví la mirada… -consiguió decir-. Fui y miré y… -Volvió a soltar una carcajada.

-Los niños… y un cachorro.

-Eleanor -Theodora se dio la vuelta y apoyó su cabeza en la de Eleanor-. Oh, Eleanor -murmuró.

Y Eleanor alzó la mirada hacia Luke y Montague y notó que el cuarto oscilaba locamente y que el tiempo se detenía.

VII

1

La tarde en que se esperaba la llegada de la señora Montague, Eleanor se adentró en las colinas que rodeaban Hill House, sin pretender llegar a ningún sitio en particular, queriendo sólo aislarse y salir de aquella casa agobiante. Halló un rincón donde la hierba era suave y seca y se tumbó, preguntándose cuántos años hacía que no se tendía sobre la hierba para estar a solas y pensar. A su alrededor, los árboles y las flores silvestres, con ese porte extrañamente cortés que adopta la naturaleza cuando interrumpe súbitamente sus obligaciones de crecer y morir, volvieron su atención hacia ella como si quisiera compadecer a una criatura tan desdichada que no estaba arraigada en el suelo sino que, desgarradoramente inestable, se veía obligada a ir de un lugar a otro.

Eleanor cogió una margarita silvestre y, acostada sobre la hierba, la contempló. Nada ocupaba su mente, excepto una paz abrumadora. Empezó a deshojar la margarita y se preguntó,

sonriendo para sus adentros: ¿Qué voy a hacer? ¿Qué es lo que voy a hacer?

2

-Deja esas maletas en el vestíbulo, Arthur -dijo la señora Montague-. Era de esperar que hubiese aquí alguien para ayudarnos. Tiene que haber alguien que nos ayude a subir el equipaje. ¿John? ¿John?

-¡Querida! – exclamó el doctor, apresurándose hacia el pasillo. Besó obedientemente la mejilla que su esposa le ofreció-. ¡Qué alegría que hayas llegado! Ya no te esperábamos.

-¿No te dije que estaría hoy aquí? ¿Recuerdas alguna ocasión en que no haya llegado, habiendo dicho que vendría? He traído conmigo a Arthur.

-Arthur -repitió Montague sin entusiasmo alguno.

-Bueno, es que alguien tenía que conducir -explicó ella-. Supongo que no esperarías que yo misma condujese hasta aquí; ya sabes que me canso. ¿Qué tal están ustedes?

El doctor se dio la vuelta sonriendo a Eleanor, Theodora y Luke, que permanecían sin saber qué hacer.

-Querida -dijo-, éstos son los amigos que han pasado estos días conmigo en Hill House: Theodora, Eleanor Vanee, Luke Sanderson.

Los tres murmuraron un saludo, al que la señora Montague correspondió inclinando la cabeza, y dijo:

-Ya veo que ni siquiera se han molestado en esperarnos para cenar.

-Ya no creíamos que vinierais -replicó el doctor.

-Puedo estar equivocada, pero mi memoria me dice que anuncié mi llegada para hoy. Estoy segura de que muy pronto aprenderé todos sus nombres. Este caballero es Arthur Parker; me ha traído hasta aquí porque detesto conducir. Arthur, éstos son los amigos de John. ¿Puede alguien ocuparse de nuestras maletas?

Montague y Luke lo hicieron y la señora Montague prosiguió:

-Me alojaré en el cuarto más embrujado que tengan, desde luego. Arthur puede acomodarse en cualquier sitio. Lleven mis maletas a la habitación más hechizada.

-La habitación de las niñas -dijo el doctor cuando Luke le miró inquisitivamente-. Allí hay una fuente de alteraciones psíquicas -explicó a su mujer, que suspiró con ironía.

-Bien -replicó-, llevas aquí casi una semana e imagino que habrás visto muchas cosas. ¿Ha habido escritura automática? Supongo que ninguna de estas jóvenes tendrá dotes de médium. Ésas de ahí son las maletas de Arthur; por si acaso, se ha traído

los palos de golf.

-¿Por si acaso qué? – preguntó Theodora, y la señora Montague le dirigió una mirada glacial.

-Por favor, no permitan que interrumpa su cena -respondió finalmente.

-Justo a la entrada de la habitación de las niñas hay un punto frío claramente delimitado -dijo el doctor a su esposa.

-Ya, muy bonito. Bien, joven, ¿no va a subir las maletas de Arthur? Parece que aquí reina la confusión, ¿verdad? Después de casi una semana confiaba en que las cosas estarían un poco ordenadas. ¿Se ha materializado alguna presencia?

-Ha habido manifestaciones…

-Bueno, ya hemos llegado y haremos que todo funcione como debe. ¿Dónde puede dejar el coche Arthur?

-Detrás de la casa hay un establo vacío donde hemos guardado los demás coches. Puede llevarlo ahí por la mañana.

-No soy partidaria de retrasar las cosas, John, como sabes perfectamente. Por la mañana Arthur tendrá mucho que hacer sin que se le añada la faena de esta noche. Tiene que guardar el coche ahora mismo.

-Pero fuera está muy oscuro -replicó el doctor.

-Me asombras, John. ¿Crees que no sé que por la noche está oscuro? El coche tiene luces, John, y ese joven puede acompañar a Arthur e indicarle el camino.

-Lo siento -intervino Luke-, pero me he propuesto firmemente no salir de la casa después del anochecer. Si Arthur quiere puede hacerlo, naturalmente, pero yo no.

-Las señoritas tuvieron una espantosa… -explicó Montague.

-Este joven es un cobarde -sentenció Arthur.

Había acabado de sacar las maletas, las bolsas de golf y las cestas del coche y se hallaba ahora junto a la señora Montague mirando a Luke con desdén.

-Deberías avergonzarte, muchacho, de mostrarte temeroso delante de estas damas.

-Estas damas tienen tanto miedo como yo -repuso Luke secamente.

-Tranquilo -Montague intentó sosegar a Arthur-. Cuando lleve aquí una temporadita, Arthur, comprenderá que la actitud de Luke es prudente, no cobarde. Hemos decidido permanecer juntos después de la puesta de sol.

-Debo confesar, John, que nunca esperé encontraros a todos tan nerviosos -dijo su esposa-. Lamento que el miedo entorpezca estos asuntos -golpeó el suelo con el pie-. Sabes perfectamente, John, que los que han llegado al más allá esperan vernos felices y

sonrientes; quieren saber que pensamos en ellos con cariño. Los espíritus que moran en esta casa pueden estar sufriendo mucho porque se dan cuenta de que les tenéis miedo.

-Podemos discutirlo más tarde -sugirió el doctor-. ¿Qué tal si continuamos con la cena?

-No faltaba más. – La señora Montague examinó a Theodora y a Eleanor y añadió -. ¡Siento que os hayamos interrumpido!

-¿Habéis comido ya?

-Naturalmente que no, John. Dije que llegaríamos a la hora de la cena, ¿recuerdas? ¿O es que vuelvo a equivocarme?

-En cualquier caso, le dije a la señora Dudley que estaríais aquí -dijo el doctor, abriendo la puerta de la sala de juegos y pasando después al comedor-. Y ha preparado un espléndido banquete.

¡Pobre Montague!, pensó Eleanor apartándose para dejar que el doctor acompañase a su esposa hasta el comedor, ¡se siente tan incómodo! Me pregunto cuánto se va a quedar su mujer.

-Me pregunto cuánto se quedará su mujer -le susurró Theodora al oído.

-Quizá su maleta esté llena de ectoplasma -apuntó Eleanor.

-¿Durante cuánto tiempo piensas quedarte? – se interesó el doctor Montague, que presidía la mesa con su mujer sentada a su lado.

-Verás, querido -contestó ella probando con deleite la salsa de alcaparras de la señora Dudley-, ya sabes que Arthur tiene que regresar a su colegio. Arthur es el director -explicó a los demás comensales-, y, muy generosamente, ha cancelado sus tareas del lunes. Por tanto, será mejor que salgamos el lunes por la tarde para que Arthur pueda llegar a sus clases del martes.

-Sin duda Arthur ha dejado atrás un montón de escolares felices -comentó en voz baja Luke a Theodora, que respondió:

-Pero hoy es sábado.

-Tenéis una buena cocinera -afirmó la señora Montague-. John, mañana por la mañana hablaré con ella.

-La señora Dudley es una mujer muy eficiente -señaló el doctor.

-Un poco extravagante para mi gusto -terció Arthur-. Yo soy un enamorado de las patatas y la carne. No fumo ni bebo ni leo basura. Es un mal ejemplo para los chicos del colegio. Le tienen a uno como paradigma; hasta cierto punto, ya se imagina.

-Estoy segura de que todos le consideran el modelo a imitar -comentó Theodora.

-De vez en cuando uno se tropieza con un garbanzo negro -dijo Arthur, meneando la cabeza-, de esos a los que no les gusta

el deporte y se quedan amilanados en una esquina. Unos lloricas. Pero ya me ocupo de enderezarlos.

La señora Montague se inclinó para poder ver a Arthur, que se sentaba al otro extremo de la mesa.

-Cena poco, Arthur -aconsejó-. Nos espera una noche muy atareada.

-¿Qué os proponéis hacer? – preguntó el doctor.

-Debes admitir, John, que en estas cosas cuento con algo más que una sencilla comprensión instintiva; las mujeres la tenemos, John, bien te consta, o al menos algunas mujeres. – Hizo una pausa y miró a Theodora y Eleanor-. Entre las que no se cuentan ellas, me atrevo a asegurar; a no ser, por supuesto, que vuelva a equivocarme. Te gusta mucho destacar mis errores, John.

-Querida…

-No me gustan las chapuzas. Arthur estará de patrulla, naturalmente. Con ese objeto lo he traído. ¡Es excepcional! le explicó a Luke, sentado enfrente de ella- encontrar entre los educadores gente interesada en el otro mundo! Verá usted cuan sorprendentemente informado está Arthur. Yo me tumbaré en esa habitación embrujada sin más compañía que una lampa-rita de noche encendida, y me esforzaré en entrar en contacto con los elementos que alteran esta casa. Jamás duermo si vagan por ahí espíritus atormentados.

Luke, sin habla, se limitó a asentir con la cabeza.

-Hay que enfrentarse a esto adecuadamente -dijo Arthur-. No sirve de nada apuntar bajo. Siempre se lo digo a mis chicos.

-Después de la cena podríamos celebrar una corta sesión de espiritismo con Planchette -sugirió la señora Montague-. Sólo Arthur y yo, naturalmente; los demás, por lo que veo, no están aún preparados; sólo lograrían ahuyentar a los espíritus. Nos hará falta una habitación tranquila…

-La biblioteca -aconsejó Luke.

-¿La biblioteca? Puede servirnos; ya saben ustedes que los libros son, con frecuencia, muy buenos transmisores. A menudo las mejores materializaciones tienen lugar en estancias en las que hay libros. No recuerdo ninguna en que las materializaciones fueran impedidas por la presencia de libros. Supongo que le habrán quitado el polvo a la biblioteca. Arthur padece una leve alergia y podría estornudar.

-La señora Dudley tiene toda la casa en perfecto estado de limpieza -la tranquilizó el doctor.

-Hablaré con la señora Dudley por la mañana. Luego nos mostrarás la biblioteca, John, y ese joven me bajará la maleta; la grande no, no se confunda, sino el maletín pequeño. Llévemelo a

la biblioteca. Más tarde nos reuniremos con ustedes; después de una sesión de espiritismo con Planchette necesito un vaso de leche y quizá un pastelito; me conformo con galletas si no están muy saladas. Unos minutos de tranquila conversación con personas afables son también de gran ayuda, especialmente si tengo que estar receptiva durante la noche; la mente es un instrumento preciso y toda atención que reciba es poca. ¿Arthur?

La señora Montague se inclinó ante Eleanor y Theodora y salió del comedor escoltada por Arthur, Luke y su esposo.

Transcurridos unos instantes, Theodora dijo:

-Algo me dice que voy a prendarme locamente de la señora Montague.

-Yo no estoy segura -dijo Eleanor-. Arthur se acerca a mi ideal. Y Luke es un miedoso, creo.

-¡Pobre Luke! – se lamentó Theodora-. No ha tenido madre.

Alzando la vista, Eleanor vio que Theodora la contemplaba sonriendo y se apartó de la mesa tan rápidamente que derramó un vaso.

-No deberíamos quedarnos solas -dijo con repentina aprehensión-. Tenemos que encontrar a los demás.

Salió del comedor casi corriendo; Theodora la siguió a toda prisa, riéndose, por el corredor hasta el saloncito donde Luke y el doctor estaban de pie delante del fuego.

-Doctor -preguntaba Luke-, ¿quién es Planchette?

-¡Tontos! – exclamó el doctor con un suspiro de irritación, y añadió-: Lo siento. La idea me saca de quicio, pero si a ella le gusta… -Se dio la vuelta y atizó el fuego-. Planchette es un artilugio parecido al tablero Ouija. Es una forma de conseguir escritura automática, un método de comunicación con… seres intangibles. Yo creo que los únicos seres intangibles con que uno puede comunicarse por medio de esos chismes son producto de la imaginación de la gente que los maneja. Bueno. Planchette es una pieza pequeña de madera ligera, habitualmente de forma triangular o de corazón. En la punta se coloca un lápiz y en el otro extremo hay un par de ruedecillas que puedan deslizarse con facilidad sobre papel. Dos personas colocan sus dedos sobre el triángulo, le hacen preguntas y el objeto se mueve, empujado por fuerzas sobrenaturales, y escribe las respuestas. El tablero Ouija es muy parecido, excepto porque se mueve sobre un tablero que señala letras separadas. Un vaso hace lo mismo; también he visto hacerlo con un juguete infantil de esos que tienen ruedas. Cada persona apoya la punta de los dedos de una mano, y con la otra escribe preguntas. Según creo, las respuestas carecen invariablemente de significado, aunque, resulta ocioso

mencionarlo, mi esposa le dirá lo contrario. ¡Disparates! – Y dirigiéndose de nuevo a la chimenea añadió-: ¡Supersticiones!

3

-Planchette ha sido muy amable esta noche -dijo la señora Montague-. John, no hay la menor duda de que en esta casa hay elementos extraños.

-Ha sido una velada espléndida -dijo Arthur y agitó triunfalmente un manojo de papeles.

-Te hemos conseguido un buen montón de informes -aseguró la señora Montague -. Planchette insiste mucho acerca de una monja. ¿Te has enterado de algo que tenga que ver con una monja, John?

-¿En Hill House? No lo creo.

-Planchette percibió fuertes sensaciones sobre una monja, John. Quizá haya sido vista en las proximidades. ¿Algún aldeano ha vuelto aterrorizado a casa por la noche?

-La figura de una monja es muy corriente.

-¡Por favor, John! Imagino que estás sugiriendo que me equivoco. ¿O pretendes, quizá, afirmar que Planchette puede estar equivocada? Te aseguro que señaló muy precisamente una monja.

-Sólo trato de decirte, querida, que el fantasma de una monja es la forma más común de las apariciones. Jamás ha habido nada parecido en Hill House, pero prácticamente en cada…

-John, te ruego que me dejes continuar. ¿O es que Planchette va a ser desacreditada sin más? Gracias. – La señora Montague se tranquilizó-. Sigamos. También hubo un nombre escrito de varias formas: Helen, Helene o Elena. ¿Quién puede ser?

-Querida, muchas personas han vivido…

-Helen nos transmitió una advertencia contra un misterioso monje. Y cuando un monje y una monja aparecen juntos en una casa…

-Hay que suponer que la casa fue construida sobre un asentamiento antiguo -dijo Arthur-. Presencias que prevalecen, ya saben. Presencias más antiguas que continúan por aquí.

-Me cuesta pensar… -comenzó el doctor.

-Me atrevo a asegurar que fue emparedada viva -interrumpió la señora Montague -. Me refiero a la monja. Lo hacían habitualmente, como es bien sabido. No imaginan ustedes la cantidad de mensajes que he recibido de monjas emparedadas.

-No hay constancia de que ninguna monja fuera…

-John, ¿me permites que te repita una vez más que yo, en persona, he recibido mensajes de monjas emparedadas en vida? ¿Crees que me lo invento, John? ¿O te imaginas que una monja

fingiría haber sido emparedada viva, si no fuera cierto? ¿Es posible que esté equivocada de nuevo, John?

-Desde luego que no, querida -suspiró agotado Montague.

-Las emparedaban con una vela y un mendrugo de pan -le explicó Arthur a Theodora-. Resulta espantoso, si te paras a pensarlo.

-Ninguna monja fue jamás emparedada -aseguró el doctor-. Es una leyenda sin fundamento.

-Muy bien, John. No discutiremos por eso. Puedes creer lo que te apetezca. Sólo quiero que comprendas que a veces las opiniones puramente teóricas deben ceder ante los hechos, y es un hecho comprobado que entre las apariciones que atormentan esta casa hay una monja y un…

-¿Qué más había? – se apresuró a preguntar Luke-. Tengo mucho interés en lo que Planchette, o como se llame, tenga que decir.

La señora Montague movió un dedo: -Nada sobre usted, joven. Aunque una de las señoritas presentes puede oír algo interesante.

¡Qué mujer inaguantable!, pensó Eleanor. ¡Insufrible, vulgar y arrogante!

-Bueno, pues Helen -continuó la señora Montague- quiere que registremos el sótano en busca de un antiguo pozo.

-¡Ño me digas que Helen fue enterrada viva! – exclamó el doctor.

-No lo creo, John. Estoy segura de que lo habría mencionado. A decir verdad, Helen no expresó con claridad qué vamos a encontrar en el pozo. Dudo, no obstante, que sea un tesoro. En muy contadas ocasiones encuentra uno verdaderos tesoros. Es más probable que se trate del rastro de la monja desaparecida.

-Es aún más probable que se trate del rastro de una antigua superstición.

-John. No alcanzo a entender ese escepticismo tuyo. Después de todo, viniste a esta casa a reunir pruebas de actividad sobrenatural y ahora, cuando te traigo una relación completa de las causas, junto a una indicación de dónde hay que empezar a buscar, te vuelves incrédulo.

-No tenemos permiso para excavar en el sótano.

-Arthur podría… -empezó la señora Montague, ilusionada, pero el doctor la interrumpió.

-No. El contrato de alquiler de la casa prohibe expresamente hacer nada en el edificio propiamente dicho. No habrá excavaciones en el sótano, ni descuajo de maderas ni levantamiento de suelos. Hill House es una propiedad de mucho valor y nosotros somos

estudiosos, no vándalos.

-Habría asegurado que querías conocer la verdad, John.

-Nada hay que tenga más ganas de conocer.

Montague cruzó el cuarto en dirección al tablero de ajedrez y cogió un caballo que contempló con rabia. Tenía el aspecto de quien está contando hasta cien para tranquilizarse.

-¡Cielos! ¡La paciencia que debe de tener una a veces! – se lamentó la señora Montague-. Pero de verdad quiero leerte las palabras que recibimos hacia el final. ¿Los tienes, Arthur?

El aludido revolvió su manojo de papeles.

-Venía detrás del mensaje sobre las flores que tienes que mandar a tu tía -indicó la señora Montague-. Un espíritu llamado Merrigot -explicó- tiene un genuino interés personal por Arthur. Le da recados para sus parientes y cosas por el estilo.

-Sí -dijo Arthur-, Merrigot es muy amable conmigo.

-Trae. – La señora Montague seleccionó varias hojas y las pasó rápidamente; estaban garabateadas irregularmente con lápiz y a medida que las recorría con el dedo, la señora Montague iba mostrando preocupación-. ¡Aquí está! – gritó-. Arthur, tú lee las preguntas y yo leeré las respuestas; así sonará más natural.

-Allá vamos -exclamó jovialmente Arthur, inclinándose sobre el hombro de la señora Montague-. Déjame ver. ¿No empezaba precisamente por aquí?

-Donde dice: «¿Quién eres?»

-Ahí mismo. «¿Quién eres?»

-«Eleanor.» -La señora Montague leía con su aguda voz.

Eleanor, Theodora, Luke y el doctor, escucharon atentamente.

-«¿Qué Eleanor?»

-«Eleanor. Eleanor. Eleanor.» A veces hacen eso -explicó la señora Montague-. Repiten una palabra una y otra vez para asegurarse de que se entiende bien.

Arthur se aclaró la garganta.

-«¿Qué quieres?» -Leyó.

-«Casa.»

-«¿Quieres volver a casa?»

Theodora se encogió de hombros mirando a Eleanor.

-«Quiero estar en casa.»

-«¿Qué haces aquí?»

-«Esperar.»

-«¿Qué estás esperando?»

-«Casa.» -Arthur hizo un gesto de asentimiento-. Aquí vuelve a la carga – comentó-. Les gusta una palabra y la usan repetidamente, sólo por cómo suena.

-Habitualmente no preguntamos nunca por qué -precisó la

señora Montague-, ya que eso tiende a confundir a Planchette. Sin embargo esta vez nos atrevimos y preguntamos. ¿Arthur?

-«¿Por qué?» -leyó Arthur.

-«Madre» -leyó la señora Montague-. O sea, que ya ven que esta vez hicimos bien en preguntar porque Planchette contestó sin rodeos.

-«¿Es Hill House tu casa?» -leyó Arthur.

-«Casa» -replicó la señora Montague y el doctor exhaló un suspiro.

-«¿Estás sufriendo?»

-Aquí no hay respuesta -La señora Montague inclinó la cabeza-. A veces no les agrada admitir que están padeciendo; eso tiende a desanimar a los que nos hemos quedado aquí, como comprenderán. Exactamente igual que la tía de Arthur, por ejemplo, que nunca reconocerá que está enferma, pero Merrigot siempre nos lo cuenta, y cuando han fallecido es todavía peor.

-Es una estoica -confirmó Arthur y siguió leyendo-. «¿Podemos ayudarte?»

-«No» -leyó la señora Montague.

-«¿Podemos hacer algo por ti?»

-«No. Perdida. Perdida. Perdida.» -La señora Montague alzó la mirada-. ¿Lo ven? – preguntó-. Una palabra una y otra vez. Les encanta repetirse. A veces me he encontrado con que una palabra cubría una página entera.

-«¿Qué quieres?» -leyó Arthur.

-«Madre.»

-«¿Por qué?»

-«Niña.»

-«¿Dónde está tu madre?»

-«Casa.»

-«¿Dónde está tu casa?»

-«Perdida. Perdida. Perdida.» Después de esto todo lo que viene es una jerigonza.

-Nunca había encontrado a Planchette tan cooperadora -dijo Arthur a Eleanor-. Toda una experiencia.

-Pero ¿por qué ha escogido a Eleanor? – preguntó Theodora con fastidio-. Esa Planchette no tiene derecho a enviar mensajes sin permiso de la gente ni…

-No conseguirás nada insultando a Planchette -replicó Arthur, pero le interrumpió la señora Montague, girándose para mirar a Eleanor.

-¿Es usted Eleanor? – Y se dirigió a Theodora-. Pensábamos que era usted.

-Y ¿qué? – dijo Theodora descaradamente.

-Eso no afecta a los mensajes, por supuesto -observó la señora Montague golpeando su papel-, aunque me parece que nos podían haber presentado correctamente. Estoy segura de que Planchette era capaz de distinguirlas, pero eso no importa.

-No te sientas abandonada -dijo Luke a Theodora-. Te enterraremos viva.

-Cuando reciba un recado de ese artilugio -repuso Theodora-, espero que sea sobre un tesoro escondido y no una de esas tonterías de que tengo que mandarle flores a mi tía.

Todos están evitando cuidadosamente mirarme, pensó Eleanor; otra vez me han señalado pero son suficientemente amables para aparentar que no importa.

-¿Por qué creen que me ha enviado ese mensaje? – preguntó con aprehensión.

-De verdad, querida -respondió la señora Montague, dejando los papeles en la mesita de café-, no sabría por dónde empezar. Quizá seas más perceptiva psíquicamente de lo que crees, aunque ¿cómo puede ser que hayas estado una semana en esta casa sin captar el mensaje más sencillo del más allá?

-Eleanor no quiere mensajes del más allá -dijo Theodora, acercándose y cogiendo la fría mano de Eleanor-. Lo que necesita es su tibia cama y dormir un poco.

Lo que más quiero en este mundo es paz, pensó Eleanor, un lugar tranquilo para tenderme y pensar; y sitio apacible entre las flores donde pueda soñar e imaginarme historias agradables.

4

-Yo estableceré mi cuartel general en el cuartito contiguo a la habitación de las niñas -anunció Arthur con voz sonora-, donde pueda oír sin dificultad cualquier grito. Tendré a mi lado un revólver (no se asusten, señoras, soy un tirador excelente) y una linterna, a los que puedo agregar un sonoro silbido. No tendré dificultad en llamarlos en caso de que observe cualquier cosa digna de su atención, o en el de que quiera su compañía. Les aseguro que pueden dormir tranquilos.

-Arthur patrullará la casa -explicó la señora Montague-. Cada hora hará una ronda por los cuartos de arriba; no creo que haga falta que se moleste esta noche con los de abajo, ya que yo estaré aquí arriba. Hemos hecho esto en muchas ocasiones. Vengan conmigo.

La siguieron escaleras arriba, fijándose en los golpecitos que propinaba al pasamanos y a los relieves de las paredes.

-Es muy satisfactorio -dijo- saber que los seres de esta casa sólo aguardan una oportunidad para contar sus historias y librarse de la carga de su pena. Ahora, antes que nada, Arthur

inspeccionará los dormitorios. ¿Arthur?

-Dispensen, señoras -dijo Arthur abriendo la puerta del cuarto azul, el que compartían Eleanor y Theodora-. Un lugar elegante -observó intencionadamente-, apropiado para dos damas tan encantadoras. Si quieren, les ahorraré la molestia de mirar en el armario y debajo de la cama.

Contemplaron cómo Arthur se ponía a cuatro patas, miraba debajo de la cama y se levantaba a continuación, sacudiéndose el polvo de las manos.

-Nada -afirmó.

-¿Dónde voy yo a dormir? – preguntó la señora Montague-. ¿Dónde puso mis maletas ese joven?

-En el extremo del vestíbulo -contestó el doctor-. En lo que llamamos la habitación de las niñas.

La señora Montague, seguida por Arthur, avanzó resueltamente por el pasillo, pasó junto al punto frío del vestíbulo y tiritó.

-Está claro que necesitaré más mantas -dijo-. Haz que ese joven me las traiga de algún dormitorio. – Y abriendo la puerta comentó-: La cama parece recién hecha, debo de reconocerlo, pero ¿han ventilado la habitación?

-Se lo dije a la señora Dudley -explicó el doctor.

-Huele a cerrado. Arthur, aunque haga frío, ¿quieres abrir esa ventana?

Los animalitos que decoraban las paredes miraban melancólicamente a la señora Montague.

-¿Estás segura…? – El doctor dudó un momento y miró con aprehensión a los animales de encima de la puerta-. Tal vez alguien más debería quedarse aquí contigo – sugirió.

-Pero, querido -la señora Montague, que había recuperado el buen humor, se mostró divertida-, ¿cuántas horas habré pasado sola, llevada del más puro amor y comprensión, en un cuarto sin que jamás me faltase la compañía? Querido, ¿cuándo entenderás que donde sólo hay amor y compasión no hay peligro? Estoy aquí para ayudar a esos desdichados seres, para brindarles desde lo más hondo de mi corazón la mano del cariño, y para que sepan que todavía quedamos algunos que recordamos, que los escucharemos y que lloraremos por ellos; su soledad ha concluido y yo…

-De acuerdo -se rindió el doctor-. Pero deja la puerta abierta.

-Si insistes, la dejaré sin echar la llave.

-Estaré cerca, en el vestíbulo -dijo él-. Si necesitas algo podré oírte.

La señora Montague sonrió y le despidió con un gesto de la

mano.

-Esos otros te necesitan mucho más que yo -dijo-. ¡Son tan vulnerables, con sus duros corazones y sus ojos que no ven!

Arthur, seguido de un Luke con aspecto divertido, regresó después de revisar los otros dormitorios e inclinó marcialmente la cabeza ante el doctor.

-Sin novedad -anunció-. Ya puede irse a la cama con tranquilidad.

-Gracias -repuso Montague sobriamente, y luego dijo a su esposa-: Buenas noches. Ten cuidado.

-Buenas noches -contestó ella y, con una sonrisa, los miró a todos-. Por favor, no tengan miedo. Pase lo que pase, recuerden que yo estoy aquí.

-Buenas noches -dijeron todos y se marcharon.

Arthur les aseguró que podían descansar tranquilos, que no se preocuparan si oían disparos y que a medianoche emprendería su primera patrulla, Eleanor y Theodora entraron en su habitación y Luke siguió hacia la suya. Unos instantes más tarde, apartándose a regañadientes de la puerta de su esposa, el doctor los siguió.

-Espera -le dijo Theodora a Eleanor, ya dentro del dormitorio-. Luke dijo que nos reuniremos al fondo del vestíbulo; no te quites la ropa y quédate callada-. Entreabrió la puerta y susurró-. Juraría que esa vieja cacatúa va a hacer volar la casa con ese invento del amor perfecto; si alguna vez he visto un lugar donde el amor perfecto brille por su ausencia, es Hill House. Ahora. Arthur ha cerrado la puerta. Rápido. No hagas ruido.

Se descalzaron y, sin hacer ruido, corrieron hacia la habitación del doctor.

-¡Apresúrense! – exhortó Montague abriendo la puerta lo justo para que entrasen-. ¡Silencio!

-Corremos peligro -advirtió Luke-. Ese Arthur va a pegarle un tiro a alguien.

-Esto no me gusta -afirmó el doctor, preocupado-. Luke y yo nos quedaremos levantados para vigilar y quiero que ustedes dos permanezcan aquí. Algo va a suceder – concluyó-. Y no me gusta nada.

-Sólo espero que no haya cometido alguna locura con su Planchette -dijo Theodora-. Disculpe, doctor, no pretendía hablar mal de su esposa.

Montague no pudo evitar sonreír, pero permaneció con la mirada fija en la puerta.

-Lo primero que se le ocurrió fue venir con nosotros -explicó-, pero se había matriculado en un curso de yoga y no podía faltar a las clases. Es una buena mujer – añadió, mirando a todos con

seriedad-, una buena esposa que cuida de mí -sonrió-. Pero esto -señaló la dirección del vestíbulo- es prácticamente su único defecto.

-Quizá crea estar ayudándole en su trabajo -le animó Eleanor.

El doctor hizo una mueca, y en ese mismo momento la puerta se abrió de par en par y volvió a cerrarse, con un portazo. Fuera del cuarto, oyeron como si un viento fuerte y constante estuviese soplando a lo largo del vestíbulo. Mirándose mutuamente intentaron sonreír y aparentar valor ante la lenta aproximación de un frío anormal y entonces, por encima del ulular del viento, se oyeron ruidos en las puertas del piso bajo. Theodora cogió el edredón de los pies de la cama del doctor y con él se envolvieron Eleanor y ella, juntándose un poco más. Eleanor, aferrada a Theodora y aterida a pesar del abrazo de su amiga, pensó: Conoce mi nombre.

El golpeteo subió las escaleras haciendo ruido en cada escalón. El doctor, de pie junto a la puerta, estaba tenso y Luke se le acercó, situándose a su lado.

-Está muy lejos de la habitación de las niñas -le dijo a Montague, extendiendo una mano para impedirle abrir la puerta.

-Esto es agotador -afirmó Theodora-. El verano que viene tengo que pasarlo en otro lugar.

-Todos los sitios tienen sus inconvenientes -observó Luke-. En las orillas de los lagos abundan los mosquitos.

-¿Habremos agotado ya el repertorio de Hill House? –preguntó Theodora con una voz que, a pesar de su tono burlón, seguía temblándole-. El numerito del martilleo ya lo habíamos visto. ¿Va a comenzar otra vez toda la retahila?

El estrépito resonó en todo el vestíbulo, proveniente, al parecer, del punto más distante de la habitación de las niñas y el doctor, apoyado contra la puerta y dominado por la tensión, meneó la cabeza con ansiedad.

-Voy a tener que salir -dijo-. Mi mujer debe de estar asustada.

Eleanor, estremeciéndose con cada golpe, que parecía originarse en su *cabeza* tanto como en el vestíbulo, dijo:

-Saben dónde estamos.

Los demás, que creyeron que se refería a Arthur y a la señora Montague, asintieron y escucharon. Los golpes, se dijo Eleanor, continuarán sin parar, llegarán al fondo del vestíbulo, darán la vuelta y regresarán; seguirán sin interrupción como ocurrió antes, luego se detendrán, nos miraremos unos a otros, nos reiremos e intentaremos recordar cuánto frío pasamos y cómo el miedo recorría nuestras espaldas.

-Nunca nos hizo daño -tranquilizó Theodora al doctor-.

Tampoco se lo hará a ellos.

-Sólo espero que ella no intente hacer nada -contestó sombríamente el doctor, que continuaba pegado a la puerta, aparentemente incapaz de abrirla por temor al ruido exterior.

-Tenemos experiencia en estas lides -dijo Theodora a Eleanor-. Acércate más, no vayas a enfriarte. – La atrajo hacia sí y el paralizante frío las envolvió.

La tranquilidad y el silencio sobrevinieron súbitamente. Conteniendo el aliento, todos cruzaron miradas. El doctor sujetaba con ambas manos el pomo de la puerta y Luke, aunque su rostro estaba pálido y la voz le temblaba, dijo con tono jovial:

-¿Se apunta alguien a un brandy?

-¡No, gracias! – exclamó Theodora-. Otra vez ese chascarrillo, no.

-Lo siento. No te lo vas a creer -aseguró Luke, al tiempo que la licorera repiqueteaba contra la copa mientras él intentaba servir-, pero ya no me parece un retruécano. Así es como afecta al sentido del humor vivir en una casa embrujada.

Utilizando las dos manos para sostener el vaso, se acercó a la cama en que Theodora y Eleanor estaban acurrucadas bajo las mantas. Theodora sacó una mano y cogió la copa.

-Ten -dijo, acercándolo a la boca de Eleanor-. Bebe.

Mientras tomaba unos sorbos que no lograron reconfortarla, Eleanor pensó: Estamos en el ojo del huracán, ya no nos queda mucho tiempo. Contempló cómo Luke le ofrecía una copa de brandy al doctor; en ese momento se produjo un violento golpe en la puerta y el vaso se le escurrió a Luke de entre los dedos y cayó al suelo. Luke apartó al doctor de un tirón; la puerta fue embestida, dando la impresión de estar desencajándose de sus goznes, casi dispuesta a ceder y venirse abajo, dejándolos a todos al descubierto. En el centro del cuarto, el doctor y Luke, paralizados e indefensos, aguardaban el desenlace.

-No puede entrar -repitió Theodora sin apartar los ojos de la puerta-, no puede entrar, no puede entrar, no dejéis que entre…

Las embestidas se detuvieron y alguien probó el pomo, tanteándolo suavemente y luego, ya que la puerta estaba cerrada con llave, con leves roces en el marco, como si quisiera engatusarlo para que le permitiera entrar.

-Sabe que estamos aquí -musitó Eleanor, y Luke, volviendo la cabeza, le lanzó una mirada para que se estuviera callada.

¡Hace tanto frío!, pensó Eleanor infantilmente, jamás podré volver a dormir con todo este ruido en mi cabeza. ¿Cómo pueden los otros oír el ruido si nace dentro de mi cabeza? Voy desapareciendo en el interior de esta casa, me desmorono cada

vez porque todo este ruido está destrozándome; ¿de qué se asustan los demás?

Se dio cuenta, vagamente, de que el martilleo había vuelto a comenzar; su sonido metálico y abrumador la anegaba como si fuesen olas; se llevó las frías manos a la cara para comprobar si todavía la conservaba. No aguanto más, pensó, tengo demasiado frío.

-Está en la puerta de la habitación de las niñas -dijo Luke con voz tensa-. ¡No lo haga, doctor! – Y alargó la mano para detenerlo.

-Eso es amor en estado puro -observó Theodora- Amor perfecto. – Y volvió a soltar una risa histérica.

-Si no abren las puertas estarán a salvo -dijo Luke al doctor. Montague tenía la oreja pegada a la puerta, escuchando, mientras Luke le sujetaba del brazo.

Ahora nos ataca un ruido nuevo, pensó Eleanor prestando atención al interior de su cabeza; está cambiando. Los golpes se habían interrumpido, sustituidos por un rápido movimiento arriba y abajo del vestíbulo, parecido al que haría un animal que se pasease dominado por la impaciencia, deteniéndose delante de una puerta y después en la de al lado, alerta a cualquier movimiento que se produjera en las habitaciones. Y de nuevo se oyó el balbuciente murmullo que Eleanor recordaba. ¿Seré yo quien lo produce?, se preguntó, ¿seré yo?; al otro lado de la puerta oyó una imperceptible risa que se burlaba de ella.

Todo está en mi cerebro, se dijo Eleanor, cubriéndose la cara con las manos; nace en el interior de mi cabeza y se escapa, se escapa, se escapa…

En ese momento la casa pareció bambolearse y el ruido en el vestíbulo se volvió insoportable. Oyeron cristales rotos al caer al suelo los cuadros de las paredes y las ventanas destrozadas. Luke y el doctor se apoyaban contra la puerta, intentando desesperadamente mantenerla cerrada, mientras el suelo se movía bajo sus pies. Nos lleva, nos lleva, pensó Eleanor y en la lejanía oyó a Theodora decir: «La casa se desmorona.» Lo dijo con calma, habiendo superado el miedo. Sujetándose a la cama, Eleanor agachó la cabeza, cerró los ojos y notó una escalofriante caída al abrirse el suelo debajo de ella.

-¡Dios todopoderoso! – exclamó Theodora.

En la puerta, que parecía muy lejana, Luke agarró al doctor de la mano para evitar que se cayera.

-¿Están todos bien? – preguntó Luke, apoyando la espalda contra la puerta y sujetando al doctor por los hombros-. Theo, ¿te encuentras bien?

-Aguanto -contestó ella-. No sé cómo está Eleanor.

-No dejes que se enfríe -advirtió Luke-. Aún no lo hemos visto todo.

Su voz flotaba en la distancia; Eleanor podía oírle y verle en lontananza, en el lejano cuarto donde Theodora, él y el doctor seguían esperando. En la agitada oscuridad en la que caía sin parar, nada era real salvo sus propias manos, blancas, aferradas al pilar de la cama. Ella podía verlos a pesar del gran trecho que los separaba, muy pequeños, y también lograba verlos apretándose cuando la cama se bamboleaba, la pared oscilaba y la puerta se retorcía. En algún lugar se produjo un gran estruendo que lo sacudió todo y algo enorme se desmoronó. Debe haber sido la torre, dedujo Eleanor; ¡y yo que pensaba que aguantaría en pie por los siglos de los siglos! Estamos perdidos sin remedio; la casa está derrumbándose. Oyó una risa que salía de algún rincón, elevándose desquiciadamente, y se dijo: No; para mí no ha acabado todo. Ya es demasiado. Me abandonaré, renunciaré, cederé de buen grado, que se quede con lo que quiera de mí.

De pronto todo recuperó la calma, y entre las inmóviles cortinas de la ventana se distinguió la luz del sol. Luke se hallaba sentado en una silla junto a la ventana; su cara estaba magullada, su camisa, rota, y seguía bebiendo brandy. El doctor se había acomodado en otra silla, con el cabello recién peinado, aspecto limpio y aseado y completamente dueño de sí mismo. Theodora, inclinándose sobre Eleanor, afirmó:

-Me parece que está bien.

Eleanor se sentó y movió la cabeza, contemplando la escena. Tranquila y sosegada, la casa continuaba a su alrededor como si nada hubiese ocurrido.

-¿Cómo…? – preguntó Eleanor.

-Otro día -le dijo el doctor, que, a pesar de su aspecto, tenía la voz exhausta-. U otra noche -añadió.

-Como estaba tratando de decir antes -observó Luke- vivir en una casa embrujada te destroza el sentido del humor; de verdad que no pretendía hacer un juego de palabras -le dijo a Theodora.

-¿Cómo están los otros? – se interesó Eleanor, y no reconoció su propia voz.

-Los dos duermen como niños -contestó el doctor-. A decir verdad -dijo, como si continuase una conversación iniciada mientras Eleanor dormía-, no puedo creer que mi esposa haya desencadenado esta galerna. Como diga una palabra más acerca del amor puro…

-¿Qué ha sucedido? – preguntó Eleanor. A juzgar por la

sensación que tengo en la boca, pensó, debo de haber estado haciendo rechinar los dientes la noche entera.

-Que Hill House se puso a bailar -explicó Theodora-, arrastrándonos en una loca tarantela de medianoche. Por lo menos, yo pensé que era un baile, aunque a lo mejor estaba dando saltos mortales.

-Son casi las nueve -anunció Montague-. Cuando Eleanor esté lista…

-Ven aquí, niña -dijo Theodora-. Theo te lavará la cara y te arreglará para el desayuno.

VIII

1

-¿Les ha dicho alguien que la señora Dudley quita la mesa a las diez? – preguntó Theodora, mientras escudriñaba pensativamente la cafetera.

Montague dudó un momento.

-Me disgusta despertarla después de semejante nochecita.

-Pero la señora Dudley…

-Aquí vienen -anunció Eleanor-. Están bajando las escaleras.

Todos oyeron la voz de la señora Montague, que se alzaba con irritación.

-¡Oh, Señor! – dijo Luke-. No pueden encontrar el comedor. – Y fue a abrir las puertas.

-… adecuadamente aireada. – La voz de la señora Montague la precedía.

Irrumpió en el comedor, dio unos secos golpecitos en el hombro del doctor a manera de saludo y se sentó, después de haber dirigido a los demás una inclinación de cabeza.

-Desde luego -dijo-, bien habrían podido llamarnos para desayunar. Supongo que todo se habrá enfriado. ¿Está el café bebible?

-Buenos días -saludó Arthur malhumoradamente, y se sentó con aire hosco.

Con las prisas de colocar una taza delante de la señora Montague, Theodora casi volcó la cafetera.

-Parece que aún está caliente -proclamó la señora-. En cualquier caso, esta misma mañana hablaré con la señora Dudley. Ese cuarto necesita que lo ventilen.

-¿Qué tal fue la noche? – preguntó el doctor-. ¿Pasasteis una noche provechosa?

-Si cuando dices provechosa quieres decir cómoda, me gustaría que lo dijeras, John. La respuesta a tus educadas preguntas es no; no pasé una noche cómoda. No pegué ojo. Esa habitación es insoportable.

-Una casona ruidosa -comentó Arthur-. Una rama se pasó toda la noche golpeando mi ventana; casi me vuelve loco.

-Hasta con las ventanas abiertas, mi cuarto resulta sofocante. El café de la señora Dudley no es tan malo como su cuidado de la casa. Sírvame otra taza, por favor. Estoy sorprendida, John, de que me asignaras una habitación mal ventilada. Si tengo que establecer comunicación con el más allá, la circulación de aire ha de ser adecuada. Me he pasado la noche oliendo polvo.

-No alcanzo a comprender -le dijo Arthur al doctor- que se pusiera usted tan nervioso por culpa de este lugar. Estuve toda la noche en guardia pero no se movió ni un ratón. Nada, excepto esa maldita rama que casi me saca de quicio.

-Por supuesto, no perdemos la esperanza -advirtió con voz severa la señora Montague-. Quizá esta noche haya otras manifestaciones.

2

-¿Theo? – Eleanor dejó su bloc de notas y Theodora, ocupada en escribir a toda prisa, la miró con desaprobación-. He estado dándole vueltas a algo.

-Detesto escribir estas notas; me siento una idiota intentando transcribir tantas insensateces.

-He estado haciéndome algunas preguntas.

-¿Y bien? – Theodora sonrió y comentó-: Tienes un aspecto muy serio. ¿Has tenido que tomar alguna decisión importante?

-Sí. A propósito de lo que haré en el futuro, una vez todos nos hayamos ido de Hill House.

-Y ¿qué, si puede saberse?

-Que me iré contigo -anunció Eleanor.

-¿Adónde?

-A tu casa -sonrió Eleanor con ironía-. Te acompañaré a tu casa.

Theodora la miró fijamente y preguntó:

-¿Por qué?

-Nunca tuve nadie de quien ocuparme -dijo Eleanor, preguntándose por qué decía eso-. Quiero estar en algún sitio donde me sienta útil.

-No tengo por costumbre llevarme a casa gatos callejeros -bromeó Theodora.

Eleanor sonrió -Así que soy un gato callejero, ¿eh?

-Bueno -Theodora volvió a coger el lápiz-. Tú tienes tu propia casa. Te alegrará volver a ella cuando llegue el momento, querida Eleanor. Imagino que a todos nos alegrará regresar a nuestros hogares. ¿Qué estás escribiendo acerca de los ruidos de anoche? Yo no soy capaz de describirlos.

-Te acompañaré, ¿sabes? – insistió Eleanor-. Te acompañaré y no se hable más.

-¡Oh, Eleanor! – exclamó Theodora volviendo otra vez a reír-. Mira, esto no es más que unas vacaciones, una simple visita de unas pocas semanas a un lugar de veraneo en el campo. Tú tienes tu vida; yo tengo la mía. Cuando finalice el verano regresaremos todos. Nos escribiremos, naturalmente, y puede que nos visitemos, pero Hill House no durará para siempre, tienes que comprenderlo.

-Puedo encontrar un trabajo. No seré un estorbo.

-Pero bueno -Theodora, exasperada, arrojó el lápiz-. ¿Es que siempre vas a donde no te quieren?

Sonriendo, Eleanor contestó:

-Nunca me han querido en ningún lugar.

3

-Resulta todo tan acogedor -observó Luke-. Tan blando y tan mullido. Cómodas butacas y sofás que parecen acogerte, y luego se vuelven duros y te repelen en cuanto te sientas.

-¿Theo? – dijo Eleanor, y Theodora meneó la *cabeza*…

-… y manos por todas partes. Suaves manitas de cristal que se curvan para acogerte, atrayéndote…

-¿Theo? – insistió Eleanor.

-No -repuso la interpelada-. No te vendrás conmigo. Y no se hable más de esto.

-Quizá -continuó Luke, observándolas- el elemento que resulta más repulsivo es la reiteración de las formas redondas. Os ruego que contempléis la pantalla de esa lámpara, hecha de trozos de cristal pegados, o los grandes globos de las luces de la escalera, o el ondulado y tornasolado frasco de caramelos que hay junto al codo de Theo. En el comedor hay un cuenco de cristal amarillo especialmente repugnante, apoyado en las ahuecadas manos de un niño, y un huevo de Pascua con una estampa de pastores que bailan en su interior. Una dama pechugona sostiene sobre su cabeza el pasamanos de la escalera, y debajo de un cristal en el comedor…

-Eleanor, déjame en paz. Caminemos hasta el arroyo, o hagamos algo por el estilo.

-… la cara de un niño bordada en punto de cruz. Eleanor, no te pongas tan aprehensiva, Theo sólo está sugiriendo que deis un paseo hasta el arroyo. Si queréis os acompaño.

-Muy bien -dijo Theodora-. Pero quizá Eleanor prefiera quedarse para escribir en las paredes.

-¡Qué poco amable! – dijo Luke-. ¡Muy insensible por tu parte, Theo!

-Cuéntame más cosas de los pastores que bailan en el huevo de Pascua -pidió Theodora.

-Es un mundo encerrado. Seis pequeñísimos pastores que bailan y una pastora vestida de rosa y azul, recostada en la hierba de la orilla, disfrutando del espectáculo; hay flores, ovejas y árboles y un viejo cabrero que toca la flauta. Sabes, me habría gustado ser cabrero.

-Si no fueras torero -comentó Eleanor.

-Exacto. Recordarás que los amoríos de Eleanor son el tema favorito de conversación en los cafés.

-Pan -dijo Theodora-. Serías el dios Pan y tendrías que vivir en el hueco de un tronco, Luke.

-Eleanor -observó Luke-, no estás escuchando.

-Creo que la asustas, Luke.

-¿Porque Hill House será mía, algún día, con sus incontables tesoros y secretos? Yo no trato bien las casas, puede darme un ataque de desasosiego y cascar el huevo de Pascua

o destrozar las manos de los niños, o subir y bajar las escaleras gritando y marcándome un zapateado, destrozando las lámparas con un bastón y rajando a la dama pechugona que sostiene la escalera. Podría…

-Mira. Ya la has asustado.

-Lo siento. Eleanor, sólo estoy diciendo tonterías.

-No creo ni que tenga un bastón -la tranquilizó Theodora.

-La verdad es que sí lo tengo. Eleanor, no digo más que bobadas. ¿En qué estás pensando, Theo?

Theodora respondió.

-Quiere que me la lleve a casa cuando nos marchemos de Hill House, pero no voy a hacerlo.

Luke se echó a reír.

-¡Pobre Eleanor! Los viajes acaban en encuentros de enamorados. ¡Venga! Vamonos

al arroyo.

-Estoy seguro de que cuando Hill House sea mía -decía Luke mientras bajaban los escalones de la galería hacia el parterre-, seré un pésimo señor de la casa, tan malo como mal director es nuestro Arthur.

-No concibo que alguien quiera ser dueño de Hill House -replicó Theodora, y Luke se volvió a mirar la casa, divertido.

-Nunca se sabe lo que uno va a querer, hasta que lo ve con claridad -aseguró-. Si no tuviese ninguna oportunidad de ser el dueño, puede que mis sentimientos fueran diferentes. ¿Por qué queremos relacionarnos con los demás? Eleanor me hizo esa pregunta una vez. ¿De qué nos sirve el prójimo?

-Yo tuve la culpa de que mi madre muriese -reconoció Eleanor-. Se puso a golpear la pared, llamándome, pero yo no desperté. Tenía que haberle llevado su medicina; hasta entonces lo había hecho siempre. Pero esa vez, por más que me llamó, seguí durmiendo.

-A estas alturas deberías de haberlo olvidado -observó Theodora.

-Desde entonces no he dejado de preguntarme si de verdad no desperté. Si llegué a despertarme y oírla y simplemente volví a dormirme. Habría sido fácil; continuamente me he hecho esa pregunta.

-Tuerce aquí -indicó Luke-, si quieres llegar al arroyo.

-Te preocupas demasiado, Eleanor. Probablemente te guste pensar que fue culpa tuya.

-Era inevitable que sucediese tarde o temprano -admitió Eleanor-. Desde luego, ocurriera cuando ocurriese, iba a ser culpa mía.

-De no haber sucedido, jamás habrías venido a Hill House.

-Por aquí iremos en fila india -dijo Luke-. Ve tú la primera, Eleanor.

Sonriendo, ella se adelantó por el sendero. Ahora sé adonde voy, pensó; ya les he hablado de mi madre, luego todo está en orden; encontraré una casita o un apartamento pequeño como el de Theo. La veré todos los días y saldremos juntas a buscar objetos bonitos: platos guarnecidos en oro, un gato blanco, un huevo de Pascua y una taza de estrellas. Nunca volveré a estar sola o asustada; mi nombre será, sencillamente, Eleanor.

-¿Estáis hablando de mí? – preguntó volviendo la cabeza.

Luke dijo:

-El bien y el mal han entablado una batalla por el alma de Eleanor. Imagino que tendré que hacer de árbitro.

-Pero Eleanor no se fía de ninguno de nosotros -replicó Theodora con voz divertida.

-De mí no, por supuesto -añadió Luke.

¡He esperado durante tanto tiempo!, pensó Eleanor; por fin me he ganado la felicidad. Siempre a la cabeza del grupo, alcanzó la cima de la colina y contempló la hilera de árboles que debían atravesar para llegar al arroyo. Con el cielo de fondo están preciosos, pensó, tan derechos y tan libres; Luke se equivocaba al hablar de la blandura que nos rodea, porque los árboles son firmes. Aún continuarán hablando de mí, de cómo llegué a Hill House y encontré a Theodora y de que ahora no la dejaré marchar sola. A sus espaldas podía distinguir el murmullo de sus voces, unas veces afilado por la malicia, en otras ocasiones con

tono de mofa, cargado luego de risas de connivencia. Eleanor continuó andando, oyéndoles acercarse por detrás. Notó el instante en que entraron en la alta hierba, segundos después de que ella lo hiciera, porque la hierba crujió y un sorprendido saltamontes brincó alocadamente.

Yo podría ayudarla en la tienda, iba planeando Eleanor: le gustan los objetos bonitos y yo le ayudaría a buscarlos. Podríamos ir donde nos apeteciera, hasta el fin del mundo si se nos antojara, y regresar cuando nos diera la gana. Luke estará contándole ahora lo que sabe de mí: que no me engañan fácilmente, que estoy protegida tras un muro de adelfas. Ya no volveré a estar sola. Luke y Theodora parecen y son muy amables; en verdad no me había imaginado que pudieran darme tanto como me están dando; hice muy bien en venir, porque los viajes acaban en reuniones de enamorados.

Llegó debajo de las ramas de los árboles, cuya sombra resultaba agradablemente fresca después del ardiente sol del sendero; ahora tendría que andar con más cuidado porque el sendero conducía al pie de la colina, y estaba surcado por piedras y raíces. Detrás de ella continuaban las voces; no volveré la vista atrás, pensó, porque en tal caso ellos sabrían lo que estoy pensando; algún día lo discutiremos juntas, Theo y yo, cuando tengamos tiempo. Qué extraña me siento dejando atrás los árboles y adentrándome en la parte final del sendero. Estoy atrapada en una especie de encantamiento, me siento jubilosa. Hasta que llegue a la ribera del riachuelo, al lugar donde Theodora casi se cayó el día de nuestra llegada, no miraré alrededor; entonces le recordaré los pececillos y nuestro proyectado picnic.

Se sentó en la estrecha ribera verde y apoyó la barbilla en las rodillas. No me olvidaré de este momento único de mi vida, se prometió, mientras oía sus voces y sus pasos descender lentamente por la colina.

-Apresuraos -dijo, volviendo la *cabeza*-. Yo… -Pero no había nadie en la ladera, excepto las pisadas que se aproximaban por la senda y la débil risa de unas bromas.

-Pero…

Podía ver la hierba hundiéndose bajo el peso de las pisadas. Vio otro saltamontes que huía despavorido y un guijarro que echaba a rodar. Oyó con claridad pasos en el sendero y a continuación las risas. «¡Eleanor! ¡Eleanor», oyó dentro y fuera de su cabeza; era la misma llamada que había escuchado durante toda su vida. Los pasos se detuvieron, y un golpe de aire la azotó. «¡Eleanor! ¡Eleanor!», percibió a través de la brisa. «¡Eleanor!

¡Eleanor!» Y se sintió parte de algo y a salvo.

No hace frío, pensó, ya no hace frío. Cerró los ojos, se tumbó en la orilla y pensó: No me soltéis, quédate, quédate. Pero la firmeza que la estaba sujetando la abandonó. «¡Eleanor! ¡Eleanor!», oyó una vez más, y luego se quedó de pie junto al riachuelo, tiritando como si el sol se hubiera puesto, contemplando, repuesta ya de la sorpresa, los invisibles pasos que cruzaban la corriente de agua formando pequeñas ondas, y que luego hollaban la hierba de la orilla, avanzando con lentitud colina arriba, camino de la otra ladera.

¡Volved!, estuvo a punto de gritar, pero se volvió y echó a correr, fuera de sí, ladera arriba, llorando al tiempo que llamaba:

-¡Theo! ¡Luke!

Los encontró en la pequeña arboleda, apoyados contra el tronco de. un árbol, hablando en voz baja y riendo. Ellos se volvieron, sorprendidos. Theodora preguntó:

-¿Qué demonios quieres esta vez?

-Os esperaba junto al arroyo…

-Decidimos quedarnos aquí, al fresco. Creímos que nos habrías oído llamarte. ¿Verdad, Luke?

-Sí, claro -respondió él, incómodo-. Estábamos seguros de que nos habrías oído.

-De cualquier modo -añadió Theodora-, íbamos a continuar dentro de un minuto. ¿Verdad, Luke?

-Sí -asintió Luke sonriendo-. Claro que sí.

4

-Aguas subterráneas -dijo el doctor, blandiendo su tenedor.

-Tonterías. ¿Es la señora Dudley la única cocinera? Los espárragos están más que aceptables. Arthur, deja que ese joven te sirva espárragos.

-Querida -dijo Montague mirando afectuosamente a su esposa-, hemos establecido la costumbre de descansar una hora después del almuerzo; si tú…

-Ni hablar. Tengo demasiado que hacer. He de hablar con tu cocinera, ocuparme de que ventilen mi habitación y preparar a Planchette para otra sesión esta tarde. Y Arthur tiene que limpiar su revólver.

-Eso es lo que distingue a un buen combatiente -comentó Arthur-. Las armas siempre a punto.

-Tú y esos jóvenes podéis descansar, naturalmente. Quizá no sientas la urgencia que yo siento, el terrible apremio de ayudar a cualquier pobre alma que vague por aquí sin reposo; puede que me encuentres boba por la compasión que me inspiran, quizá hasta resulte ridícula a tus ojos porque tengo lágrimas para un

alma abandonada, privada de una mano amiga; el amor puro…

-¿Una partida de croquet? – se apresuró a sugerir Luke-. ¿Le apetece a alguien? – Los miró a todos-. ¿Y de badminton? ¿Mejor croquet?

-¿Aguas subterráneas? – preguntó Theodora, queriendo echar una mano al doctor.

-Yo paso de extravagancias -aseguró Arthur-. Siempre les digo a mis chicos que son lo que distingue a un sinvergüenza. – Dirigió a Luke una mirada pensativa-. A un sinvergüenza, sí señor. Extravagancias y mujeres que te sirven. A mis muchachos no les sirve nadie. Eso es lo que distingue a un hombre.

-¿Y qué más les enseña? – preguntó Theodora.

-¿Enseñarles? ¿Me pregunta si mis chicos aprenden algo? ¿Se refiere al álgebra o algo por el estilo?, ¿al latín? Pues claro. – Arthur se acomodó, satisfecho, en la silla-. De todas esas cosas se ocupan los profesores -explicó.

-¿Cuántos alumnos tiene su colegio? – Theodora se inclinó hacia adelante, dándole conversación, y Arthur se arrellanó; en la cabecera de la mesa, la señora Montague tamborileaba impacientemente en la mesa.

-¿Cuántos? Ya. Pues tenemos un alumnado de primera categoría. En total son unos setenta chicos.

»Practican tenis, golf, baloncesto, atletismo, cricket -sonrió-. No se imaginaba que jugásemos al cricket, ¿verdad? También tenemos natación. Algunos muchachos se apuntan a todo.

-¡Arthur! – La señora Montague no pudo contenerse más-. Se acabó el hablar del

trabajo. Recuerda que estás de vacaciones. – Es verdad. ¡Qué tonto soy! – Arthur le sonrió-. Bien, he de ir a revisar mi arma. – Son las dos en punto -anunció desde la puerta la señora Dudley- Hora de quitar

la mesa.

5

Theodora estaba riéndose y Eleanor, oculta en las sombras detrás del cenador, se tapó la boca con las manos para evitar delatarse. Tengo que averiguarlo, pensaba, tengo que averiguarlo.

-Se titula *Los asesinatos Grattan* -le estaba diciendo Luke-. Es precioso. Si lo quieres puedo cantártelo. – «La marca de un sinvergüenza» -volvió a reír Theodora-. ¡Pobre Luke! Yo

habría dicho «sabandija». – Si te apetece más pasar este corto tiempo con Arthur… -¡Y tanto que preferiría estar con Arthur! – ironizó ella-. Un hombre educado

resulta siempre una compañía estimulante. – «Cricket -lo imitó

Luke-. Jamás se habría imaginado que jugásemos al cricket, ¿verdad?» -Canta, canta -pidió Theodora, riendo. Y Luke lo hizo con voz nasal:

La primera fue la joven Grattan*, que intentó impedirle el paso; pero él la mató con una hoz, y así comenzaron los crímenes.*

La segunda fue la abuela Grattan, tan vieja y tan cansada y tan canosa; se resistió a su atacante hasta que las fuerzas la abandonaron.

El siguiente fue el abuelo Grattan,

sentado junto al fuego; y se le acercó arrastrándose por detrás y le estranguló con un alambre.

El último fue el bebé Grattan; le apuñaló hasta que el niño murió.

Y escupió saliva de tabaco en su dorada cabecita.

Cuando acabó, reinó el silencio por unos instantes. Luego Theodora dijo débilmente:

–Es precioso, Luke. Hermosamente perfecto. Cada vez que vuelva a escucharlo no podré evitar pensar en ti.

–Pienso cantárselo a Arthur -aseguró Luke.

¿Cuándo van a hablar de mí?, se preguntaba Eleanor entre las sombras. Un momento después, Luke dijo:

–Estoy pensando cómo será el libro del doctor, cuando lo escriba. ¿Crees que apareceremos en él?

–Probablemente tú saldrás como un joven y dedicado investigador psíquico. Yo seré una dama de innegables dotes, aunque de dudosa reputación.

–Me pregunto si la señora Montague tendrá un capítulo dedicado a ella por entero.

–Y Arthur. Y la señora Dudley. Espero que no nos deje reducidos a las cifras de una gráfica.

–Mmmm -masculló Luke-. Por cierto, hace calor esta tarde. ¿Qué podemos hacer para refrescarnos?

–Podríamos pedirle a la señora Dudley que nos hiciera limonada.

–¿Sabes qué me apetece hacer? – preguntó Luke-. Explorar. Sigamos el curso del arroyo hasta las colinas y veamos de dónde viene; quizá haya un estanque en algún sitio y podamos nadar.

–O una catarata; tiene toda la pinta de ser un arroyo que fluye desde una *catarata.*

–Vamos, pues.

Eleanor oyó sus risas y el sonido de sus pasos alejarse. Podría leer un rato.

6

–Aquí hay algo interesante -dijo Arthur-. En este libro explica cómo fabricar velas con lápices de cera.

–¡Muy interesante! – comentó el doctor por mera cortesía-. Si me disculpa, Arthur, tengo un montón de notas que redactar.

–Claro que sí, doctor. Todos tenemos trabajo que realizar. No le molestaré más. – Eleanor, que escuchaba al otro lado de la puerta de la salita, oyó los molestos ruiditos que hacía Arthur intentando permanecer callado-. No hay mucho que hacer por aquí, ¿verdad? ¿Cómo acostumbra usted a pasar el tiempo?

–Trabajando -contestó secamente Montague.

–¿Está escribiendo lo que ocurre en la casa?

–Sí.

–¿Aparezco yo?

–No.

–Debería incluir las notas de Planchette. ¿Qué está escribiendo ahora?

–Arthur, ¿no podría ponerse a leer o a hacer algo?

–Claro que sí. No era mi intención ser un incordio.

Eleanor oyó cómo Arthur cogía un libro y lo dejaba, encendía un cigarrillo, suspiraba y por fin decía:

–Oiga, doctor, ¿dónde están los demás?

El doctor le contestó con tanta paciencia como poco interés:

–Theodora y Luke han ido a explorar el riachuelo, me parece, y supongo que los demás andan por ahí, en algún sitio. Para ser exactos, creo que mi esposa estaba buscando a la señora Dudley.

–¡Oh! – Arthur volvió a suspirar-. Entonces creo que podría leer un rato. – Y tras un minuto de lectura, dijo-: Mire, doctor, no quiero molestarle, pero escuche lo que dice aquí, en este libro…

7

–No -dijo la señora Montague-. No me gusta mezclar promiscuamente a los jóvenes, señora Dudley. Si mi esposo me hubiera consultado antes de organizar todo esto…

–Escúcheme un momento. – Era la voz de la señora Dudley. Eleanor, tras la puerta del comedor, las escuchaba furtivamente-. Siempre he dicho, señora Montague, que sólo se es joven una vez. Esos están divirtiéndose, lo que no deja de ser natural a su edad.

–Pero vivir bajo el mismo techo…

–Ya son bastante mayorcitos para distinguir lo que está bien de lo que está mal. Theodora tiene edad suficiente para saber cuidarse, diría yo, por muy descarado que sea el señor Luke.

–Necesito un paño seco para la plata, señora Dudley. Es una vergüenza la forma como los niños crecen hoy día, sabiéndolo todo. Debería de haber más misterios para ellos, más cosas que correspondan exclusivamente a los adultos, algo que tuvieran que esperar a conocer.

–Ya lo averiguan ellos de la manera más difícil -observó la señora Dudley-. Mi esposo ha traído esta mañana estos tomates de la huerta. Han crecido bien este año. – ¿Quiere que empiece a prepararlos? –

¡No, no! Usted siéntese ahí y descanse; ya ha hecho bastante. Pondré el agua al fuego y tomaremos una buena taza de té.

8

–Los viajes acaban en reuniones de enamorados -dijo Luke sonriendo a Eleanor, que estaba al otro lado del cuarto-. ¿De verdad es tuyo este vestido azul que lleva Theo? No lo había visto antes.

–Yo soy Eleanor -dijo perversamente Theodora.

–Fuiste muy previsora trayendo ropa para dos -comentó Luke a Eleanor-. Theo no estaría ni la mitad de guapa si hubiera tenido que ponerse mi vieja chaqueta.

–Yo soy Eleanor -repitió Theodora-, porque visto de azul. Escribo amor con eme porque mi amor es maravilloso. Mi nombre es Eleanor y vivo de esperanzas.

Se está volviendo rencorosa, pensó Eleanor, sintiéndose muy lejos de allí. Theo es una rencorosa y Luke intenta ser amable, pensó. Luke se avergüenza de reírse de mí y también se avergüenza de Theo porque es una resentida.

–Luke -dijo Theodora mirando a Eleanor a hurtadillas-. Ven aquí y cántame otra vez.

–Más tarde -replicó él, un tanto molesto-. El doctor acaba de sacar el ajedrez – dijo, y se marchó.

Theodora, enojada, reclinó la cabeza en el respaldo de la butaca y cerró los ojos, decidida a no hablar.

Eleanor se sentó contemplándose las manos y se dispuso a escuchar los sonidos de la casa. En algún lugar del piso de arriba una puerta se cerraba silenciosamente; un pájaro se posó brevemente en la torre. En la cocina, el fogón reposaba y se enfriaba con ligeros chisporroteos. Un animalillo se movía entre los arbustos junto al cenador. Incluso podía oír, gracias a su nueva percepción de la casa, el polvo que se agitaba suavemente en las buhardillas y la madera que envejecía. Sólo la biblioteca permanecía cerrada para ella; no le era posible oír la intensa respiración de la señora Montague y Arthur cuando se inclinaban sobre Planchette, ni las concisas preguntas que intercambiaban con excitación; no percibía la podredumbre de los libros, ni cómo el óxido se infiltraba en el hierro de la escalera circular que llevaba a la torre. En la salita podía oír, sin alzar la mirada, el irritado tamborileo de Theodora y el imperceptible sonido de las piezas del ajedrez al ser colocadas. Oyó la puerta de la biblioteca abrirse y a continuación ruido de pasos que se aproximaban al gabinete. En ese momento, todos se volvieron al abrir la puerta la señora Montague.

–Tengo que decirlo -anunció ésta con una voz aguda-. Tengo que decir que esto es lo más enervante…

–Querida…

En ese momento el doctor se levantó pero su esposa le indicó bruscamente que se apartase.

–Si hubieras tenido el decoro… -empezó a decir.

Arthur, que la seguía manso como un perro faldero, pasó delante de ella y se acomodó en una butaca al lado de la chimenea. Cuando Theodora se volvió hacia él, meneó la cabeza, aconsejando precaución.

–El simple decoro. Al fin y al cabo, John, he venido aquí, igual que Arthur, para servir de ayuda, y debo admitir que jamás imaginé encontrarme con tanto cinismo e incredulidad por tu parte, precisamente por tu parte, y la de esos… -Con un gesto, indicó a Eleanor, Theodora y Luke-. Todo lo que pido es una mínima confianza, tan sólo una pizca de comprensión hacia lo que estoy haciendo; y en vez de eso, te niegas a creer, te mofas y te burlas, humillándome. – Respirando entrecortadamente y con la cara enrojecida, amenazó a su esposo con el dedo-. Planchette no quiere hablarme esta noche. Ni una sola palabra me ha dirigido, como resultado de tus burlas y tu escepticismo. Es muy probable que se niegue a hablarme durante semanas, ya ha ocurrido antes, puedo asegurártelo; me ha pasado cada vez que he estado sometida a las chanzas de los descreídos. Lo mínimo que esperaba viniendo aquí, como vine, sólo por los motivos más altruistas, era un poco de respeto.

Volvió a amenazar con el dedo a su esposo, el cual permanecía sin habla. – Querida -contestó por fin-, estoy seguro de que ninguno de nosotros ha intentado burlarse de ti. – ¿Acaso no desconfiasteis de las palabras que Planchette os puso delante de los ojos? ¿No son esos jóvenes unos insolentes? ¿No se hacían los graciosos? – Señora Montague, de verdad que… -comenzó Luke, mas la aludida pasó a su lado ignorándolo y se sentó, con los labios apretados y los ojos echando chispas.

El doctor exhaló un suspiro y le indicó a Luke que volviera a la mesa del ajedrez. Lleno de aprensión, Luke le hizo caso y Arthur, agitándose en su butaca, le dijo a Theodora en voz baja:

–Jamás la había visto tan furibunda. Aguardar a que Planchette hablase ha sido una horrorosa experiencia. Claro que ella se ofende con mucha facilidad. Es muy sensible.

Eleanor, que seguía absorta, estaba sorprendida por el ajetreo que había en la habitación. Alguien está caminando de un lado a otro, pensó. Era Luke, que se paseaba hablando en voz baja consigo mismo; extraña manera, sin duda, de jugar al ajedrez. ¿Murmuraba o cantaba? De pronto, Luke comenzó a hablar sigilosamente y se sentó a la mesa del ajedrez, donde le correspondía estar. Eleanor se volvió hacia el centro de la habitación, por donde alguien invisible continuaba caminando y cantando en voz baja. Distinguió la letra con toda

claridad:

Vamos caminando por el valle, vamos caminando por el valle, vamos caminando por el valle, como hicimos otras veces.

Ésa ya me la conozco, pensó, mientras escuchaba la débil melodía; solíamos jugar a ese juego; me acuerdo muy bien.

–Lo que ocurre es que se trata de una delicadísima y complicadísima pieza -le explicaba la señora Montague a Theodora; todavía estaba enfadada, pero se iba calmando gracias a la cortés atención de Theodora-. El más ligero aire de incredulidad la ofende. ¿Cómo le sentaría que la gente se negase a creer en usted?

Entra y sal por las ventanas, entra y sal por las ventanas, entra y sal por las ventanas, como hicimos otras veces.

La voz era suave, como la de un niño que cantaba dulce y débilmente. Eleanor sonrió y se dejó llevar por los recuerdos, percibiendo la cancioncilla con más claridad que la voz de la señora Montague, que continuaba su disertación sobre Planchette.

Adelántate y enfréntate a tu amante, adelántate y enfréntate a tu amante, adelántate y enfréntate a tu amante, como hicimos otras veces.

La melodía iba desvaneciéndose y Eleanor notó el ligero movimiento del aire a medida que los pasos invisibles se le aproximaban, y luego algo le rozó la cara. Ella se volvió, sorprendida. Luke y el doctor estaban concentrados en el tablero de ajedrez, Arthur se inclinaba hacia Theodora y la señora Montague hablaba.

Ninguno lo ha oído, pensó Eleanor con alegría; nadie más que yo lo ha oído.

IX

1

Una vez fuera del dormitorio, Eleanor cerró la puerta con suavidad para no despertar a Theodora, si bien el ruido de una puerta que se cerraba difícilmente lograría, despertar a alguien que durmiera tan profundamente como Theodora. Cuando tenía que escuchar a mi madre aprendí a dormir con un sueño ligero, recordó Eleanor.

El vestíbulo se hallaba iluminado sólo por la lamparita de noche de encima de las escaleras, y todas las puertas estaban cerradas.

Qué extraño, pensó Eleanor, avanzando descalza y silenciosa por la alfombra del vestíbulo; ésta es la única casa en la que no hay que preocuparse de hacer ruido por la noche. Se había despertado con la idea de bajar a la biblioteca, ya que no conseguía dormir. Si alguien me preguntara adonde voy, pensó, voy a la biblioteca a coger un libro porque no puedo dormir.

Hacía calor; un calor aletargador y sensual. Bajó por la gran escalera hacia la biblioteca, antes de pararse a pensar: Pero yo no puedo entrar ahí, no me está permitido. Un hedor de podredumbre la hizo retroceder.

–¡Madre! – gritó.

–Ven -le respondió una voz desde el primer piso, y Eleanor se volvió, ansiosa, y se precipitó hacia las escaleras.

–¿Madre? – dijo suavemente, y repitió-. ¿Madre?

Una ligera risa flotó hacia donde ella estaba, lo que le hizo echar a correr escaleras arriba, deteniéndose al llegar a lo alto, examinando a derecha e izquierda las cerradas puertas que daban al vestíbulo.

–Estás aquí, en algún sitio -dijo, y el leve eco recorrió el vestíbulo, reduciéndose a un suspiro en las pequeñas corrientes de aire-. En algún sitio -susurró-, en algún sitio.

Eleanor siguió corriendo silenciosamente por el vestíbulo hasta el umbral de la habitación de las niñas; el punto frío había desaparecido y ella rió en la cara de las dos gesticulantes figuras que la miraban desde el techo.

–¿Estás aquí? – murmuró delante de la puerta cerrada-. ¿Estás aquí?

Y acto seguido llamó a la puerta.

–¿Sí? – respondió la señora Montague, que sin duda acababa de despertarse-. ¿Sí? ¡Detente, seas lo que seas!

No, no, pensó Eleanor, abrazándose a sí misma y riendo en silencio; ahí dentro no, con la señora Montague no. Y se escabulló por la antesala, mientras, a sus espaldas oía cómo la señora Montague la llamaba:

–Soy tu amiga; no quiero hacerte daño. Ven y dime qué te atormenta.

No abrirá la puerta, pensó Eleanor; no tendrá miedo pero no va a abrir la puerta. Y llamó, repitiendo el martilleo, a la puerta de Arthur y oyó el jadeo del invitado al despertarse.

Sintiendo bajo sus pies la suavidad de la alfombra, llegó a la puerta tras la cual dormía Theodora. Infiel Theo, pensó, despierta, despierta, despierta. Se puso a golpear y a patear la puerta y, sin dejar de reír, corrió a toda prisa por el vestíbulo hacia la puerta de Luke, a la que también aporreó. Despierta, repetía en silencio, despierta y sé infiel. Ninguno abriría sus puertas, de eso estaba segura; se quedarán sentados dentro, envueltos en las mantas, a medio camino del escalofrío y la duda de lo que sucedería a continuación. Despierta, repitió para sus adentros, machacando la puerta del doctor; te reto a que abras la puerta y me veas bailar en el vestíbulo de Hill House.

En ese instante, Theodora la sobresaltó gritando.

–¿Eleanor? ¡Doctor! ¡Luke! ¡Eleanor no está aquí!

¡Desgraciada casa!, pensó Eleanor. Ahora tendrán que abrir sus puertas. Bajó corriendo las escaleras, oyendo a sus espaldas la angustiada voz del doctor, y a Theodora, que la estaba llamando:

–¡Eleanor!

¡Serán imbéciles!, pensó Eleanor. Ahora sí que tendré que entrar en la biblioteca.

–Madre, madre -iba susurrando-, madre. Se detuvo delante de la puerta de la biblioteca. A sus espaldas, oía voces en lo alto de la escalera. Qué extraño, se dijo, puedo sentir la casa entera, e incluso he oído a la señora Montague protestar, a Arthur y al doctor.

–Tenemos que buscarla. ¡Apresúrense todos, por favor! Bueno, yo también puedo apresurarme; y salió corriendo hacia la salita, donde la chimenea centelleó brevemente al abrir la puerta. El ajedrez seguía tal cual estaba cuando el doctor y Luke abandonaron la partida. El pañuelo que había lucido Theodora descansaba sobre el respaldo de su butaca. También podré ocuparme de eso, de sus horrorosas galas de doncella. Agarró un extremo y tiró de él, rompiéndolo; lo arrojó al suelo cuando oyó que los demás se aproximaban. Bajaban todos por las escaleras, llenos de zozobra, preguntándose dónde tendrían que buscar primero, llamándola con ansiedad: -¡Eleanor! ¡Eleanor!

–¿Viene ya?, ¿viene? – oyó a lo lejos, en algún otro lugar de la casa, y sintió cómo las escaleras temblaban bajo sus pies y un grillo cantaba en el parterre.

Audaz y despreocupada, desanduvo el camino hasta el vestíbulo y los espió a hurtadillas desde una puerta. Se movían en grupo, esforzándose cada uno en no alejarse de los demás; la linterna del doctor se detuvo en la puerta de entrada, que estaba abierta de par en par. Entonces todos se precipitaron hacia el exterior, llamando a la ausente y buscándola frenéticamente con la linterna.

Eleanor rió hasta que se le saltaron las lágrimas. ¡Qué tontos!, pensó, ha sido facilísimo engañarlos. ¡Son tan lentos, ciegos y patosos! Se patean toda la casa sin ton ni son. Cruzó el vestíbulo, atravesó la sala de juegos, llegó al comedor y, desde allí, a la cocina. Este es un buen escondite; cuando les oiga venir, puedo irme a cualquier sitio.

Al regresar los demás al vestíbulo, Eleanor se dirigió sigilosamente a la *galería.,* adentrándose en la fría noche. Se quedó inmóvil, apoyada contra la puerta, los tobillos rodeados por la baja neblina de Hill House, y alzó la mirada hacia las frondosas colinas. Hill House tiene suerte de estar tan recogida en medio de estas colinas, protegida y caliente, pensó.

–¡Eleanor!

Estaban ya muy cerca; recorrió a toda prisa la galería y entró en el salón.

–Hugh Crain, ¿quieres bailar conmigo? – propuso con una reverencia a la enorme estatua inclinada, cuyos ojos titilaron, contestándole con un resplandor. Unas lucecitas reflejadas se posaron en las estatuillas y en las sillas doradas y ella comenzó a bailar delante de Hugh Crain, que la observaba fulgurante.

Entra y sal por las ventanas, pensaba al tiempo que salía a bailar a la galería y alrededor de la casa. Estoy rodeando la casa sin parar y ninguno de ellos puede verme. Pasando delante de la puerta de la cocina, la tocó y, a diez kilómetros de distancia, la señora Dudley se estremeció en sueños. Llegó hasta la torre, tan estrechamente sujeta por el *abrazo* de la casa, por el intenso apretón del edificio y rodeó sus grises piedras sin tocarla. Se dio la vuelta y se plantó delante de la puerta de entrada, que estaba nuevamente cerrada. La abrió sin esfuerzo. Así entro en Hill House, pensó, y pasó al interior como si la casa fuera suya.

–Aquí estoy -dijo en voz alta-. Me he recorrido la casa entera, entrando y saliendo por las ventanas, he bailado…

–¿Eleanor? – Era la voz de Luke, que le hizo caer en la cuenta de que, de todos ellos, quien menos le apetecía que la encontrase era el futuro dueño. Que no me vea, suplicó. Volvió sobre sus pasos y entró corriendo en la biblioteca.

Heme aquí, se dijo; ya estoy dentro. Ya no hacía frío, sino que reinaba una calidez acogedora. Había suficiente luz para ver la escalera de hierro, que se encaramaba en la torre dando vueltas y más vueltas, y la puertecita en lo alto. El suelo de piedra la acariciaba y ella se frotaba las plantas de los pies; una suave brisa agitaba sus cabellos mientras ella bailaba en círculo.

Se acabaron los leones de piedra y las adelfas. He roto el hechizo de Hill House y, no sé cómo, he entrado en su interior. Estoy en casa, pensó; y se detuvo maravillada por la idea. Estoy en casa, se dijo, estoy en casa. Ahora a subir.

Ascender la estrecha escalera de metal resultaba alucinante; subía cada vez más alto, daba vueltas sin parar mirando hacia abajo, agarrándose al delgado pasamanos de hierro. Ascendiendo y mirando al suelo, pensó en la suave hierba verde del exterior, en las ondulantes colinas y en los frondosos árboles. Dirigiendo la mirada hacia las alturas, le vino a la mente la imagen de Hill House, que se levantaba triunfante entre los árboles, que dominaba la carretera que rodeaba Hillsdale y pasaba delante de una casa blanca, envuelta en flores, y frente a las adelfas mágicas y los leones de piedra y que, mucho, mucho más allá, llevaba hasta una viejecita que estaba rezando por ella.

El tiempo ya toca a su fin, pensó; todo eso se ha ido y ha quedado atrás, como esa pobre anciana que sigue orando por mí.

–¡Eleanor!

Por un instante no pudo recordar quiénes eran. ¿Habían sido sus huéspedes en la casa de los leones de piedra? ¿Habían cenado en su larga mesa a la luz de las velas? ¿Los había conocido en la posada de encima del arroyo saltarín? ¿Uno de ellos había bajado por una verde

ladera, cabalgando con sus banderas al viento? ¿Otro había corrido a su lado en la oscuridad? Entonces recordó y ellos ocuparon el lugar que les correspondía. ¡Eran tan pequeños y tan inútiles! Estaban de pie, allá abajo, sobre el suelo de piedra, y la señalaban; la llamaron y sus voces sonaron lejanas y apremiantes.

–Luke -dijo, recobrando la memoria. Ellos podían oírla, porque cuando hablaba permanecían en silencio-. Doctor Montague, señora Montague, Arthur. – No lograba acordarse de la otra, que estaba callada y un poco separada del grupo.

–¡Eleanor! – gritó Montague-. ¡Dése la vuelta con cuidado y baje lentamente los escalones! ¡Muévase muy despacio, Eleanor! ¡No suelte la barandilla! ¡Vamos, baje!

–¿Qué demonios hace esa criatura? – exclamó la esposa del doctor. Llevaba rulos en la cabeza y su albornoz lucía un dragón a la altura del estómago-. Háganla bajar para que todos podamos acostarnos. Arthur, oblígala a bajar ahora mismo.

–¡Tenga cuidado! – dijo Arthur, pero fue Luke el que se acercó al pie de la escalera y empezó a subir.

–¡Por Dios, tenga cuidado! – rogó el doctor mientras Luke seguía ascendiendo-. ¡Esa escalera está podrida y suelta!

–No soportará el peso de los dos -aseguró la señora Montague-. Se le caerá en la *cabeza,*. Arthur; acércate aquí, junto a la puerta.

–Eleanor -preguntó el doctor-, ¿puede girar y empezar a bajar lentamente?

Encima de ella sólo estaba la pequeña trampilla que daba acceso a la torreta; permaneció de pie en la estrecha plataforma y empujó la trampilla, pero no logró moverla. En vano la golpeó con los puños, mientras pensaba: Haz que se abra, haz que se abra o me atraparán. Por encima del hombro pudo distinguir a Luke, que seguía subiendo en un giro inacabable.

–¡Eleanor! – chilló con voz angustiada-. ¡Quédate quieta! ¡No te muevas!

No puedo huir, pensó ella, mirando el suelo. Distinguió claramente una cara y el nombre volvió a su memoria:

–¡Theodora!

–¡Eleanor, haz lo que te dicen, por favor!

–¿Theodora? No puedo salir; la escotilla está atrancada.

–¡Y tanto que lo está! – intervino Luke-. Suerte que tienes, muchacha. – En su lenta ascensión casi había llegado a la pequeña plataforma-. Quédate quieta.

–No mueva ni un músculo, Eleanor -insistió Montague.

–Eleanor, por favor, haz lo que te dicen -repitió Theodora.

–¿Por qué? – Eleanor miró hacia abajo y vio a sus pies el vertiginoso hueco de la torre, la escalera de hierro pegada a la pared,

temblorosa bajo el peso de Luke, el frío suelo de piedra y las caras, pálidas y lejanas, que la contemplaban-. ¿Cómo puedo bajar? –preguntó con aire desamparado.

–Muévase lentamente y haga lo que Luke le diga.

–Eleanor -la animó Theodora-, no tengas miedo. Todo saldrá bien, de verdad.

–Por supuesto que todo saldrá bien -apuntó Luke lúgubremente-. Lo más probable es que mi cuello sea lo único que se rompa. Sujétate, Eleanor; casi estoy en la plataforma. Quiero adelantarte para que puedas bajar delante de mí.

A pesar de la subida, no le fallaba la respiración, pero le tembló la mano al extenderla para agarrarse a la barandilla y su cara estaba sudorosa.

–¡Vamos! – ordenó enérgicamente.

Eleanor retrocedió.

–La última vez que me dijiste que me adelantara no me seguiste -le recriminó.

–A lo mejor esta vez me limito a empujarte -replicó Luke-. Dejaré que te estampes contra el suelo. Ahora pórtate bien y muévete despacio; adelántame y empieza a descender. Sólo deseo resistir el impulso de darte un empellón.

Eleanor avanzó mansamente por la plataforma, se apretó contra el sólido muro de piedra a la vez que Luke pasaba por delante de ella.

–Empieza a bajar. Yo iré detrás de ti.

Con inseguridad, Eleanor fue tanteando el camino. Fijó la vista en la mano que sujetaba la barandilla, y en sus descalzos pies, que avanzaban uno detrás del otro, peldaño a peldaño, con extremo cuidado; no volvió a mirar al suelo. Baja muy lentamente, se iba aconsejando, sin pensar en nada más que en los escalones que casi parecían ceder bajo sus pies; baja muy despacio.

–Tranquila -dijo Luke a su espalda-. Tómatelo con calma; no hay nada que temer; casi hemos llegado.

Debajo de ella, Theodora y el doctor alargaron los brazos, como si se aprestaran a cogerla en caso de que se cayera. En una ocasión en que Eleanor tropezó y perdió pie, y el pasamanos empezó a oscilar al intentar sujetarse a él, Theodora se quedó sin respiración y corrió a sujetar el extremo de la escalera.

–Todo va bien, querida -repetía-. Todo va bien, todo va bien.

–Sólo un poco más -la animó el doctor.

Deslizándose, Eleanor fue arrastrando los pies un peldaño tras otro, y por fin *alcanzó* el suelo. Detrás de ella, la escalera se movía y chirriaba. Luke saltó por encima de los últimos peldaños y cruzó el cuarto para dejarse caer en una silla, con la cabeza gacha y sin dejar de temblar. Eleanor dirigió la mirada hacia el punto infinitamente alto

donde se había quedado clavada; miró la escalera de metal, curvada, torcida y oscilante, pegada al muro de la torre y dijo con voz débil:

–Subí corriendo. Subí corriendo hasta el final.

La señora Montague avanzó desde el umbral de la puerta, donde Arthur y ella habían estado resguardándose del posible derrumbe de la escalera.

–¿Estará alguien de acuerdo conmigo si afirmo que esta joven nos ha causado suficientes molestias por una noche? – inquirió-. Yo, por mi parte, quisiera volver a la cama, igual que Arthur.

–Hill House…-comenzó el doctor.

–Puedo garantizarte que esta necedad infantil ha estropeado cualquier posibilidad de que se produzcan manifestaciones esta noche. Ten la seguridad de que, después de tan ridícula escena, no queda ninguna esperanza de que veamos a nuestros amigos del más allá. Por consiguiente, si me disculpas (y si está usted segura de haber acabado de actuar, de exhibirse e importunar nuestro descanso), me retiro. Buenas noches. ¿Arthur?

Como un dragón rampante, la señora Montague salió temblando de indignación.

–Luke estaba asustado -dijo Eleanor, mirando al doctor y a Theodora.

–Luke se llevó un susto de muerte -aseguró él-. Luke tenía tanto miedo que por poco no logra bajar de ahí. Eleanor, eres una idiota sin remedio.

–Me siento inclinado a coincidir con Luke -comentó Montague con disgusto.

Eleanor apartó la mirada y contempló a Theodora, que le preguntó:

–Me imagino que has tenido que hacerlo, ¿verdad, Eleanor?

–Estoy bien -respondió ella. Sorprendida, reparó en sus pies descalzos, que la habían bajado desde lo alto de la escalera. Se quedó pensativa mirando sus pies, y luego dijo-: Vine a la biblioteca a coger un libro.

2

Había sido una humillación, un desastre. En el desayuno nadie pronunció palabra; Eleanor tomó café, huevos y bollos igual que los demás. Le dejaron que remoloneara junto a ellos con el café, que contemplase la luz del sol, que diera su opinión acerca del buen día que les aguardaba; durante unos minutos podría haber llegado a convencerse de que nada había sucedido. Luke le pasó la mermelada, Theodora le dedicó una sonrisa por encima de la cabeza de Arthur, el doctor le dio los buenos días. Un rato más tarde, acabado el desayuno, después de que la señora Dudley compareciese a las diez en punto, salieron del comedor camino de la salita, donde el doctor ocupó su lugar al lado de la chimenea. Theodora llevaba el jersey rojo de

Eleanor.

–Luke le traerá el coche -dijo el doctor. A pesar de lo que le anunciaba, su mirada era afable y respetuosa-. Theodora la acompañará a su cuarto y la ayudará a hacer el equipaje.

Eleanor replicó con una risilla:

–No puede hacerlo. Ella no tiene ropa que ponerse.

–Eleanor -empezó Theodora, pero se detuvo y miró a la señora Montague, que, encogiéndose de hombros, dijo-: Naturalmente, he examinado la habitación. No alcanzo a comprender por qué no se le ocurrió a ninguno de ustedes.

–Yo iba a hacerlo -se excusó el doctor-, pero pensé que…

–Tú siempre piensas, John, y eso es lo malo. Como ya he dicho, yo fui al cuarto enseguida. La ropa de Theodora está limpia y planchada.

–¿Fue usted a la habitación de Theodora? – preguntó Luke-. No me gustaría volver a entrar ahí.

–¿Por qué no? – dijo, sorprendida, la señora Montague-. No hay nada malo en ella.

–Yo también entré -anunció Theodora dirigiéndose al doctor-. Mi ropa está impecable, en efecto.

–Naturalmente, el cuarto necesita que le quiten el polvo, pero ¿qué puede esperarse si la puerta está cerrada y la señora Dudley no puede…?

Eleanor rompió a reír y, buscando las palabras para explicarse, anunció:

–Pero yo no puedo irme.

–Ya ha pasado aquí un tiempo más que suficiente -sentenció el doctor.

–Tu ropa no me hace falta -le dijo Theodora-. ¿No has oído a la señora Montague? No necesito tu ropa y, aunque me hiciera falta, no me la pondría. Eleanor, tienes que irte de aquí.

–Pero es que no puedo irme, de verdad -insistió Eleanor, sin dejar de reír porque le resultaba imposible explicarlo.

–Señorita -dijo sombríamente Luke-, ya no es usted bienvenida como huésped de esta casa.

–Quizá fuera mejor que Arthur la acompañase de vuelta a la ciudad. Podría cerciorarse de que llegara sana y salva.

–¿Adónde voy a llegar? – preguntó Eleanor meneando la cabeza-. ¿Adónde? – insistió con voz alegre.

–Pues a casa, naturalmente -contestó el doctor.

–A tu pisito -añadió Theodora-. A tu propio apartamento, donde están todas tus cosas.

Eleanor se echó a reír.

–Yo no tengo ningún apartamento -dijo-. Me lo inventé. Duermo en un catre en casa de mi hermana, en la habitación de la niña. No tengo

hogar ni sitio alguno que se le parezca. Tampoco puedo regresar con mi hermana porque le robé el coche. – Escuchando sus propias palabras, tan impropias, volvió a reírse-. Yo no tengo hogar -reiteró, mirándoles esperanzadamente-. No lo tengo. Todo lo que poseo en este mundo está en una caja de cartón en el maletero del coche. No hay nada más que pueda llamar mío; sólo algunos libros, unas pocas cosas que conservo de cuando era niña y un reloj que me dio mi madre. Por tanto, ya ven que no hay ningún lugar adonde puedan mandarme.

Sin apartar la vista de sus desconcertados semblantes, quiso decirles que podría seguir vagando, errante y sin techo, pero siempre regresaría aquí. Sería más sencillo que me dejaran quedarme, más sensato, pensó, más alegre.

–Quiero quedarme aquí -proclamó.

–Yo he hablado con su hermana -dijo solemnemente la señora Montague-. Debo admitir que, antes de nada, me preguntó por el coche. Es una persona vulgar; le dije que no tenía que preocuparse. Hiciste muy mal, John, al dejarla robar el coche de su hermana y venir aquí.

–Querida… -comenzó Montague, pero se detuvo abriendo los brazos.

–De cualquier modo, la esperan. La hermana se enfadó mucho conmigo porque habían planeado salir hoy de vacaciones, aunque por qué tuvo que enfadarse conmigo… -La señora Montague miró malhumoradamente a Eleanor-. Opino que alguien tendría que ocuparse de que llegara a casa de su familia sana y salva.

–Eso sería un error -dijo Montague moviendo la cabeza-. Me refiero a enviar a alguno de nosotros con ella. Hay que dejar que se olvide de todo lo relativo a esta casa tan pronto como pueda. Una vez lejos de aquí, volverá a ser ella misma. ¿Podrá usted hallar el camino de vuelta? – le preguntó a Eleanor, y ésta rompió a reír.

–Subiré y me encargaré de su equipaje -anunció Theodora-. Luke, trae su coche a la entrada. Sólo tiene una maleta.

–Emparedada viva. – Eleanor se echó a reír-. Emparedada viva. Quiero quedarme aquí.

3

Todos se reunieron en la escalinata de Hill House. Eleanor miró las ventanas, que parecían contemplarla desde las alturas; a un lado, la torre aguardaba confiada. Podría haber llorado pero se limitó a dedicar una sonrisa a la casa, mirando hacia su ventana, a las divertidas facciones del edificio que la contemplaba sosegadamente. Ahora la casa está

aguardando, pensó, está esperándome a mí; nadie más que yo podría satisfacerla.

–La casa quiere que me quede -le dijo a Montague, y éste la miró fijamente.

Se quedó muy tieso y muy digno, como si esperase que Eleanor le escogiera a él en vez de a la casa, como si, habiéndola traído hasta aquí, creyese que tenía derecho de mandarla de regreso. Eleanor, mirándole a los ojos, le dijo:

–Lo lamento. De verdad, lo siento muchísimo.

–Irá usted a Hillsdale -le ordenó él sin levantar la voz; puede que tuviese miedo de decir demasiado, o a lo mejor pensaba que una palabra amable o compasiva podría traerla de nuevo a Hill House.

El sol brillaba sobre las colinas, la casa, el jardín, el parterre, los árboles y el arroyo; Eleanor respiró profundamente mientras se volvía abarcándolo todo con la vista.

–En Hillsdale tome la carretera 5 en dirección este; en Aston encontrará la carretera 39, que la llevará a casa. Es por su propia seguridad -añadió con cierto tono de disculpa -. Créame, querida amiga, es por su propia seguridad. Si yo hubiera previsto esto…

–De verdad que lo siento mucho -insistió Eleanor.

–No podemos correr riesgos, compréndalo, ningún riesgo. Apenas estoy empezando a darme cuenta del peligro tan terrible al que la estaba exponiendo. Ahora… -El doctor suspiró, meneó la *cabeza* y le preguntó-: ¿Se acordará? Primero a Hillsdale y luego la carretera 5.

–Mire… -Eleanor se interrumpió, queriendo decir a todos lo que había sucedido exactamente-. Yo no tenía miedo -dijo por fin-. De verdad; no lo tenía. Ahora estoy bien. Me siento feliz. – Miró al doctor intensamente-. Feliz. No sé qué decir -admitió, temerosa una vez más de no poder contener las lágrimas-. No quiero marcharme de aquí.

–Quizá se presente otra ocasión -replicó el doctor-. Comprenda que no podemos correr ese riesgo.

–Alguien está rezando por mí -repuso Eleanor-. Una señora que conocí hace tiempo.

La voz del doctor seguía siendo cortés, pero su zapato golpeaba el suelo con impaciencia.

–Muy pronto se olvidará usted de todo esto -le dijo-. Debe olvidar todo lo que se refiere a Hill House. ¡Qué gran equivocación fue traerla aquí!

–¿Cuánto tiempo hemos pasado en este lugar? – preguntó Eleanor.

–Poco más de una semana; ¿por qué?

–Es la única ocasión de mi vida en que algo me ha sucedido. Y me gustó.

–Ése es el motivo por el que debe marcharse ahora.

Eleanor cerró los ojos y suspiró, oyendo, oliendo y sintiendo la casa; más allá de la cocina, un arbusto en flor lanzaba un fuerte aroma, y el agua del arroyo fluía burbujeante sobre las piedras. En el

primer piso, quizá en la habitación de las niñas, se formó un pequeño remolino de aire que se deslizó por el suelo levantando polvo. En la biblioteca, la escalera de hierro rechinó y la luz brilló en los ojos de Hugh Crain. La ropa de Theodora estaba colgada sin arrugas ni manchas. La señora Dudley estaba poniendo la mesa para los cinco que iban a almorzar. Hill House lo observaba todo, arrogante y paciente.

–No me iré -le dijo Eleanor a las altas ventanas.

–Claro que se irá -sentenció el doctor, mostrando por fin su impaciencia-. Ahora mismo.

Eleanor rió y giró extendiendo su mano.

–Luke -llamó, y él se aproximó-. Gracias por haberme bajado anoche -le dijo-. Hice mal en subir hasta allí. Ahora lo comprendo; fuiste muy valiente.

–Sí que lo fui -admitió él-. Fue una muestra de valor que sobrepasó con mucho cualquier otro acto de mi vida. Me alegro de que te vayas, Eleanor, porque sin duda no volvería a hacerlo jamás.

–¡Bueno! – terció la señora Montague-. Será mejor que se ponga en camino. No tengo nada en contra de las despedidas, aunque personalmente opino que ustedes tienen un concepto exagerado de este lugar. En cualquier caso, tenemos mejores cosas que hacer que estar aquí discutiendo, cuando todos sabemos que usted tiene que irse. Le llevará un rato largo regresar a la ciudad, sin necesidad de más retrasos; además, su hermana está esperando el coche para irse de vacaciones. Arthur asintió:

–Las despedidas llorosas no encajan conmigo.

A lo lejos, en la salita, la ceniza cayó mansamente en la chimenea.

–John -dijo la señora Montague-, quizá fuera mejor que Arthur…

–No -la interrumpió su esposo con firmeza-. Eleanor ha de regresar sola, igual que vino.

–Bien, ¿a quién le doy las gracias por estos días tan agradables? – preguntó Eleanor.

El doctor la asió del brazo y, con Luke al otro lado, la condujo al coche y le abrió la puerta. La caja de cartón seguía en el asiento trasero; la maleta estaba en el suelo; su abrigo y su monedero fueron colocados en el asiento de al lado del conductor; Luke había dejado el motor en marcha.

–Doctor -suplicó Eleanor-, doctor…

–Lo siento -replicó Montague-. Adiós.

–Conduce con cuidado -se despidió Luke.

–¡No pueden hacerme ir sin más! – exclamó Eleanor-. Usted me trajo aquí.

–Y yo la envío de vuelta -repuso el doctor-. No la olvidaremos, Eleanor, pero en este momento es importante para usted olvidar Hill

House y borrarnos a todos de su mente. Adiós.

–Adiós -se despidió la señora Montague desde los escalones, y Arthur la secundó:

–Adiós. Que tenga buen viaje.

Eleanor, sujetando la portezuela del coche, se volvió y llamó:

–¡Theo!

Theodora bajó corriendo la escalinata.

–Pensaba que no ibas a decirme adiós. ¡Oh, Eleanor! ¡Que seas feliz! Por favor, sé feliz. No te olvides de mí; algún día todo volverá a ir bien y tú me escribirás cartas y yo te contestaré. Nos haremos visitas y nos divertiremos charlando de las locuras que vimos y oímos en Hill House. ¡Oh, querida Eleanor! Llegué a creer que te irías sin despedirte de mí.

–Adiós -le dijo Eleanor.

Theodora acarició la mejilla de su amiga.

–Escúchame un momento -le dijo-, quizá algún día volvamos aquí y entonces celebraremos nuestro picnic junto al arroyo. Nunca llegamos a hacerlo -le dijo al doctor y éste, mirando a Eleanor, negó con la cabeza.

–Adiós -se despidió Eleanor de la señora Montague-. Adiós, Arthur. Adiós, doctor. Espero que su libro tenga éxito. Adiós, Luke. Adiós a todos.

–Eleanor -rogó Theodora-, sé prudente, por favor.

–Adiós -repitió Eleanor, y entró en el coche.

Le pareció pequeño e incómodo. Estoy demasiado acostumbrada a las comodidades de Hill House, pensó, y se recordó que tenía que despedirse sacando la mano por la ventanilla.

–¡Adiós! – exclamó, preguntándose qué otra palabra podría haber dicho-. ¡Adiós! ¡Adiós!

Soltó el freno y arrancó lentamente.

Todos le devolvieron el saludo, contemplándola sin moverse del sitio.

Me mirarán avanzar por el sendero hasta donde alcance su vista; la buena educación manda que se queden hasta que desaparezca. Los viajes acaban en encuentros de enamorados. No me iré, se dijo y rompió a reír. Hill House no es tan simple como ellos; sólo con decirme, sin más, que me vaya, no pueden hacer que desaparezca si Hill House no quiere que me marche.

–¡Vete, Eleanor! – gritó dentro del coche-. ¡Fuera de aquí, Eleanor! ¡Ya no te queremos en nuestra Hill House! ¡Márchate, Eleanor! ¡No puedes quedarte aquí! – Rió-. Pero yo sí puedo, ¡claro que puedo! Ellos no establecen aquí las reglas. Podrán rechazarme, impedirme entrar o esconderse de mí, pero yo no me iré. Hill House me pertenece.

Con lo que consideró una chispa de ingenio, pisó el acelerador a fondo. Esta vez no podrán atraparme, pensó. Y deben de estar empezando a darse cuenta; ¿quién será el primero en advertirlo? Luke, casi seguro. Puedo oírlos llamándome, como puedo escuchar los pasitos que recorren Hill House y el suave sonido de las colinas. Estoy haciéndolo de verdad, estoy haciendo girar el volante para conducir el coche directamente contra el gran árbol de la curva del sendero; ahora, por fin, estoy haciendo algo completamente sola. Esta soy yo; de verdad, de verdad que lo hago yo sola.

En el inacabable segundo que precedió a la colisión frontal del coche contra el árbol, Eleanor alcanzó a preguntarse: ¿Por qué hago esto? ¿Por qué no me detienen?

4

La señora Sanderson se sintió aliviada cuando tuvo noticia de que el doctor Montague y sus invitados habían abandonado Hill House; de haber dado el doctor la mínima señal de querer quedarse, los habría echado, le aseguró al abogado de la familia.

La amiga de Theodora, apaciguada y contenta, estuvo encantada de ver que Theodora regresaba tan pronto.

Luke se marchó a París, donde su tía deseaba que se quedara una temporada.

El doctor Montague abandonó finalmente la investigación académica activa, de resultas de la acogida, poco menos que despectiva, que mereció su artículo preliminar en el que analizaba los fenómenos psíquicos de Hill House.

La propia Hill House, sin recobrar la cordura, siguió *alzándose* en medio de sus colinas, conservando la oscuridad dentro de ella; así había estado durante ochenta años y bien podría continuar otros ochenta. En su interior, las paredes permanecían derechas, los ladrillos encajaban limpiamente, los suelos continuaban firmes, las puertas seguían cerradas, el silencio se recostaba, imperturbable, en la madera y la piedra del edificio y, cualquier cosa que anduviese por ella, caminaba sola.

FIN

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
24/06/2008
LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/